ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA II GUERRA MUNDIAL (III)

8



Editorial
Rombo

ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA II GUERRA MUNDIAL

(III)

ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA II GUERRA MUNDIAL

(III)

John Macdonald

Editorial
Rombo

Dirección editorial:
Julián Viñuales

Coordinación editorial:
Julián Viñuales, Jr.

Dirección técnica:
Pilar Mora

Coordinación técnica:
Miguel Ángel Roig

Diseño cubierta:
Hans Geel

Traducción:
Luis Ogg

Título original:
Great Battles of World War II
A Marshall Edition

Publicado por:
Editorial Rombo, S. A.
Muntaner, 371
08021 Barcelona

ISBN: 84-86579-52-X (Volumen 8)
84-86579-55-4 (Obra completa)

Impresión:
Rotocayfo, S.A (6-12-94)
Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B. 29251-94

Printed in Spain

SUMARIO

El Alamein/ *Octubre-noviembre de 1942*

Mussolini contaba ya con un ejército de un millón de hombres en Libia cuando declaró la guerra a los Aliados el 10 de junio de 1940. En la vecina Egipto, una fuerza de apenas 36.000 hombres guardaba las principales bases británicas, el canal de Suez y el acceso a los campos petrolíferos árabes. El Duce quería desesperadamente conquistar Egipto para demostrar a Adolf Hitler que la Italia fascista también era capaz de victorias significativas.

El 13 de septiembre, cinco divisiones italianas a las órdenes del mariscal Graziani iniciaron un rápido avance hacia Egipto, donde se atrincheraron enfrente de las principales defensas británicas en Mersa Matruh. Luego, el 9 de diciembre, el general Archibald Wavell lanzó la «Operación Compass», una contraofensiva británica: los italianos sufrieron fuertes bajas y fueron repelidos más de 800 km.

Las derrotas de Mussolini en 1940 en el norte de África alarmaron tanto a Hitler que se sintió obligado a enviar ayuda a los desmolarizados italianos. En consecuencia, en enero de 1941, el general Erwin Rommel, un astuto comandante de divisiones blindadas, fue enviado al desierto a la cabeza de un grupo acorazado especialmente preparado, los Deutsches Afrika Korps. Aunque en teoría estaba subordinado al comandante en jefe italiano en Libia, el general Italo Gariboldi, Rommel asumió inmediatamente el mando de la línea de frente. La guerra en el norte de África, descrita a veces como «una guerra de caballeros» debido a que se libraba exclusivamente entre soldados en una zona virtualmente vacía de civiles y de propiedades, ahora adquiría un cariz más duro.

Rommel lanzó su primer ataque el 24 de marzo de 1941 y desde el comienzo exhibió un verdadero instinto para la guerra en el desierto. A principios de abril había expulsado a los británicos de Libia, a excepción de la guarnición que defendía el puerto de Tobruk. La réplica de Wavell, «Operación Battleaxe», fue detenida en el paso de Halfaya, en Libia, el 17 de junio; y menos de tres semanas más tarde, fue designado un nuevo comandante británico, el general sir Claude Auchinleck.

El 18 de noviembre, el nuevo comandante inició su primera ofensiva «Operación Crusader», con el recién creado VIII Ejército. Mientras tanto, Rommel, que había puesto sitio a Tobruk, había notado la escasez de provisiones y se vio obligado a retirarse. A principios de enero de 1942, Auchinleck había vuelto a penetrar hacia el oeste tanto como había hecho Wavell, y ahora los británicos tenían las líneas de aprovisionamiento demasiado extendidas. Rommel acometió en seguida a sus atacantes y el 4 de febrero había llegado a Derna. Conquistó Tobruk el 21 de junio y para julio se encontraba a apenas 113 km de Alejandría.

El primer ministro británico, Winston Churchill, abatido por lo que llamó «una crisis seria y bastante inesperada», hizo el largo viaje hasta el frente del desierto para juzgar la situación por sí mismo. Aunque el general Auchinleck, como GOC (Oficial General al Mando) en Oriente Medio, había tomado el mando directo del flojo VIII Ejército y había empezado a reorganizarlo en grupos autónomos de combate, que consiguieron bloquear el último y más largo avance de Rommel, Churchill decidió que hacían falta cambios en el mando. El primer ministro quería que la acción en el norte de África tuviera un final rápido que despejara el camino para una invasión de Italia, que él sabía que iba a producir beneficios a la causa aliada.

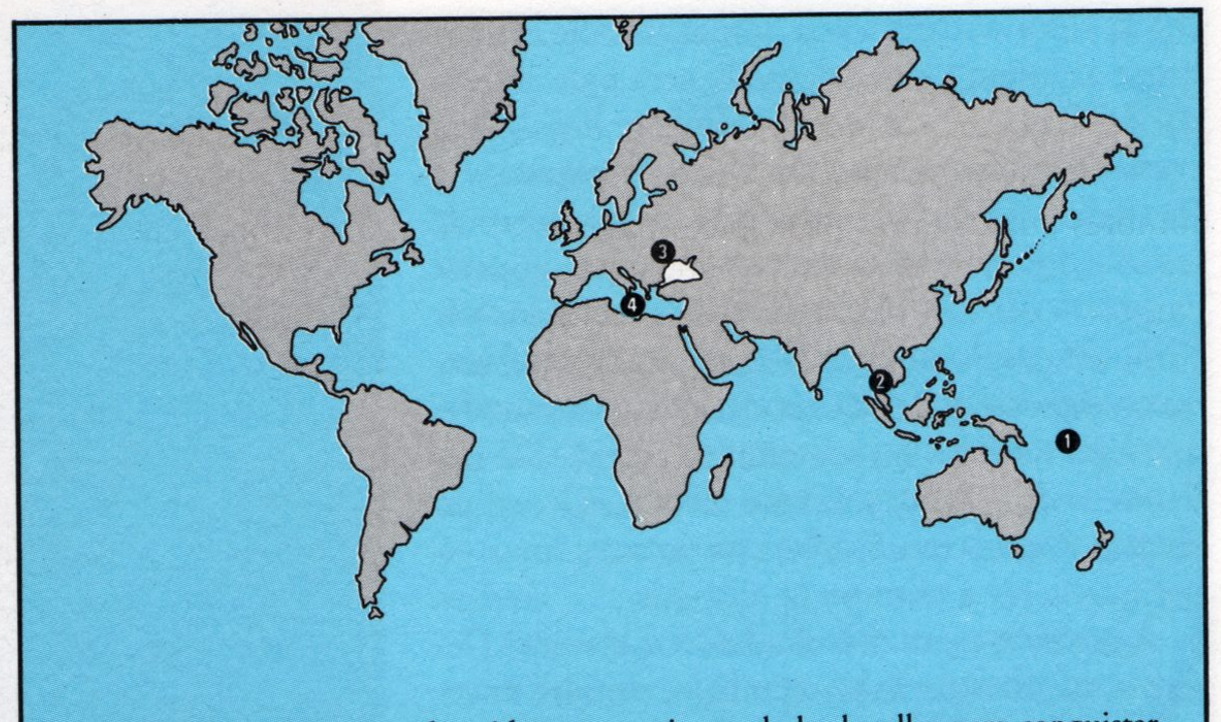
La responsabilidad global de las fuerzas británicas y de la Commonwealth en Oriente Medio se puso en manos del general sir Harold Alexander, mientras que el mando del VIII Ejército encargado de la defensa de Egipto recayó en el general W.H.E. Gott. Pero Gott murió en un accidente aéreo antes de que pudiera ocupar su cargo, y la segunda opción para este mando de tanta rsponsabilidad, el teniente general Bernard Montgomery, recibió órdenes de partir de Inglaterra. Su llegada al desierto a principios de agosto marcó el inicio de un cambio impresionante y permanente en las suertes británicas.

Mientras tanto, la excitación en el bando del Eje al descubrir que sus elementos avanzados estaban tan adentrados en Egipto empezó a languidecer cuando empeoró la situación del aprovisionamiento. Los convoyes que partían de Benghasi, utilizando la única autopista que reco-




La guerra en el desierto

Las condiciones hostiles agravaban los problemas de aprovisionamiento y convertían la vida cotidiana de los soldados en el desierto en una experiencia desorientadora. Las columnas de transporte tenían que navegar usando el compás o confiar en pistas indígenas. Pocos tuvieron tanta suerte como este convoy, que lleva provisiones al frente, que tenía la guía de una vía de ferrocarril con la que determinar su posición. Los peligros de la guerra se incrementaban con la falta de marcas naturales, ya que el terreno ofrecía a los soldados poca protección ante un ataque, y las trincheras, como la que se ve a la derecha en la foto, podian ser detectadas por la aviación enemiga. Los hombres también carecían de protección del sol abrasador y de las frías noches del desierto.



Mientras los marines estadounidenses libraban un intenso combate en Guadalcanal (1) y el 21 de septiembre de 1942 empezaba la primera ofensiva aliada contra los japoneses en la región de Arakan (2), en Birmania, la guerra en occidente entraba en su fase decisiva. Y el 13 de septiembre comenzó la primera de las batallas para conquistar Stalingrado (3). Malta (4) continuaba sitiada; pero, en agosto, un largo convoy denominado en clave «Operación Pedestal» consiguió llegar a la isla con provisiones de comida, combustible y municiones, aunque después de haber sufrido fuertes pérdidas de barcos.

Entre septiembre de 1940 y octubre de 1942, la guerra en el desierto evolucionó hasta convertirse en una serie de campañas continuas, *véase mapa inferior*, en las que tomaron la iniciativa primero las fuerzas del Eje y después las británicas, avanzando ambas largas distancias hasta que los problemas de aprovisionamiento resultaban demasiado grandes y se vieron obligados a retroceder de nuevo hacia sus bases principales.



rría la costa norteafricana, tardaban siete días en llegar al frente y doce desde la otra base principal en Trípoli. Y cuando finalmente llegaban, a menudo estaban bastante mermados gracias a las atenciones de la Fuerza Aérea del Desierto de los Aliados que tenía prácticamente el control completo del cielo. Los refuerzos, solicitados por Rommel para ayudar en la siguiente fase del ataque, tampoco le satisfacieron: eran italianos. «Lo que aquí necesito no son aún más divisiones italianas...» dijo, «sino soldados alemanes y equipo alemán con los que finalmente yo solo voy a tener que llevar a término la ofensiva».

A pesar de estas dificultades, el Zorro del Desierto, como se le había apodado, decidió hacer un intento desesperado por sacar provecho de sus destacadas victorias. De todos modos, su juego no produjo los resultados esperados: cuando Rommel atacó Alam al Halfa el 30 de agosto, Montgomery estaba preparado para recibirlo. El 2 de septiembre, las fuerzas del Eje tuvieron que retirarse más allá de la zona que se extendía desde El Alamein, en la costa, hasta la insuperable Depresión de Qattara, 64 km al sur, un atascadero con flancos seguros cuya inmensa importancia estratégica ya habían comprendido los británicos. Si la depresión se defendía en profundidad, obstruiría eficazmente cualquier otro avance hacia el interior de Egipto y también serviría como excelente posición de partida para una contraofensiva.

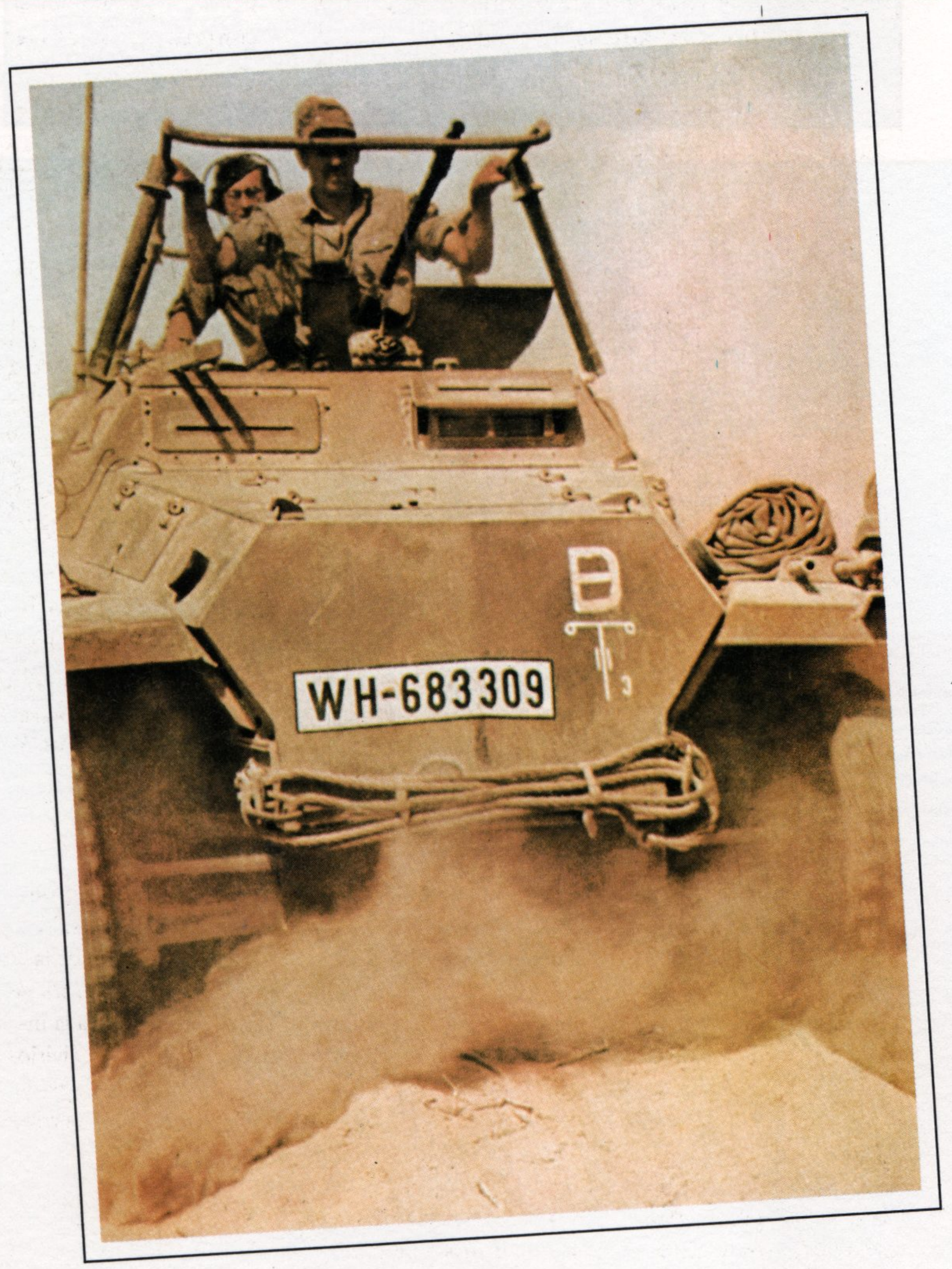
Con las fuerzas del Eje a la defensiva y todavía con problemas de aprovisionamiento, Montgomery presionó hacia delante con seguridad detrás de su línea de Alamein con el propósito de forjar el VIII Ejército hasta convertirlo en una fuerza potente, soberbiamente equipada, capaz de asestar a Rommel una derrota aplastante. Para ello construyó sobre los cimientos de Auchinleck, subió la moral inmensurablemente y acumuló vastas cantidades de armas y municiones para tener la garantía de que su mando poseía una potencia de fuego abrumadora.

Churchill, encantado de que los británicos hubieran tomado la iniciativa en Alam al Halfa, estaba ansioso por que se mantuviera esta marcha. Presionó a Montgomery para continuar la victoria explotando la luna llena de septiembre, para el que faltaban dos semanas, momento en el que habría luz suficiente como para permitir que la infantería y los carros blindados operaran seguros en el desierto por la noche. El nuevo comandante del VIII Ejército se negó: sabía que sus hombres no estarían todavia preparados para un ataque martillazo a gran escala del tipo que tenía en mente. El primer ministro tendría que refrenar su impaciencia hasta la luna llena de octubre, momento para el que estarían completos los preparativos meticulosos de Montgomery.

El plan de Montgomery, «Operación Lightfoot», se apoyaba en el elemento sorpresa. Era esencial que Rommel no fuera capaz de pronosticar ni el momento del ataque ni la dirección desde la que se produciría. Aunque era imposi-



El camuflaje era la única protección para los aviones que volaban sobre el paisaje llano y yermo del desierto. Estas manchas de leopardo permiten a este Messerschmitt Bf 109 desaparecer contra las pequeñas rocas y la arena amarilla rojiza.



En este terreno, los versátiles vehículos de media oruga eran los más útiles. Este transportador alemán de personal SdKfz (*derecha*) se podía adaptar a muchos usos, como el de plataforma para armas; aunque el símbolo del coche indica que se usaba como remolcador. Su máxima visibilidad, facilitada por la cubierta baja, lo hacía idóneo para las tareas de reconocimiento y, sobre superficies desiguales, la dirección se podía cambiar de las ruedas frontales a una media oruga.

Los comandantes



Rommel



Montgomery

El mariscal de campo Erwin Rommel (1891-1944) era un hombre elegante y apuesto que había ganado la Cruz de Hierro y la máxima condecoración prusiana, la *Pour le Mérite*, durante la Primera Guerra Mundial. En 1939 fue hecho general y tomó parte en varias campañas, mostrándose como maestro de la táctica de guerra relámpago.

Rommel, un gran comandante en el campo, destacó en la guerra en el desierto, y su sucesión de victorias pronto hipnotizaron tanto a sus propias tropas como a las aliadas; es significativo que el ataque del VIII Ejército en El Alamein se iniciara en su ausencia. Cuando regresó a Africa, Rommel reunió a sus fuerzas para presentar una oposición tan firme que algunos comandantes británicos instaron a la retirada. Pero su talento no era apropiado para la guerra de desgaste, y fue Rommel quien se retiró.

Tanto Rommel como su oponente en el desierto Occidental (desierto Líbico), el **teniente general Bernard Montgomery (1897-1976)**, se dieron cuenta rápidamente del valor de la propaganda de combate, y ambos crearon un culto en torno a sí mismos.

Montgomery sirvió en Francia durante la Primera Guerra Mundial y luego en India y en Palestina. Al estallar la Segunda Guerra Mundial fue destinado a la Fuerza Expedicionaria británica y estuvo en Dunkerque. En 1942 fue designado comandante «nuevo retoño» de Churchill al frente del VIII Ejército en un momento en que las derrotas y las difíciles condiciones habían socavado la moral y parecía imposible que éste lograra una victoria.

Destacado publicista de sí mismo, con una profunda creencia en el valor de un mando fuerte y central, Montgomery se propuso deliberadamente promocionar su imagen como líder. Al mismo tiempo, mediante disciplina e instrucción, estimuló la seguridad y un sentido de identidad en sus desmoralizadas tropas. No obstante, estaba preparado para adaptar sus planes a las circunstancias, como lo demostró con su rápido desarrollo de la Operación Supercharge. Aunque Rommel mostraba más aptitud e instinto para la batalla, el gran mérito de Montgomery radicaba en su determinación constante para lograr su objetivo.

Tras la victoria en el norte de África, Montgomery dirigió el VIII Ejército en Sicilia y en Italia antes de regresar al Reino Unido para tomar parte en el inminente desembarco de Normandía. Fue ascendido a mariscal de campo en 1944.



51.ª División Highland

8.ª División Acorazada

7.ª División Acorazada

Afrika Korps

Los emblemas de los hombros de las divisiones aliadas y la insignia del Afrika Korps personalizaban los uniformes y el equipo de los hombres que luchaban en la guerra del desierto. Quizás el más famoso de estos emblemas estimuladores de la moral de la tropa fuera el jerbo, *arriba a la derecha*. Este pequeño animal se adapta perfectamente a la vida en el desierto y su adopción como símbolo por los hombres de la 7ª División Blindada les hizo merecer el apodo de «ratas del desierto».

El propio Montgomery llevaba indistintamente una boina de tanquista con dos emblemas o un sombrero flexible australiano cubierto de insignias. Y, siempre consciente de la importancia del *espíritu de cuerpo*, aprovechaba la individualidad de las divisiones adecuando sus capacidades específicas a su tarea.

ble pretender que no se hacían preparativos, las tropas británicas y de la Commonwealth camuflaron los principales lugares de concentración de unidades y de equipo en el norte y construyeron zonas de acantonamiento simuladas en el sur, en un intento de lanzar al Zorro del Desierto tras el rastro. Estas instalaciones falsas se construyeron a un ritmo calculado para hacer pensar a Rommel que no se lanzaría ningún ataque hasta principios de noviembre.

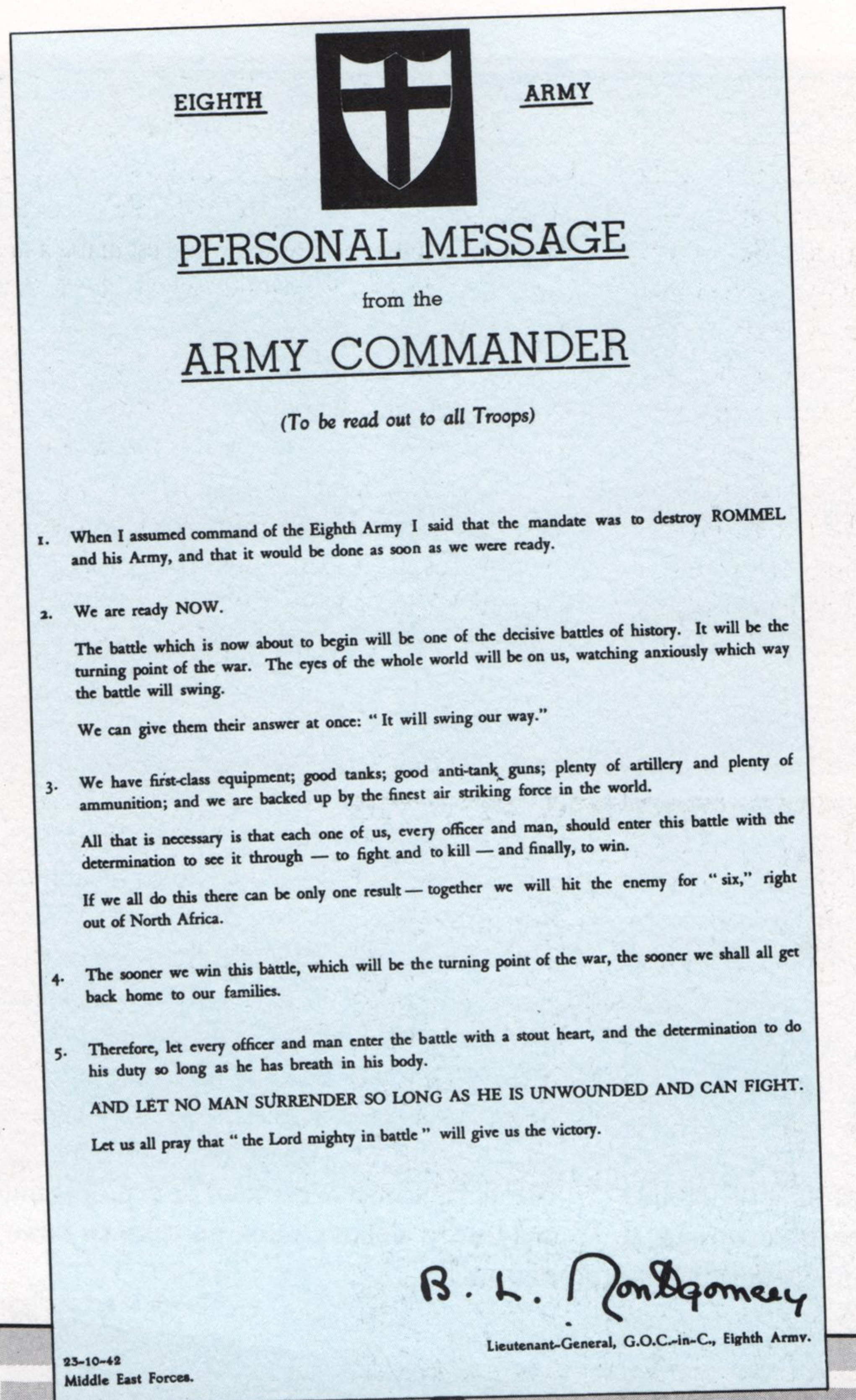
A mediados de octubre, la víspera de la ofensiva británica, el VIII Ejército contaba con un total de 195.000 hombres, 1.351 tanques, entre ellos 285 de los nuevos Sherman americanos, y 1.900 piezas de artillería, que iban desde cañones antitanques de a dos libras hasta armas medias. Las fuerzas del Eje incluían 100.000 hombres, 510 tanques, de los cuales 300 eran modelos italianos inferiores, y 1.325 piezas de artillería.

En medio de la frenética actividad previa al ataque que se vivía en el VIII Ejército, Montgomery exhibía una vena teatral que era un regalo para la prensa. Este oficial habitualmente austero se disntiguía por vestir uniformes irregulares, completados bien por una poco convencional boina de tanquista con dos emblemas o bien con un sombrero flexible australiano decorado con insignias regimentales. Se mezclaba libremente con las tropas y pronunciaba discursos combativos para elevar la moral, del tipo «ni retirada, ni rendición». Los hombres adoraban todo esto. Hijo de obispo, Monty puso de manifiesto su fe constante en el mensaje de la víspera del ataque, en el que rezó pidiendo el apoyo del «Dios poderoso en la batalla» en la lucha que se avecinaba.

El 23 de octubre, en un último esfuerzo por asegurar que se mantuviera el secreto hasta el último minuto, las tropas de asalto del VIII Ejército fueron confinadas a sus trincheras: no podían dejar sus refugios ni para usar las letrinas. Pero tales precauciones tuvieron el efecto deseado. Las fuezas del Eje se dieron cuenta por primera vez de que el ataque era inminente a las 21.40 de la tarde, momento en que se puso en acción la mayor barrera de artillería desde la Primera Guerra Mundial.

Mientras 1.000 cañones martilleaban las posiciones alemanas e italianas como preludio del asalto principal, el comandante del VIII Ejército estaba en la cama. Montgomery había hecho planes concienzudos para el ataque de esa noche y entonces eran sus unidades de combate las que debían ejecutarlos. Montgomery opinó que no se ganaba nada si él permanecía levantado. Haría un mejor servicio a sus tropas si dormía bien aquella noche y si a la mañana siguiente estaba fresco para tomar las riendas de la situación.

Por desgracia para las tropas del Eje, su líder inspirado —e inspirador—, el mariscal Rommel, estaba de permiso por enfermedad en Austria cuando el VIII Ejército atacó.



EIGHTH ARMY

PERSONAL MESSAGE

from the

ARMY COMMANDER

(To be read out to all Troops)

1. When I assumed command of the Eighth Army I said that the mandate was to destroy ROMMEL and his Army, and that it would be done as soon as we were ready.

2. We are ready NOW.

The battle which is now about to begin will be one of the decisive battles of history. It will be the turning point of the war. The eyes of the whole world will be on us, watching anxiously which way the battle will swing.

We can give them their answer at once: "It will swing our way."

3. We have first-class equipment; good tanks; good anti-tank guns; plenty of artillery and plenty of ammunition; and we are backed up by the finest air striking force in the world.

All that is necessary is that each one of us, every officer and man, should enter this battle with the determination to see it through — to fight and to kill — and finally, to win.

If we all do this there can be only one result — together we will hit the enemy for "six," right out of North Africa.

4. The sooner we win this battle, which will be the turning point of the war, the sooner we shall all get back home to our families.

5. Therefore, let every officer and man enter the battle with a stout heart, and the determination to do his duty so long as he has breath in his body.

AND LET NO MAN SURRENDER SO LONG AS HE IS UNWOUNDED AND CAN FIGHT.

Let us all pray that "the Lord mighty in battle" will give us the victory.

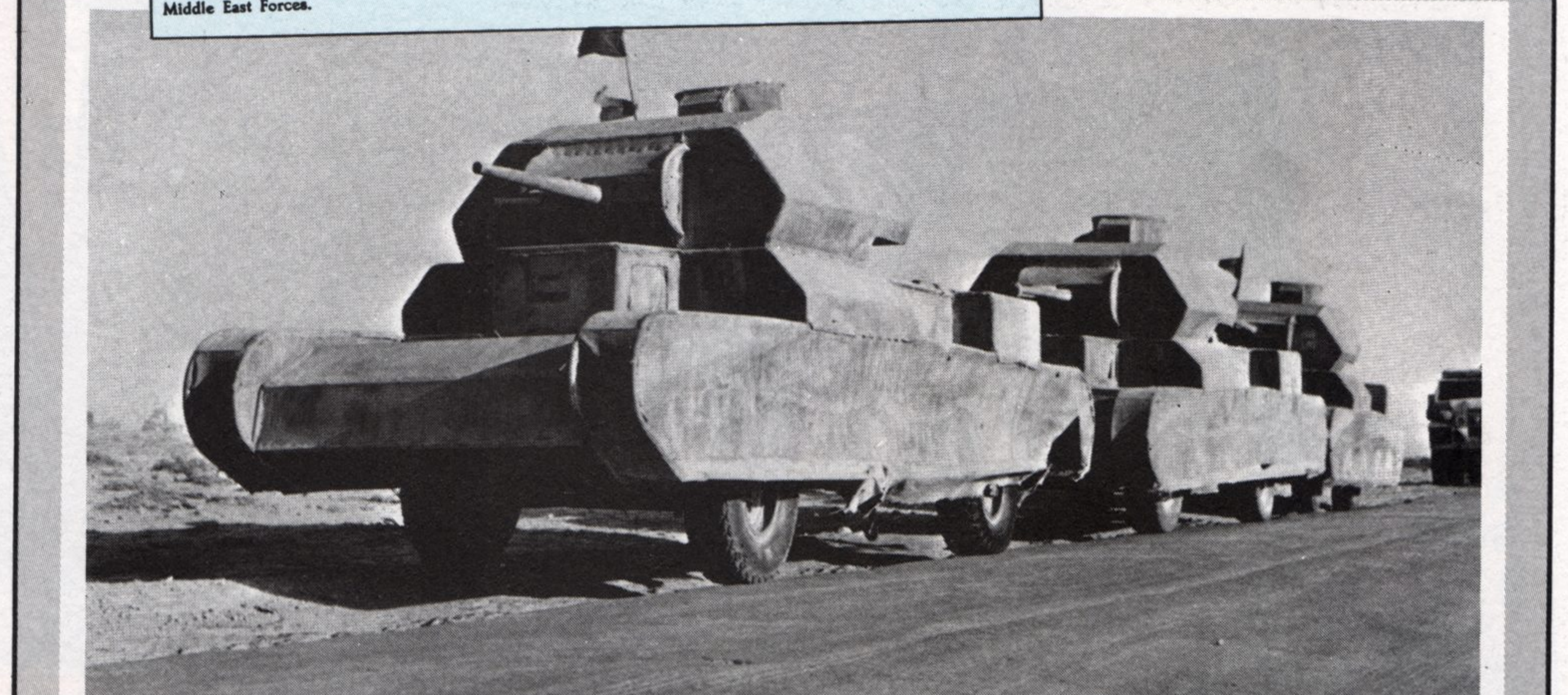
B. L. Montgomery

Lieutenant-General, G.O.C.-in-C., Eighth Army.

23-10-42
Middle East Forces.

El mensaje de Montgomery, escrito para los oficiales y hombres del VIII Ejército en la víspera de la Operación Lightfoot, compendiaba su creencia de que «la moral del soldado es el factor individual más importante en la guerra». Montgomery estaba convencido de que, para garantizar una victoria duradera, el espíritu de lucha de las tropas debía estar en su punto más alto.

Otros mensajes más sustanciales para los mandos acentuaban lo esencial de una actitud positiva, ya que temía que no pudieran sufrir los días de refriegas brutales que sabía que iban a sucederse tras el ataque inicial.



Engaño y astucia

En un paisaje sin protección natural, el camuflaje y la astucia desempeñaban un papel importante en la táctica de batalla. Las fuerzas de ambos bandos enseguida empezaron a recibir equipo color amarillo arena, que les permitía cierto ocultamiento. Más engañoso era el uso de campos de minas falsos en medio de los cuales se colocaban minas de verdad.

Durante el preludio de la Operación Lightfoot se puso en marcha una farsa a gran escala para persuadir a las fuerzas del Eje de que se iba a producir un ataque en el sur. La concentración real de equipo aliado en el norte se ocultó, mientras las fuerzas secundarias del sur se complementaban con tanques simulados, *arriba*, camionetas, cañones, e incluso un falso oleoducto. Justo antes de la batalla, los tanques y cañones operativos, escondidos bajo cubiertas de arpillera pintadas como camiones, se desplazaron desde el sur. Este programa, minuciosamente elaborado, denominado en clave «Operacion Bertram», consiguió engañar al reconocimiento aéreo enemigo.

Minas y campos de minas

Las minas tenían un papel predominante en la guerra del desierto, creando obstáculos artificiales donde no había defensas naturales. Se usaban como apoyo estratégico en un ataque o para formar un perímetro defensivo, y la variedad de minas y métodos de despliegue se volvió cada vez más elaborada y especializada durante la campaña.

Algunas de ellas tenían únicamente detonadores antitanques, que permitían que las compañías de infantería caminaran sobre ellas impunemente, induciendo a los tanques a seguirles hasta su destrucción. Las minas antipersonal podían producir docenas de heridas diferentes: la mina S alemana era especialmente temida. Cuando se pisaba una de ellas, se accionaba su detonador de tres puntas y la mina saltaba en el aire, donde estallaba a la altura de la cintura, arrojando cientos de cojinetes de acero.

Después de febrero de 1942 se colocaron minas en cantidades enormes. Ambos bandos conectaban muchos campos viejos con cinturones de minas nuevas, formando «ciénagas» inmensas. En El Alamein, un problema primordial consistió en abrir huecos a través de estos campos durante la noche del 23-24 de octubre, aunque los nuevos detectores de minas libraban a los hombres de la necesidad de gatear por el suelo, perforándolo con las bayonetas.

Una vez que se limpiaba el camino a través de un campo de minas, se marcaba con conos blancos y con cinta. Por la noche, el camino se destacaba aún más añadiendo postes con linternas en el extremo de cada travesaño. Estas lámparas se colocaban en latas de gasolina vacías con un agujero perforado en el lado que estaba orientado hacia el avance para que ninguna luz fuera visible al enemigo. Se utilizaba vidrio verde para indicar el lado despejado de la línea, y ámbar para el lado peligroso. Las luces rojas alertaban sobre los campos de minas sin limpiar.



Los detectores de minas polacos, con forma de aspiradora de manejo erguido, se pasaban por la arena mantenidos delante del operador; la presencia de la mina producía un gemido muy agudo en los auriculares del zapador. El único inconveniente de estos detectores era que se necesitaba mucho valor para mantenerse derecho de pie bajo el fuego.



Los campos de minas «Jardines del diablo» fueron ampliamente utilizados por Rommel durante la campaña. El diagrama, *arriba*, basado en un mapa capturado por los Aliados, muestra su ingeniosidad fatal. Se usaban minas de tipos diversos de forma estratégica para su máximo efecto. Dejando caminos a través de los campos de minas, los alemanes atraían a las unidades británicas a un campo de muerte.

A pesar de que en octubre de 1942 los soldados aliados estaban entrenados en el peligroso trabajo de limpiar estos campos, las trampas explosivas y los trucajes de alambre significaban que la suerte era un factor importante para su supervivencia.

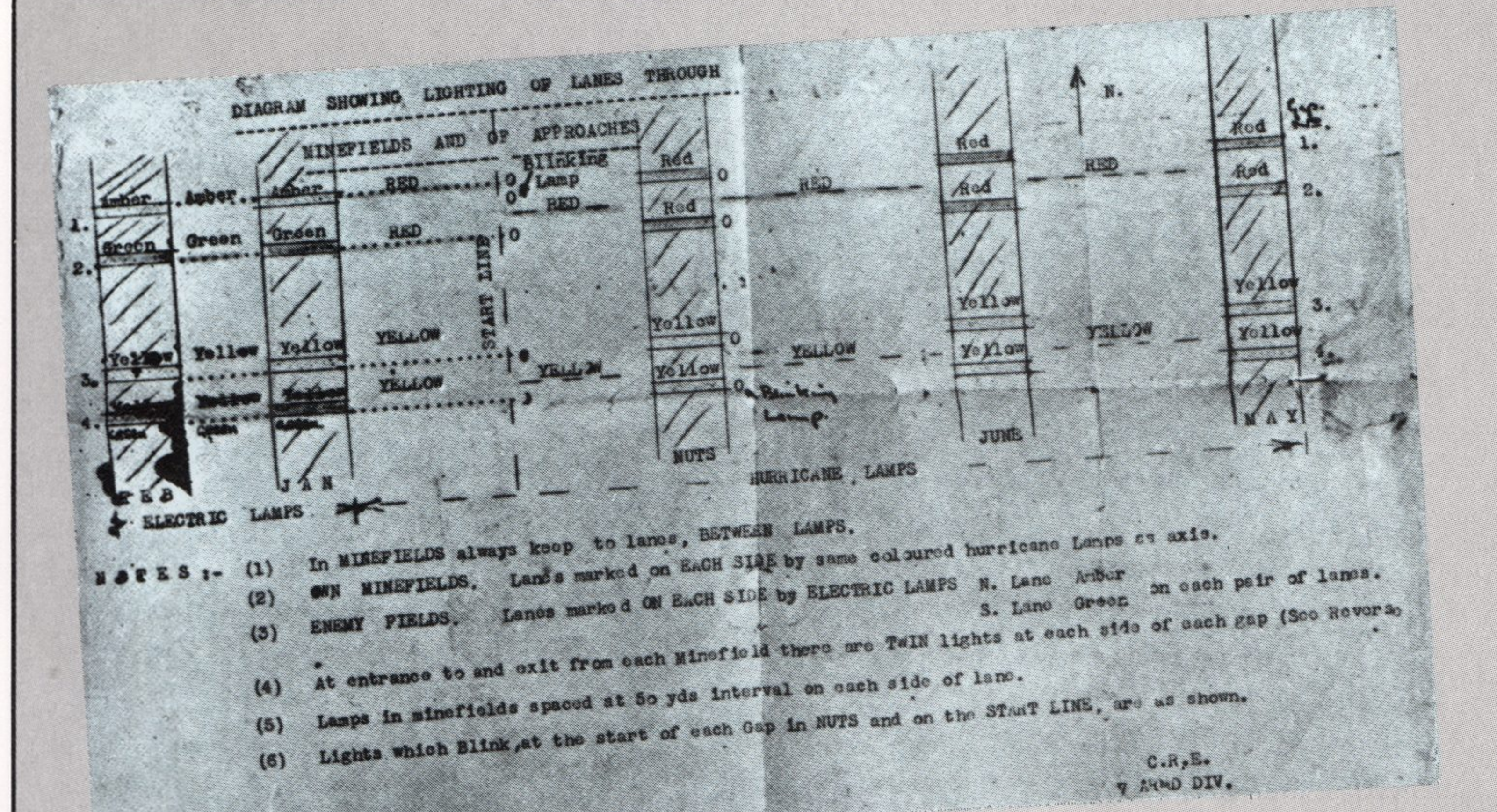
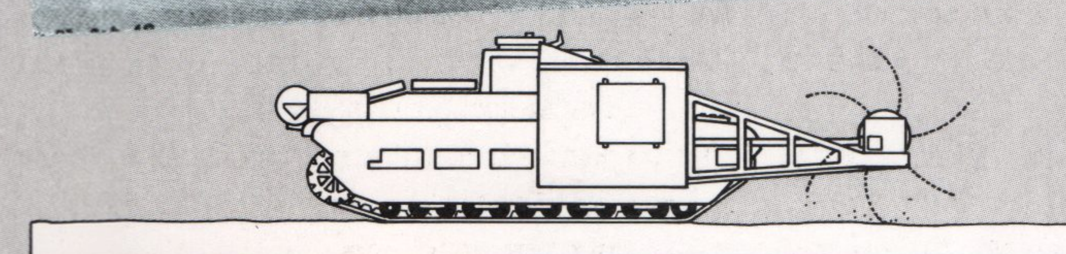


DIAGRAM SHOWING LIGHTING OF LANES THROUGH MINEFIELDS AND OF APPROACHES

NOTES :- (1) In MINEFIELDS always keep to lanes, BETWEEN LAMPS.
(2) OWN MINEFIELDS. Lanes marked on EACH SIDE by same coloured hurricane Lamps as axis.
(3) ENEMY FIELDS. Lanes marked ON EACH SIDE by ELECTRIC LAMPS N. Lane Amber S. Lane Green on each pair of lanes.
(4) At entrance to and exit from each Minefield there are TWIN lights at each side of each gap (See Reverse)
(5) Lamps in minefields spaced at 50 yds interval on each side of lane.
(6) Lights which Blink at the start of each Gap in NUTS and on the START LINE, are as shown.

C.R.E.
7 ARMD DIV.

El diagrama, *izquierda*, se basa en un documento producido por la 7ª División Blindada que tomó parte en el ataque meridional divisionario de la Operación Lightfoot. Muestra cómo se iluminaban los campos de minas controlados por los Aliados y el comienzo de los campos de mina enemigos «Enero» y «Febrero», atravesados la noche del 23 de octubre por la 44ª División.



El tanque barreminas Scorpion despejaba el camino con mayales ajustados a un cilindro giratorio, que hacían estallar las minas delante del vehículo. Los zapadores detonaban cualquier mina que el tanque pasaba por alto. Los camiones «Snail» (caracol) marcaban el camino seguro con diesel.

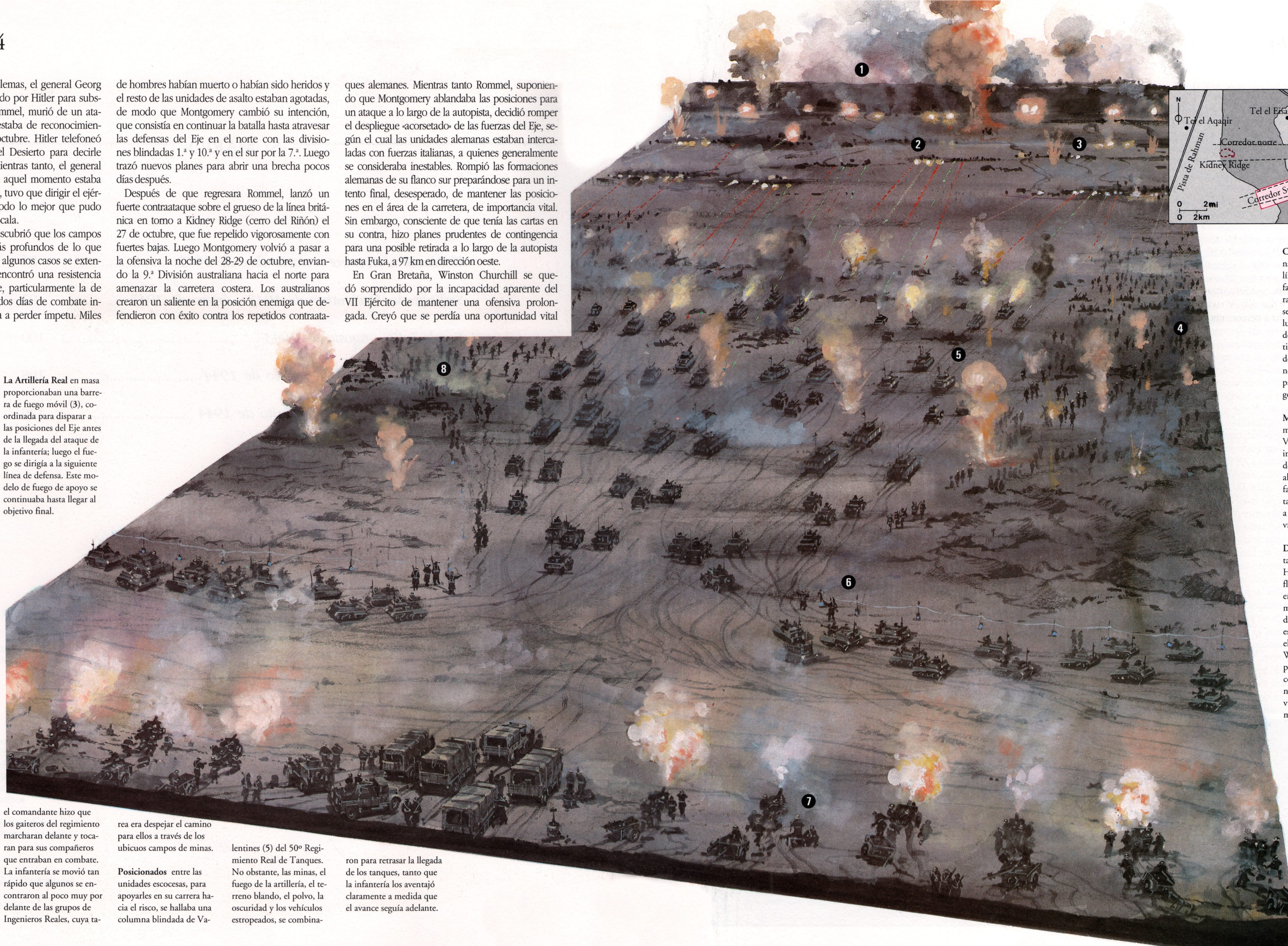
El Alamein/4

Para sumarse a sus problemas, el general Georg Stumme, el oficial designado por Hitler para substituir temporalmente a Rommel, murió de un ataque al corazón mientras estaba de reconocimiento la mañana del 24 de octubre. Hitler telefoneó de inmediato al Zorro del Desierto para decirle que regresara a Egipto. Mientras tanto, el general Ritter von Thoma, que en aquel momento estaba al mando del Afrika Korps, tuvo que dirigir el ejército del Eje al completo todo lo mejor que pudo ante una ofensiva a gran escala.

El VII Ejército pronto descubrió que los campos de minas eran mucho más profundos de lo que ellos habían calculado (en algunos casos se extendían 8 km). Además, se encontró una resistencia extremadamente inflexible, particularmente la de los alemanes. Al final de dos días de combate intenso, el ataque empezaba a perder ímpetu. Miles de hombres habían muerto o habían sido heridos y el resto de las unidades de asalto estaban agotadas, de modo que Montgomery cambió su intención, que consistía en continuar la batalla hasta atravesar las defensas del Eje en el norte con las divisiones blindadas 1.ª y 10.ª y en el sur por la 7.ª. Luego trazó nuevos planes para abrir una brecha pocos días después.

Después de que regresara Rommel, lanzó un fuerte contraataque sobre el grueso de la línea británica en torno a Kidney Ridge (cerro del Riñón) el 27 de octubre, que fue repelido vigorosamente con fuertes bajas. Luego Montgomery volvió a pasar a la ofensiva la noche del 28-29 de octubre, enviando la 9.ª División australiana hacia el norte para amenazar la carretera costera. Los australianos crearon un saliente en la posición enemiga que defendieron con éxito contra los repetidos contraataques alemanes. Mientras tanto Rommel, suponiendo que Montgomery ablandaba las posiciones para un ataque a lo largo de la autopista, decidió romper el despliegue «acorsetado» de las fuerzas del Eje, según el cual las unidades alemanas estaban intercaladas con fuerzas italianas, a quienes generalmente se consideraba inestables. Rompió las formaciones alemanas de su flanco sur preparándose para un intento final, desesperado, de mantener las posiciones en el área de la carretera, de importancia vital. Sin embargo, consciente de que tenía las cartas en su contra, hizo planes prudentes de contingencia para una posible retirada a lo largo de la autopista hasta Fuka, a 97 km en dirección oeste.

En Gran Bretaña, Winston Churchill se quedó sorprendido por la incapacidad aparente del VII Ejército de mantener una ofensiva prolongada. Creyó que se perdía una oportunidad vital



Durante las primeras horas de la «Operación Lightfoot», los hombres de la infantería de la 51ª División de Montañeses (Highlanders) tuvieron que ocupar los puntos de resistencia del Eje, en su avance hasta el objetivo fuertemente defendido, el cerro Miteiriya. Aunque era una pequeña parte de la operación, esta acción nocturna fue típica de buena parte de la lucha que tuvo lugar a lo largo de todo el frente. La imagen corresponde al flanco izquierdo del regimiento de Highlanders, cuando el 7º Batallón Black Watch pasó de línea al 5º de Camerons en la señal a mitad de camino del avance.

Los puntos de resistencia del Eje (2), protegidos por campos de minas, salpicaban el llano al pie del cerro Miteiriya (1) con una profundidad de 5 km. Las unidades escocesas dieron a estas posiciones nombres de ciudades de su tierra; había que conquistarlas una a una, en medio del polvo y la oscuridad.

Los hombres del 7º Batallón, los Highlanders de Argyll y Sutherland (4) avanzaron en orden abierto ante las ametralladoras, morteros y el fuego de artillería del enemigo. Para aumentar su moral ya alta, el comandante hizo que los gaiteros del regimiento marcharan delante y tocaran para sus compañeros que entraban en combate. La infantería se movió tan rápido que algunos se encontraron al poco muy por delante de las grupos de Ingenieros Reales, cuya tarea era despejar el camino para ellos a través de los ubicuos campos de minas.

La Artillería Real en masa proporcionaban una barrera de fuego móvil (**3**), coordinada para disparar a las posiciones del Eje antes de la llegada del ataque de la infantería; luego el fuego se dirigía a la siguiente línea de defensa. Este modelo de fuego de apoyo se continuaba hasta llegar al objetivo final.

Posicionados entre las unidades escocesas, para apoyarles en su carrera hacia el risco, se hallaba una columna blindada de Valentines (5) del 50º Regimiento Real de Tanques. No obstante, las minas, el fuego de la artillería, el terreno blando, el polvo, la oscuridad y los vehículos estropeados, se combinaron para retrasar la llegada de los tanques, tanto que la infantería los aventajó claramente a medida que el avance seguía adelante.

Cinta blanca (**6**) y linternas protegidas marcaban la línea de partida para la infatería atacante. La primera oleada empezó a moverse bajo una brillante luz lunar a las 22.00 h del 23 de octubre mientras la artillería cambiaba el blanco de las posiciones de cañones a las posiciones de tropas adelantadas del enemigo.

Más de 1.000 cañones medios y de campo usó el VIII Ejército en la barrera inicial, incluidas baterías de a 25 (7). Una vez más, algunos grupos de la infantería avanzaron con tanta rapidez que llegaron a los puntos adonde todavía disparaba la artillería.

Dos compañías del 5º Batallón —los Cameron Highlanders— (**8**), en el flanco izquierdo, llegaron en seguida a la señal de medio camino, a 3,5 km de la línea de partida. Allí esperaron a que su relevo, el 7º Batallón —el Black Watch (guardia negra)— pasara entre sus líneas y continuara el avance. Al finalizar la noche, la 51ª División Highland había tomado el cerro Miteiriya.

y acusó a Montgomety de luchar una «batalla a medio gas». Sin embargo, Montgomery no se afectó por unas críticas tan duras. Continuó con los preparativos y cambiando a las tropas de frente para una nueva operación, llamada en clave «Supercharge», que se lanzaría en la zona del cerro del Riñón, al sur de la principal concentración de fuerzas alemanas de Rommel.

Esta segunda y última fase de la batalla de El Alamein se puso en marcha la noche del 1-2 de noviembre. Inicialmente, el enemigo fue cogido desprevenido, pero la resistencia no tardó en endurecerse. Sin embargo, Rommel sabía que no podía aguantar mucho más. Carente de casi todo lo que se necesita para mantener un ejército en una batalla intensa, decidió ordenar la retirada.

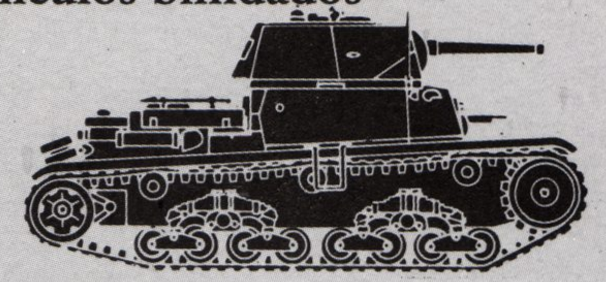
El 3 de noviembre, tras una parada en la lucha, las castigadas fuerzas del Eje empezaron a retirarse, pero sus órdenes recibieron la contraorden del propio Führer. En una orden grandilocuente, alejada de la realidad, Hitler decía a su poco impresionado mariscal de campo: «...no se puede pensar otra cosa que mantenerse firme, no ceder ni un metro de terreno y lanzar cada cañón y cada hombre a la batalla».

La salida anhelada de Montgomery se produjo a principios del día siguiente. Mientras la 1ª División Blindada británica y los restos del Afrika Korps libraban un duro combate en torno a Tel al Aqaqir, la 7ª División Blindada aprovechaba un hueco creado por la infantería en la línea sur, defendida débilmente por el Eje en el cerro del Riñón. Rommel sabía que la única forma de evitar el cerco sería retirarse a Fuka. Para ello requería el permiso de Hitler, quien lo dio de mala gana. Luego empezó una retirada general para intentar salvar el máximo posible de su abatido ejército. Pero sólo las fuerzas móviles tenían la posibilidad de escapar: grandes cantidades de la infantería —en su mayoría italianos— fueron hechos prisioneros.

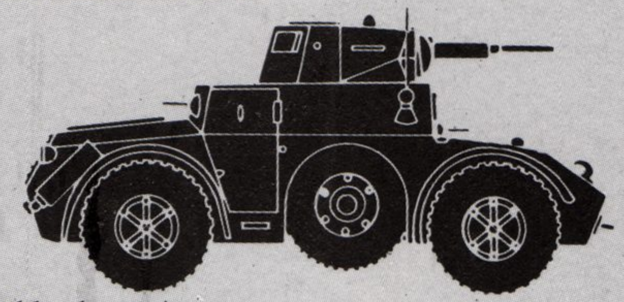
El VIII Ejército empezó su persecución al rayar el día 5 de noviembre, pero la única parte significativa del Afrika Korps que iba a ser interceptada eran los restos de los 20º Cuerpo Móvil. El avance de la 7ª División Blindada y de la 2ª División de Infantería de Nueva Zelanda, que esperaba asestar un «gancho de izquierda» a los enemigos que se retiraban, se vio retrasado por un campo de minas simulado, que más tarde resultó ser británico, justo al sur de Fuka; luego se quedaron sin combustible. Mientras tanto, Rommel se preparaba para retroceder otros 129 km hasta Mersa Matruh.

A mediodía del 6 de noviembre, una tormenta repentina convirtió el desierto en una ciénaga y detuvo completamente el movimiento británico. Todas las oportunidades de interceptar lo que quedaba del ejército de Rommel se perdieron. Mientras tanto, el Zorro del Desierto, que más tarde criticó a Montgomery por no presionar en la persecución, aprovechó el tiempo ganado por el mal tiempo para reunir todo lo que

Vehículos blindados



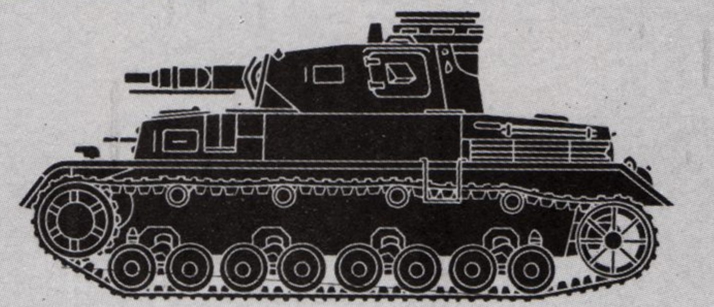
Carro Armato M13/40



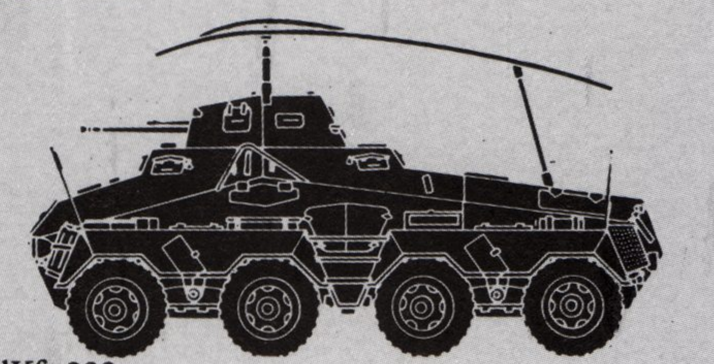
Autoblinda AB40



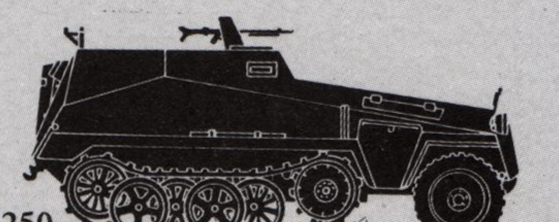
Carro Veloce CV33



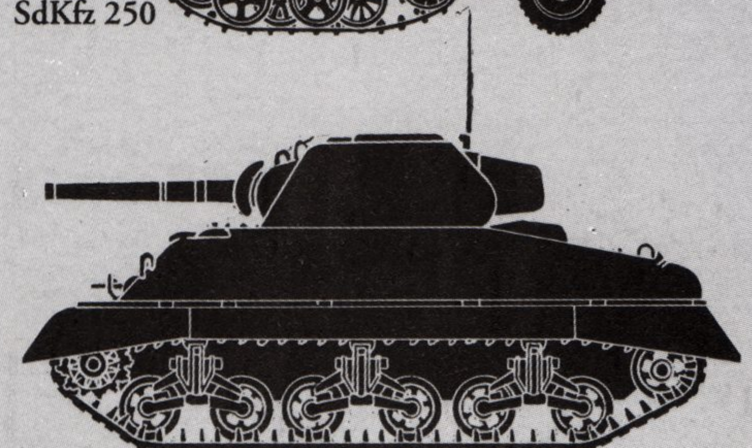
Panzer MkIV



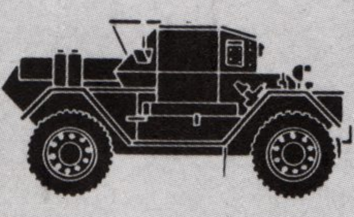
SdKfz 232



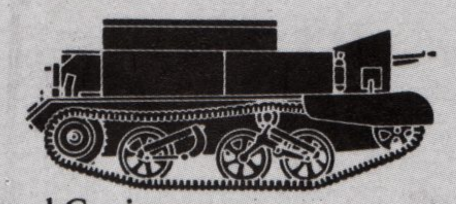
SdKfz 250



M4 Sherman



Daimler MkI



The Universal Carrier

0 5 10 ft
0 1 2 3 m

Tanque mediano Carro Armato M13/40 Debido a sus frecuentes averías, el M13/40 fue pronto sustituido por el M14/41; su poderoso motor de 108 kW estaba dotado de filtros.
Velocidad en carretera: 32 km/h; autonomía: 200 km; armamento: un cañón de 47 mm, tres ametralladoras de 8 mm, un cañón antiaéreo de 8 mm.

Carro blindado Autoblinda AB40 Se podían dirigir tanto las ruedas delanteras como las traseras del AB40 y las cuatro tenían tracción, lo que le proporcionaba una velocidad notable como vehículo de reconocimiento.
Velocidad en carretera: 76 km/h; autonomía: 400 km; armamento: tres ametralladoras de 8 mm.

Tanqueta Carro Veloce CV33 Hasta 1943, fecha en la que cesó su producción, el CV33 se utilizó ampliamente en el norte de África como lanzallamas, como vehículo de radio o para llevar remolques de provisiones y municiones.
Velocidad en carretera: 43 km/h; autonomía: 125 km; armamento: ametralladora doble de 8 mm.

Panzer MkIV A mediados de 1941, este fiable tanque medio a veces iba dotado de una pieza de artillería de cañón largo de 75 mm; era el apoyo principal del Afrika Korps.
Velocidad en carretera: 40 km; autonomía: 200 km; armamento: un cañón de 75 mm y dos ametralladoras de 7,92 mm.

SdKfz 232 Este carro blindado de 8 ruedas, utilizado por las fuerzas alemanas durante toda la guerra, era el vehículo de campo a través más avanzado de la época y era especialmente apropiado para el desierto.
Velocidad en carretera: 85 km/h; autonomía: 270 km; armamento: un cañón de 20 mm.

SdKfz 250 Introducido en 1940, esta media oruga blindada ligera se utilizó durante toda la guerra. Apareció en 13 variantes, la mayoría de ellas descubiertas en su parte superior, y fue empleado por muchos cuerpos diversos del ejército, entre ellos los ingenieros y los de transmisiones.
Velocidad en carretera: 60 km; autonomía: 270 km; armamento: un cañón de 20 mm.

M4 Sherman El tanque mediano más producido de la Segunda Guerra Mundial, el Sherman era rápido, resistente y fiable. Su oruga de pastilla de caucho le hacían móvil y efectivo en el desierto.
Velocidad en carretera: 42 km; autonomía: 160 km; armamento: un cañón de 75 mm, dos ametralladoras de 3 pulgadas, una de 5 pulgadas, un mortero de humo de 2 pulgadas.

Carro blindado Daimler MkI El carro blindado estándar del Ejército Británico desde 1941, el Daimler tenía servodirección, frenos de disco y conducción restringida de 4 ruedas; se utilizaba en tareas de reconocimiento.
Velocidad en carretera: 80 km; autonomía: 328 km con tanques auxiliares; armamento: un cañón de a 2, una ametralladora de 7,92 mm.

The Universal Carrier Llamado habitualmente el Transportador de Cañones Bren, este vehículo versátil podía transportar tanto hombres como armas ligeras y tenía mandos idénticos a los de un camión.
Velocidad en carretera: 51 km/h; autonomía: 254 km; armamento: una ametralladora ligera Bren o un fusil antitanque Boys.

Los planes de Montgomery: «Lightfoot» y «Supercharge»

La «Operación Lightfoot» fue una estrategia cuidadosamente planeada que dependía de varios factores, entre ellos el éxito del plan de simulación «Bertram» y una rápida limpieza de minas. Montgomery se decidió por un ataque de dos puntas, con el ataque principal de penetración por el norte. Después de una prolongada barrera de artillería se pondría en marcha un avance de infantería a cargo del XXX Cuerpo a través de campos de minas fuertemente defendidos. Una vez despejado un hueco, avanzarían los vehículos blindados del X Cuerpo. Una operación tan difícil sólo se podía llevar a cabo con luna llena, por lo que se eligió la noche del 23-24 de octubre.

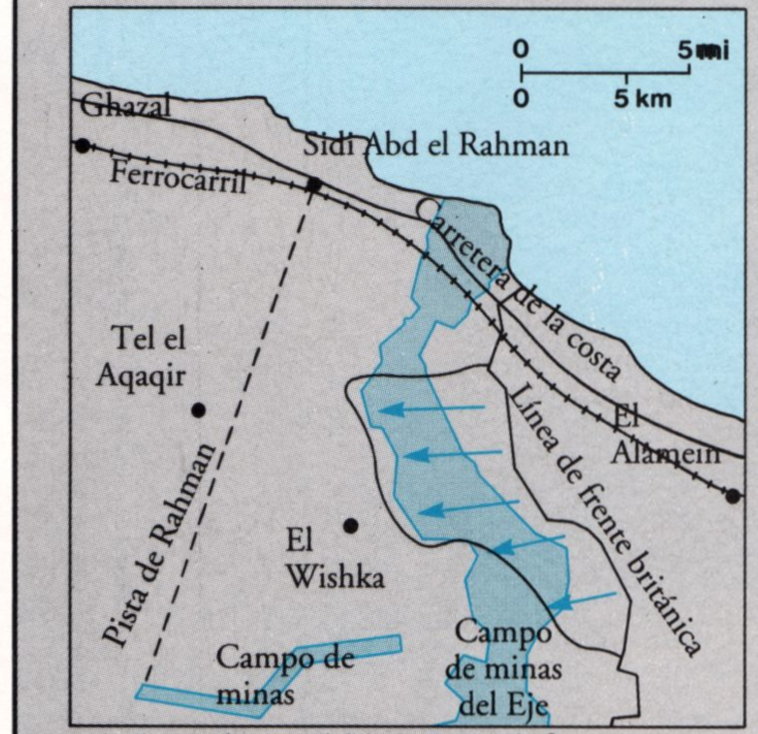
El ataque secundario en el sur era mucho menor de lo que Rommel había supuesto, ya que la aparatosa puesta en acción de fuerzas simuladas había engañado a los reconocimientos de la Luftwaffe. El objetivo del avance del XIII Cuerpo era evitar que fuerzas de auxilio fueran al sector norte y permitir que una fuerza ligera y móvil pasara tras las posiciones del Eje y las interceptara.

Las fuertes defensas impidieron que el primer ataque lograra su objetivo, una línea por detrás del cerro Miteiriya. Pero más tarde, los Aliados consolidaron un posición más adentrada en las líneas del Eje. Desde su base iniciaron una operación de «desorganización», atacando las divisiones de infantería del enemigo y arrastrando de este modo a la batalla a las divisiones blindadas en lugares elegidos por el VIII Ejército.

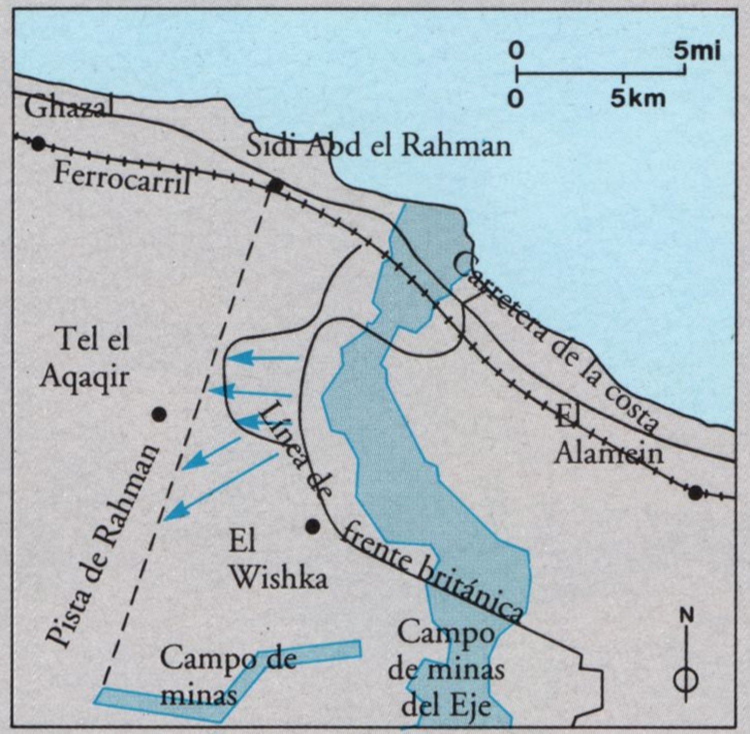
El ataque de penetración en el norte a cargo de la 9ª División Australiana y el proceso de desintegración tuvo otro resultado no previsto que ayudó a los Aliados: se llevó tropas alemanas a reforzar el sector norte, aislando a los inestables italianos que estaban en el sur.

El 30 de octubre, la infantería de ambos bandos se había agotado tras una serie de refriegas y muchos comandantes aliados instaron una retirada. Pero Montgomery estaba seguro de que, con un cambio en el plan, se podía obtener la victoria.

Aprovechó la concentración de vehículos blindados alemanes y, con la «Operación Supercharge», dirigió una cuña entre alemanes e italianos. Una vez más, la noche del 1-2 de noviembre, después de una barrera, se llevó a cabo un ataque de infantería. Puesto que no había que despejar campos de minas, la 9ª Brigada Blindada pudo moverse rápidamente para capturar un cuartel general alemán abandonado apresuradamente y apoderarse de la ruta Rahman —la principal ruta de aprovisionamiento del Eje— ya que Rommel había esperado un ataque desde el norte. En aquel momento, los alemanes, aislados de sus líneas de aprovisionamiento y de las tropas de relevo, se vieron obligados a retirarse, y esta vez no pudieron reunirse y contraatacar.



Alcance del avance «Lightfoot»



Avance «Supercharge» y ruptura

La batalla se libró en una zona que los comandantes británicos habían reconocido como de importancia estratégica. La depresión de Qattara, una salina impracticable situada a unos 64 km al interior, constituía el límite meridional del campo de batalla. Los cerros Miteiriya y del Riñón, obstáculos naturales en el oeste, estaban ocupados por el Eje. Al sur de El Alamein, los Aliados tenían dos puntos aventajados en terrenos altos.

Los campos de minas que se extendían delante del frente del cerro Miteiriya retrasaron la Operación Lightfoot, *izquierda extremo.* Sin embargo, en el transcurso de la Operación Supercharge, la zona oeste de este risco, relativamente despejada, permitió que el VIII Ejército tomara rápidamente la ruta Rahman y un cuartel general enemigo próximo a Tel al Aqaqir.



Una patrulla a la luz del día lanza un ataque relámpago con las bayonetas caladas.



Los artilleros también se basaban en el factor sorpresa; una ventaja que perdían cuando disparaban sus cañones de noche, ya que iluminaban sus posiciones.

quedaba del Afrika Korps —que para entonces se había reducido a 20 tanques— y los envió de regreso por la carretera de la costa todo lo rápido que pudieran avanzar. Sobre todo, quería poner distancia entre sus columnas en retirada y el VIII Ejército.

El 7 de noviembre, protegido por la oscuridad, Rommel consiguió llegar a la frontera egipcio-libia en Sollum. Al día siguiente se enteró de la existencia de la «Operación Torch», una invasión aliada de Marruecos y Argelia dirigida por el general estadounidense Dwight D. Eisenhower. Esta era la primera empresa conjunta angloamericana y el primer desembarco aliado por mar. El disminuido ejército del Eje en el norte de África iba a ser estrujado por dos frentes hasta la rendición.

En el transcurso de 12 días de conflicto en El Alamein, el VIII Ejército provocó graves pérdidas entre alemanes e italianos. Murió, resultó herida o hecha prisionera la mitad del ejército de 100.000 hombres de Rommel y se capturaron o se destruyeron 450 tanques y aproximadamente 1.000 piezas de artillería. (La guerra del Desierto, de principio a final, costó al Eje casi un millón de hombres, muertos o prisioneros.) Las fuerzas británicas y de la Commonwealth sufrieron 13.500 bajas en El Alamein. Quinientos de sus tanques fueron destruidos en la lucha, pero sólo 150 estaban tan deteriorados como para no poder repararse; en total, se destruyeron 100 cañones.

Cuando Churchill se enteró del resultado final de los sucesos de El Alamein, se llenó de alegría y ordenó que las campanas de las iglesias de toda Gran Bretaña rompieran el silencio mantenido desde el estallido de la guerra en 1939 para que lo celebraran con sus tañidos. Posteriormente, el primer ministro declararía: «Antes de El Alamein nunca tuvimos una victoria, después de El Alamein nunca tuvimos una derrota».

La pantalla antitanques del Eje (5) en la zona defendida con menos intensidad, al sur de la lucha principal, fue eliminada rápidamente por el fuego de artillería y por el avance de la brigada de infantería.

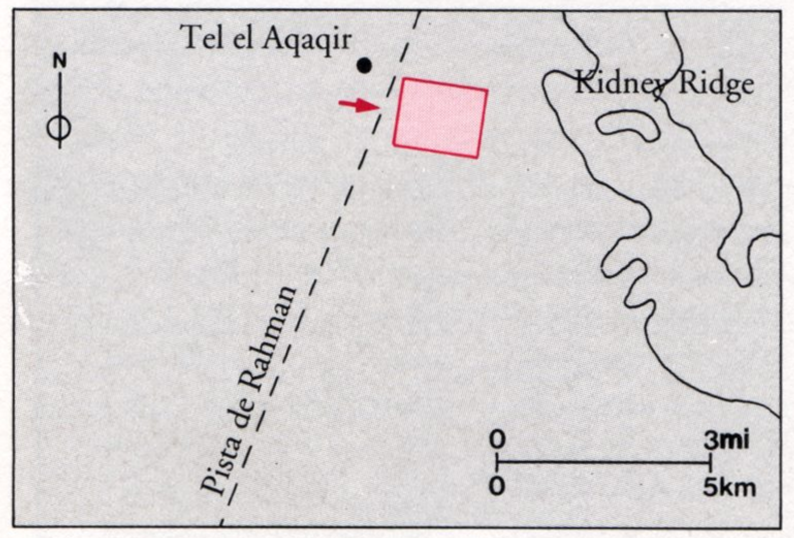
En las antenas de los vehículos blindados ondeaban banderolas de colores vivos (6), que identificaban las unidades y el rango del mando de cada vehículo. Estos y otros gallardetes se podían usar también para indicar órdenes generales como «Reunirse» o «Dispersarse».

Cuando los tanques británicos les excedían numéricamente, los del Afrika Korps a menudo se daban la vuelta y se retiraban, suponiendo que los británicos les seguirían, como hacían normalmente. Los alemanes conducían al enemigo directamente a posiciones de artillería antitanque bien situadas y camufladas, que entonces abrían fuego a quemarropa.

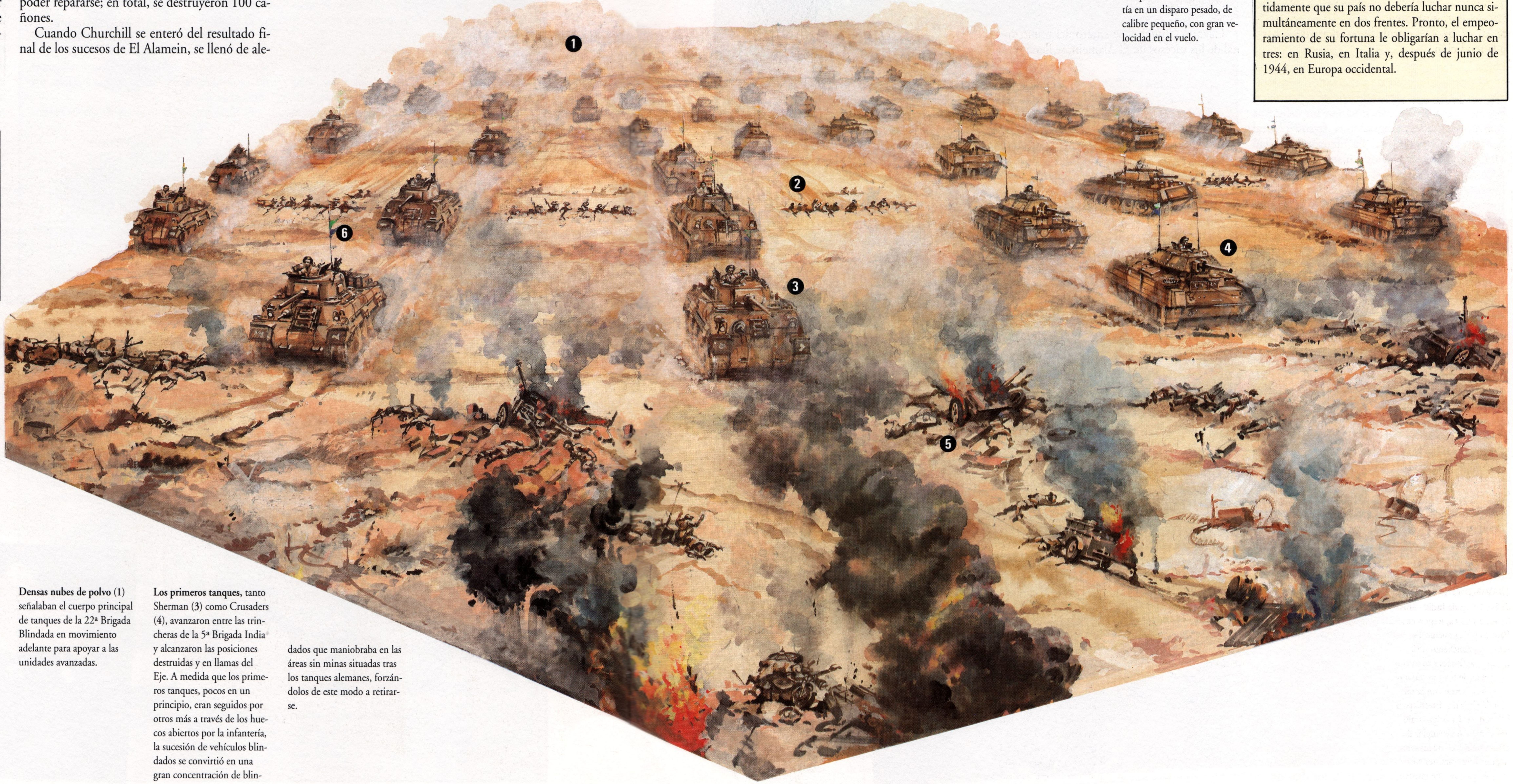
El cañón antitanque alemán Pak de 50 mm era sumamente efectivo, especialmente cuando disparaba balas con núcleo de tungsteno. Puesto que el tungsteno era sumamente pesado, se utilizaba otro metal más ligero para formarlas hasta el calibre requerido. Estas balas tenían una alta velocidad inicial pero la perdían rápidamente en el vuelo. Ajustando al cañón un calibre ahusado, que comprimía la bala, se convertía en un disparo pesado, de calibre pequeño, con gran velocidad en el vuelo.

Trampolín a Italia

Aunque la guerra europea no iba a ganarse ni a perderse en el desierto, el triunfo británico en El Alamein tuvo consecuencias desastrosas para los alemanes. A medida que las fuerzas aliadas de la «Operación Torch» avanzaban desde el oeste y el VIII Ejército desde el este, Rommel se encontró atrapado y se vio obligado a evacuar el norte de África, que quedaba despejado como trampolín para una invasión aliada de Sicilia y luego de Italia. Hitler, refiriéndose a la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, había dicho repetidamente que su país no debería luchar nunca simultáneamente en dos frentes. Pronto, el empeoramiento de su fortuna le obligarían a luchar en tres: en Rusia, en Italia y, después de junio de 1944, en Europa occidental.



La escena a las 09.00 h del 4 de noviembre de 1942, un día soleado con un claro cielo azul, momento en que los tanques de la 22ª Brigada Blindada penetraron finalmente con toda su fuerza las defensas de Rommel. También interceptaron la ruta Rahman, la principal línea de aprovisionamiento desde la costa hasta el desierto, que el enemigo utilizaba para mover los cañones antitanques desde un sector amenazado a otro.



Los batallones de infantería de la 5ª Brigada India —fusileros Rajputana, Regimiento Baluchi y Regimiento Essex— se atrincheraron (2) después de finalizar con éxito un avance de 6,4 km durante la noche anterior con la misión de abrir una brecha para los tanques. La Brigada dio una exhibición ejemplar de ataque nocturno de infantería, tomando cañones antitanques y puntos de resistencia. Luego, protegida por una barrera continuada de artillería, esperaron en las trincheras hasta que pasaran los tanques.

Densas nubes de polvo (1) señalaban el cuerpo principal de tanques de la 22ª Brigada Blindada en movimiento adelante para apoyar a las unidades avanzadas.

Los primeros tanques, tanto Sherman (3) como Crusaders (4), avanzaron entre las trincheras de la 5ª Brigada India y alcanzaron las posiciones destruidas y en llamas del Eje. A medida que los primeros tanques, pocos en un principio, eran seguidos por otros más a través de los huecos abiertos por la infantería, la sucesión de vehículos blindados se convirtió en una gran concentración de blindados que maniobraba en las áreas sin minas situadas tras los tanques alemanes, forzándolos de este modo a retirarse.

Stalingrado/*Noviembre de 1942-enero de 1943*

Las enormes bajas y las sobrecogedoras penalidades del ejército alemán en Rusia desde el inicio de la «Operación Barbaroja» en junio de 1941 no desalentaron a Hitler. Por el contrario, el Führer inició una ofensiva estival a gran escala en 1942 concebida para destruir la capacidad de resistencia de los soviéticos. Hitler, comandante operacional supremo de los 1.600 km del frente oriental, creyó erróneamente que el Ejército Rojo había agotado buena parte de su potencial humano y de su material en la lucha invernal, de modo que envió con gran premura refuerzos hacia el Este. Arrastrando a Rumania, Hungría e Italia, consiguió poner en el campo de batalla un ejército de gran fuerza numérica bien equipado pero que contenía elementos cuya destreza combativa era altamente sospechosa.

El principal ataque de penetración se asestaría contra las regiones industriales y petroleras del sur; en el norte continuarían los esfuerzos por conquistar Leningrado; el frente central debía mantenerse firme. La ofensiva se inició en junio, cogió a los rusos por sorpresa y empezó a registrar éxitos con el conocido estilo de guerra relámpago, que llenó a Hitler de un optimismo desmedido. El 23 de julio, el Führer mandó la Directiva 49, según la cual abandonaba la conquista gradual del sur, que empezaba en Stalingrado. Ahora intentaba poner en práctica dos ataques simultáneos y divergentes sobre Stalingrado y el Cáucaso. Hitler se mostró indiferente a las advertencias de sus generales acerca de que sus fuerzas no eran suficientes como para poder conseguir ambos objetivos simultáneamente.

Stalingrado era el objetivo final del VI Ejército, a las órdenes del coronel general Friedrich Paulus, y del IV Ejército Blindado, a las órdenes del coronel general Hermann Hoth, mientras empujaban hacia el sureste en junio y primeros de julio. Y, de no ser por la interferencia del Führer, podría haber sido tomada sin ninguna lucha. Al separar las unidades blindadas de Hoth y enviarlas hacia el sur, al Cáucaso, Hitler perdió la oportunidad de entrar en la ciudad antes de que los soviéticos pudieran organizar su defensa.

Un quincena más tarde, Hitler ordenó al IV Ejército Panzer que diera la vuelta hacia el noreste y volviera a avanzar hacia Stalingrado. Pero había perdido la oportunidad y, el 9 de agosto, Hoth tuvo que detenerse por falta de provisiones a 160 km de la ciudad. Mientras tanto, el VI Ejército de Paulus había conseguido atravesar el río Don y, el 23 de agosto, se encontraba en la orilla derecha del Volga, al norte de Stalingrado, y entraba en los suburbios. Mientras la oposición de los LXII y LXIV Ejércitos rusos en Stalingrado se endurecía, Paulus consiguió el control de la franja entre el río Don y el Volga, estableció allí bases aéreas y de aprovisionamiento y, el 2 de septiembre, entró en contacto con Hoth.

A pesar de que sucedieron varios días de lu-

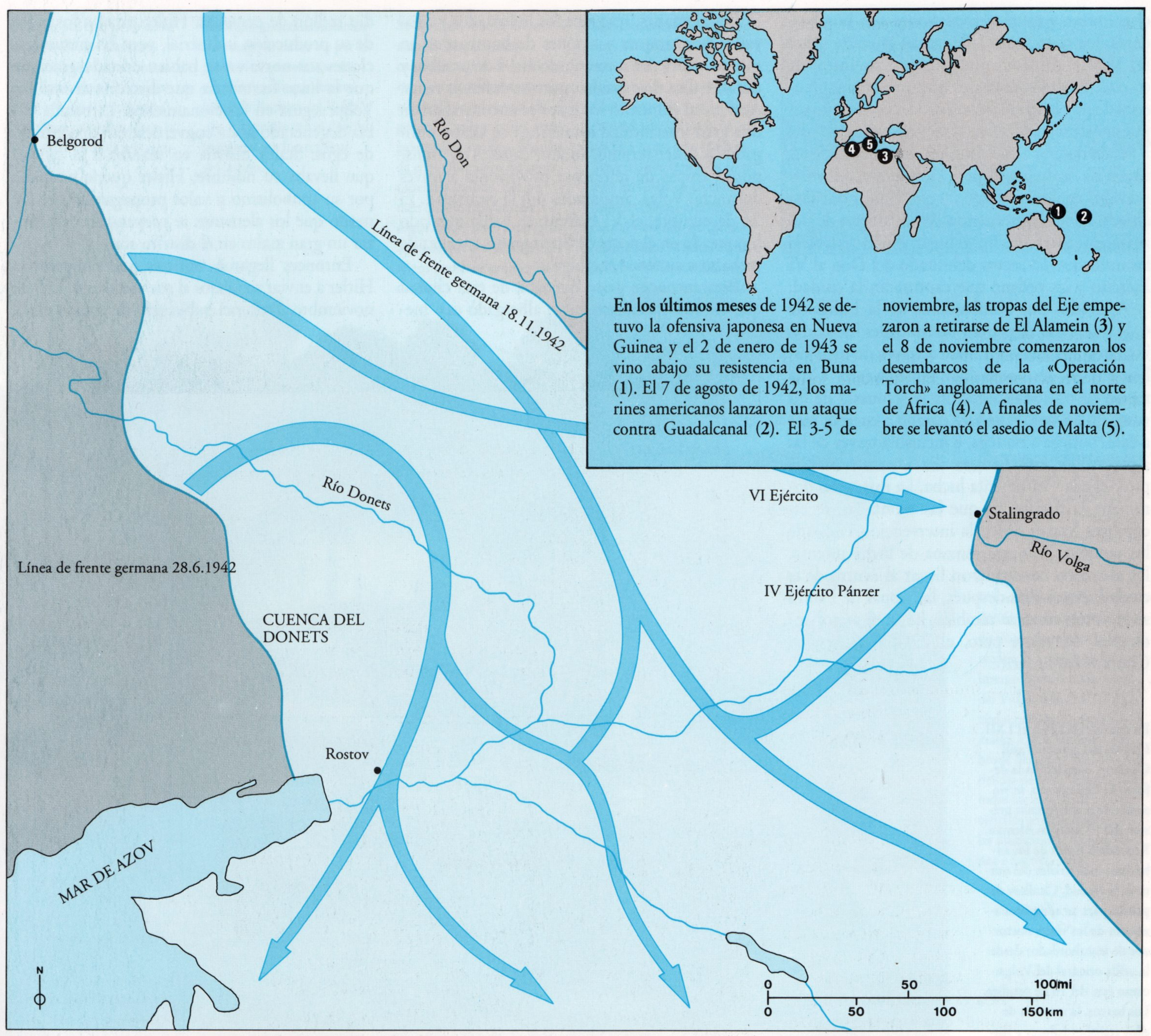


Ayuda aliada a la URSS
La infantería motorizada rusa aparece aquí con carros blindados de fabricación americana. Los rusos suprimieron todas las marcas británicas y americanas de los tanques, de los demás vehículos y de las armas que se les facilitaron, para que sus soldados creyeran que se trataban de manufacturas nacionales. Entre el 1 de octubre de 1941, menos de cuatro meses después de la invasión alemana de Rusia, y el final de junio de 1943, Estados Unidos envió a la URSS en condiciones de arriendo todo tipo de provisiones, valoradas aproximadamente en 2.444 millones de dólares. A pesar de las fuertes pérdidas en el tránsito de los transportes británicos, la circulación aumentó posteriormente, a medida que los tanques y otro equipo, originalmente destinados a Gran Bretaña, se desviaron a Rusia. Entre julio de 1942 y enero de 1943, Estados Unidos asignó 1.200 tanques al mes a Gran Bretaña y a Rusia, que ascendieron a 2.000 al mes y, más tarde a 2.500. Además, entre julio de 1942 y julio de 1942, Estados Unidos facilitó 3.600 aviones de primera línea.





Stalingrado, antes del ataque alemán, *arriba*, era una ciudad grande y moderna. En primer plano se halla la plaza dedicada a los caídos de la revolución bolchevique. Durante la batalla, la ciudad quedó reducida a un armazón inanimado, como muestra la fotografía posterior de la misma plaza, *abajo*, aunque algunas de sus características todavía se pueden distinguir en medio de la devastación.



En los últimos meses de 1942 se detuvo la ofensiva japonesa en Nueva Guinea y el 2 de enero de 1943 se vino abajo su resistencia en Buna (1). El 7 de agosto de 1942, los marines americanos lanzaron un ataque contra Guadalcanal (2). El 3-5 de noviembre, las tropas del Eje empezaron a retirarse de El Alamein (3) y el 8 de noviembre comenzaron los desembarcos de la «Operación Torch» angloamericana en el norte de África (4). A finales de noviembre se levantó el asedio de Malta (5).

En la primavera de 1942, Hitler expidió directivas para la campaña rusa. En esencia, los frentes norte y central debían permanecer estáticos, mientras todas las fuerzas disponibles se lanzaban en dirección sur para conquistar los campos petrolíferos del Cáucaso. Al Grupo Sur se le ordenó primero la captura de Crimea, para tomar luego Voronezh atacando hacia el este desde la zona de Orel-Kursk. Una vez cumplido esto, los ejércitos alemanes partirían desde Voronezh y Dnepropetrovsk para concentrarse en Stalingrado. Una vez tomada la ciudad, el camino hasta el Cáucaso estaría libre. El éxito alemán fue en un principio absoluto, y para el 23 de julio, cuando capturaron Rostov, la posición rusa no podía haber sido peor. Sorprendentemente, Hitler retiró entonces el IV Ejército Panzer del frente del Cáucaso y lo desvió hasta el noreste para unirse al VI Ejército en la captura de Stalingrado. Al mismo tiempo, se destinaron unidades de artillería para reforzar el sitio de Leningrado. Esto debilitó enormemente al Grupo de Ejércitos Sur, limitando cualquier avance posterior sobre los campos petrolíferos caucasianos. El retraso en el cerco de Stalingrado permitió a los rusos reforzar las defensas; la ciudad no fue tomada.



cha intensa y muchas incursiones con bombarderos, los rusos, a las órdenes del teniente general Vasili Chuikov, se aferraron a su castigada ciudad. El alto mando del ejército alemán, preocupado por la insuficiencia de las fuerzas que supuestamente protegían el flanco izquierdo del VI Ejército a lo largo del Don, recomendó la retirada de Stalingrado para consolidar la línea y prevenir cualquier riesgo de que Paulus quedara aislado como consecuencia de un ataque de penetración enemigo. En su lugar, Hitler transfirió las unidades del sector debilitado del Don al VI Ejército y les ordenó que capturaran la ciudad.

Apoyados por bombarderos de la Luftflotte 4, la infantería alemana y las unidades blindadas iniciaron un asalto en masa a través de unas calles que se desmoronaban rápidamente. Cada metro de este avance recibía la respuesta de los rusos en un fiero combate cuerpo a cuerpo, casa a casa, bodega a bodega, e incluso a través de las alcantarillas; esta firmeza iba a caracterizar la prolongada y sangrienta lucha. La infantería dominaba la batalla, ya que las montañas de escombros hacían difícil la intervención eficaz de los tanques. Tras una semana de lucha intensa, los alemanes consiguieron llegar al centro de la ciudad. Pocos días después, las tropas de Paulus se abrieron camino también hasta el sector industrial del norte pero, el 29 de septiembre, Chuikov los rechazó.

Los alemanes, reagrupados, reforzados y apoyados por tanques y aviones de bombardeo en picado, volvieron a intentarlo el 14 de octubre y durante diez días machacaron las defensas rusas. Aunque al principio los rusos se encontraban en una gran inferioridad numérica y se vieron obligados a ceder terreno, fueron capaces de transportar tropas de refresco y provisiones a través del ancho Volga, amparados por la oscuridad. El 24 de octubre, el VI Ejército se había quedado bloqueado en el norte de Stalingrado, incapaz de rechazar a su tenaz enemigo.

Para entonces, poco quedaba de esta ciudad que en otro momento había albergado casi medio millón de personas. Hitler privó a los rusos de su producción industrial, pero las comunicaciones sur-norte no se habían cortado gracias a que la línea ferroviaria que discurría al este del Volga seguía en funcionamiento. La batalla había degenerado hasta convertirse en un conflicto de egos: Stalin insistía en mantener la ciudad que llevaba su nombre; Hitler quería ocuparla por su simbolismo y valor propagandístico. De modo que los alemanes se prepararon para lanzar un gran asalto en el distrito sur.

Entonces llegaron noticias que obligaron a Hitler a enviar refuerzos al sur, no al este. El 5 de noviembre, Rommel había sido derrotado en El



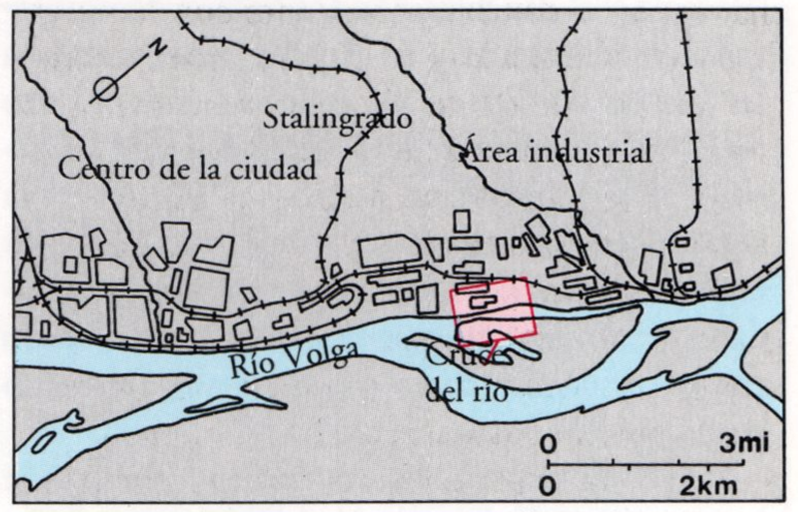
En octubre de 1942, el LXII Ejército del general Vasili Chuikov, ocupado en la defensa de Stalingrado, se vio sometido a una intensa presión del VI Ejército Alemán. Repelido a través de los suburbios industriales del norte de la ciudad, Chuikov dependía para su aprovisionamiento de los viajes nocturnos de transbordador desde la orilla oriental del Volga; como éste del 16 de octubre. Los barcos, la mayoría de ellos transbordadores y lanchas repletas de refuerzos y municiones, cruzaban el río bajo un fuego intenso.

Guiados por el destello de las bengalas (1), los alemanes mantenían un fuego constante de los morteros Nebelwerfer de seis cañones sobre las posiciones rusas ubicadas a lo largo de la derruida zona portuaria (2).

Las bajas soviéticas hubieran sido mayores de no ser por la protección que ofrecían los acantilados (4) que recortaban la orilla oeste del Volga y que culminaban en el distrito industrial tan fuertemente defendido.

Se abrieron túneles en los acantilados para usarlos como almacenes de municiones y centros de primeros auxilios; el cuartel general del general Chuikov estaba instalado en uno de ellos. Algunos de ellos albergaban los lanzacohetes Katyusha, que podían sacarse rápidamente, dispararse y volver a cubierto antes de que los cañones enemigos pudieran apuntar hacia ellos.

Las instalaciones para atender a los soldados rusos heridos en Stalingrado eran insuficientes, por lo que los heridos se mantenían en las hondonadas hasta la caída de la noche y luego eran trasladados a la orilla izquierda en el viaje de vuelta de las embarcaciones (3) que habían realizado el recorrido de aprovisionamiento. Muchos de los heridos volvían a recibir impactos cuando estas embarcaciones quedaban bajo el fuego de metralla alemán.



Los rusos situaron su artillería pesada y mediana en la orilla este, de espeso arbolado, donde quedaba invisible a los alemanes. Sin embargo, sus cañones antiaéreos (5) se ubicaban principalmente en las islas situadas en medio del Volga. Esto proporcionaba cierta defensa a la infantería de los ataques de los bombarderos enemigos.

Un transbordador oscurecido (6), con la cubierta repleta de tropas de refuerzo, hace su recorrido a través del fuego intenso hacia la orilla oeste del Volga. Allí, el LXII Ejército repelía los ataques alemanes a poca distancia del borde del agua. Chuikov dependía de estos buques para todas las necesidades de su ejército; se daba prioridad a las municiones, las provisiones y los refuerzos.

Alamein y el día 8 los Aliados habían desembarcado en Marruecos y en Argelia, amenazando a las fuerzas del Eje en un peligroso movimiento de tenaza. Esta demora fue un regalo para el mariscal Georgi Zhukov, que había preparado la contraofensiva rusa contra los alemanes situados en el sur. Tras haber acumulado en secreto cantidades enormes de reservas, estaba preparado para ponerlas en acción con la llegada del aliado tradicional de Rusia: el invierno.

El 19 de noviembre, una ataque en masa de los rusos sorprendió y asoló el III Ejército rumano al noroeste de Stalingrado, dejando expuesto el flanco izquierdo del VI Ejército, como habían pronosticado los generales alemanes en verano. Veinticuatro horas más tarde, 160 km al sur, los soviéticos expulsaron una fuerza mixta alemana y rumana que defendía el otro flanco de Paulus; los dos grupos de asalto rusos se unieron al cabo de cuatro días. El general Paulus y su VI Ejército, que reunía 200.000 soldados y unos 70.000 no combatientes, quedó cercado.

El alto mando del ejército pidió a Hitler que permitiera que el VI Ejército retrocediera hacia el oeste antes de que el cerco ruso se estableciera firmemente. Pero el jefe de la Luftwaffe, Herman Goering, afirmó, sin ningún fundamento, que su aviación podía transportar 500 toneladas de suministros diarios hasta el cercado VI Ejército, una cantidad suficiente para mantenerlo como fuerza combativa. Hitler se aferró a esta oferta de creación de una línea vital que llegara hasta Paulus y el 24 de noviembre le ordenó que fortificara sus posiciones y esperara la llegada de una columna de refuerzo.

Tres días después, el mariscal de campo Erich von Manstein fue puesto a la cabeza de un batiburrillo de unidades, el Grupo de ejércitos Don, y recibió instrucciones de acudir en auxilio de Stalingrado. Sin embargo, no se le había pedido que creara una situación que permitiera la retirada de Paulus; debía entrar y estabilizar la línea de frente alemana en la ciudad acosada. Manstein puso en marcha su nada envidiable misión el 12 de diciembre y llegó a 48 km de Stalingrado el día 21. Consciente de que los rusos lo rodeaban y de que no sería capaz de mantener su posición avanzada mucho tiempo, asumió la responsabilidad de ordenar a Paulus que saliera y se uniera a él antes de que fuera demasiado tarde. Pero Paulus decidió que, puesto que no había una orden directa y expresa de Hitler para evacuar Stalingrado, debía permanecer donde estaba.

La fuerza de auxilio retrocedió, luchando, y comenzó para el VI Ejército, predestinado al fracaso, la última fase trágica de la batalla de Stalingrado. Comprimido entre un acoso cada vez más estrecho de los ejércitos rusos que lo rodeaban, privado de la vestimenta apropiada para soportar temperaturas bajo cero y careciendo de todos los elementos esenciales como consecuencia de la insuficiencia del puente aéreo diario prometido por Goering, el mando de Paulus, en

Lucha cuerpo a cuerpo

En Stalingrado, los alemanes se vieron forzados a abandonar las tácticas de guerra relámpago y de envolvimiento, en las que eran maestros indiscutibles, y se enzarzaron en la lucha casa por casa, en la que tenían ventaja los rusos con su conocimiento de la ciudad.

La batalla más feroz comenzó el 4 de octubre, cuando Paulus tomó la fábrica de tractores y otros complejos industriales del norte de la ciudad. Luchando de casa en casa, por las que se esparcían escombros y cadáveres, los soldados de ambos bandos arrojaban granadas por las ventanas y las puertas, luego rociaban la zona con fuego de ametralladoras. Pronto la proximidad era tal, que se atacaban con culatas de fusiles, palas y trozos de muebles rotos.

Ocasionalmente, el agotamiento provocaba una calma pasajera en la lucha; entonces encontraba su plena justificación el francotirador. Los rusos sobresalían en puntería certera y, para reequilibrar la balanza fue enviado a Stalingrado, en avión, Heinz Thorwald, jefe de la escuela alemana de francotiradores de Zossen. Así se produjo un duelo furtivo entre el alemán y un excelente francotirador ruso. Durante la mayoría de este tiempo el alemán se encontró en tierra de nadie, escondido tras una lámina de hierro y unos escombros. Detectada finalmente su posición, el ayudante del francotirador ruso levantó ligeramente con la mano su casco, el alemán disparó y levantó luego brevemente la cabeza para ver si había acertado y recibió un tiro mortal instantáneamente.



Los soldados rusos utilizaban el modelo PPSh 1941. Era la submetralleta ligera más común en el Ejército Rojo —se produjeron más de 5 millones durante la guerra— y podía hacer 900 disparos por minuto. El barro, el agua, la nieve y el hielo no tenían efecto sobre este arma de 7,62 mm y su cañón cromado significaba que no necesitaba una limpieza regular.



Estos suboficiales alemanes llevan el subfusil Mp 40 de 9 mm. Fue diseñada para que su proceso de fabricación fuera sencillo, lo que permitía a los subcontratistas producir en masa las secciones del arma para su rápido ensamblaje posterior, un concepto revolucionario en los años 40. Su única desventaja era el peso: más de 5,4 kg cuando estaba cargada.



Cuando luchaban de casa en casa, los rusos empleaban pequeños grupos de soldados que se apoyaban entre sí. Sus armas esenciales eran granadas y subfusiles ligeros. Los soldados lanzaban granadas a todos los rincones de la estancia y la barrían con fuego de metralleta antes de seguir adelante.

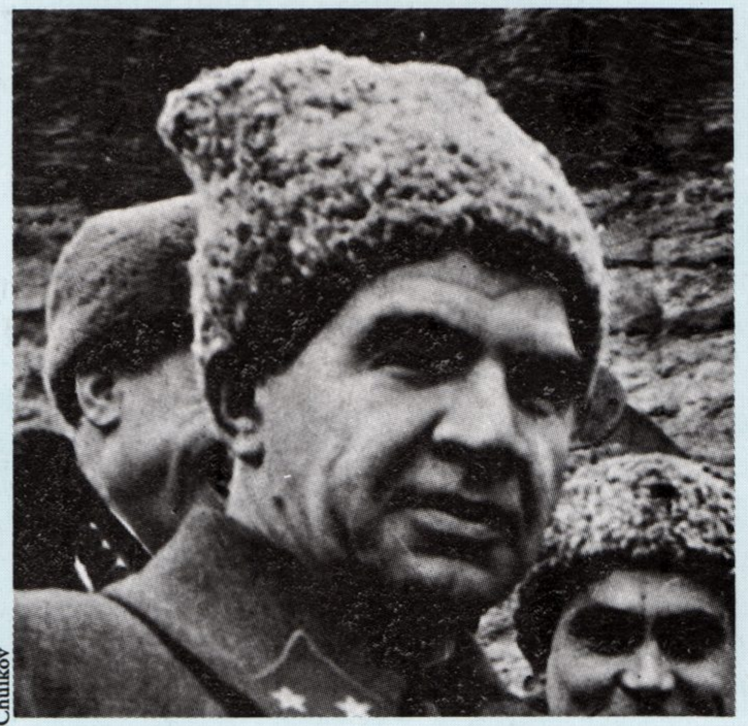
Los comandantes



Paulus



Von Manstein



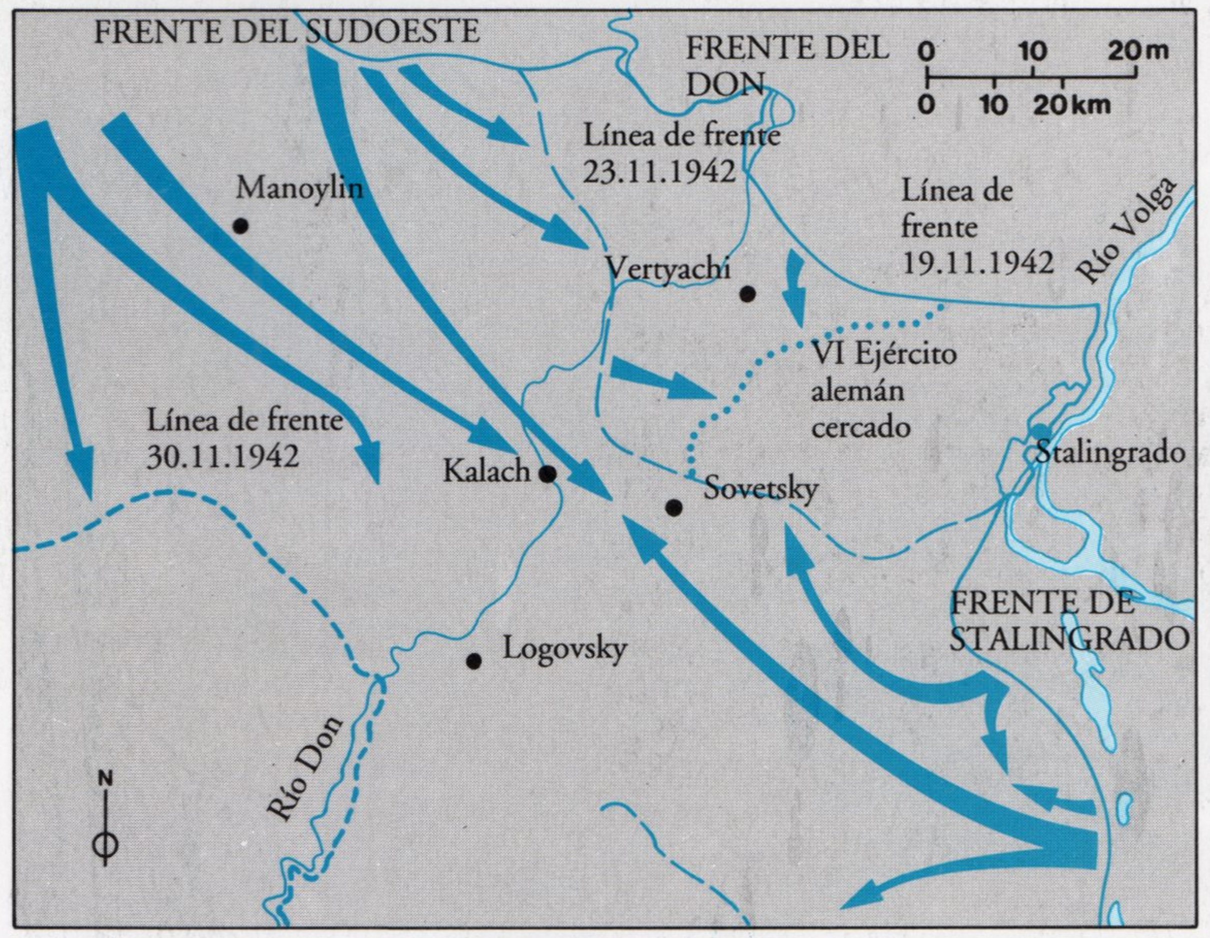
Chuikov

El **general Friedrich Paulus (1890-1957)** era un oficial de estado mayor experimentado y capacitado, aunque luego sólo demostró ser un comandante de campo ordinario, intimidado por sus superiores, que cometió el error de infravalorar la fuerza rusa en Stalingrado. Paulus había sido un miembro del Estado Mayor alemán durante las invasiones de Polonia en 1939 y de Francia en 1940. En septiembre de aquel año fue designado intendente general del Estado Mayor.

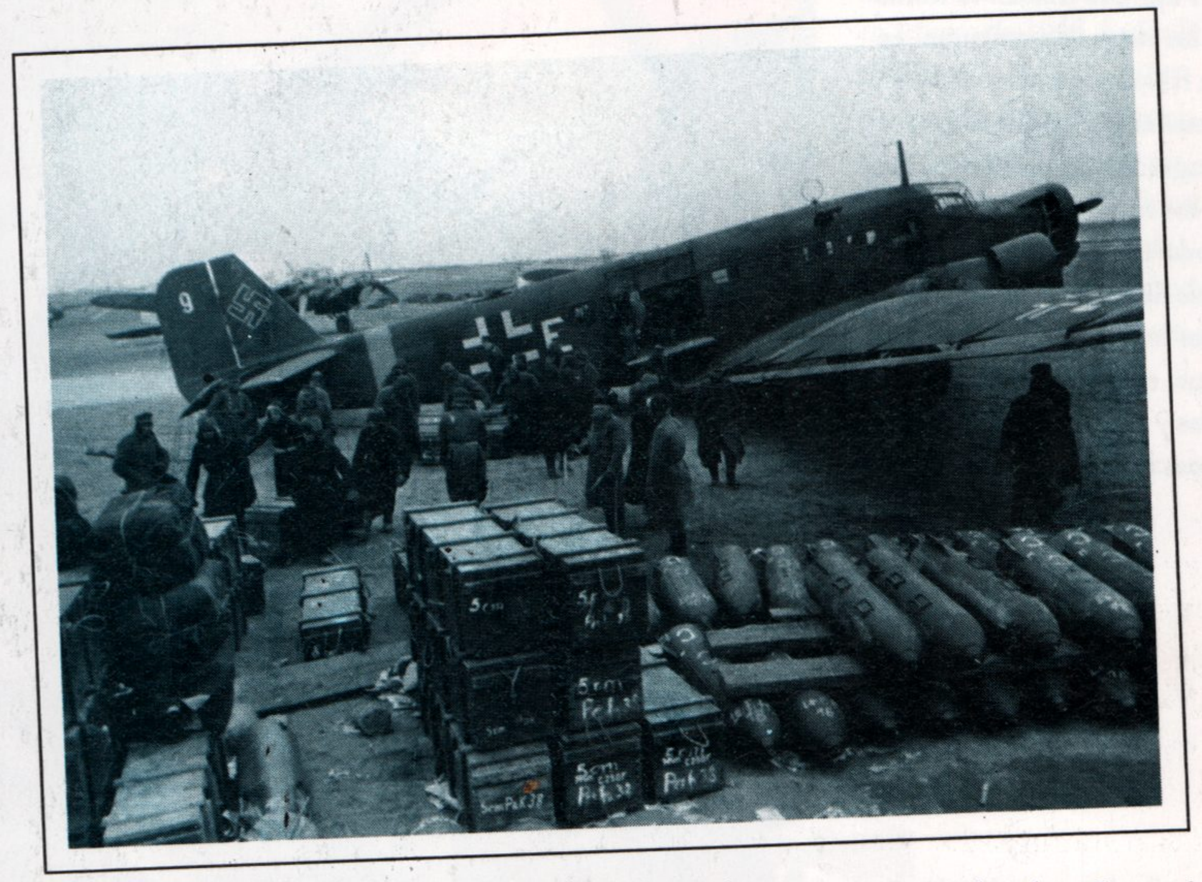
Durante el asedio de Stalingrado, Hitler condecoró a Paulus añadiendo la hoja de roble a la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro y lo ascendió a mariscal de campo, ya que ningún alemán de aquel rango habia sido hecho prisionero jamás. El Führer se disgustó enormemente por la rendición de Paulus y se sorprendió de que no hubiera preferido suicidarse: «Este es el último mariscal de campo que promociono en esta guerra», dijo Hitler a su Estado Mayor. Al final de las hostilidades, Paulus, que para entonces simpatizaba con el comunismo, se retiró a Alemania Oriental.

En contraste, el **mariscal Vasili Chuikov (1900-82)** era un comandante imaginativo de ideas independientes (había sido degradado en las fases iniciales de la guerra precisamente por esa independencia), que adoraba a sus hombres. Vivía con sus soldados y compartía sus peligros en el frente. Además, sabía que el modo de aplastar a los alemanes era someterlos a encuentros próximos, de forma que la artillería y la Luftwaffe no pudieran operar por temor a alcanzar a sus propias tropas. Chuikov no sólo salvó Stalingrado sino que destruyó para siempre la leyenda de la invencibilidad del ejécito alemán.

Después del desastre alemán de Stalingrado, el frente alemán se estabilizó, en gran parte gracias al genio militar del **mariscal de campo Erich von Manstein (1887-1973)**, indiscutiblemente el mejor estratega que emergió durante la guerra y el hombre cuyo plan para la invasión de Francia en 1940 se había visto recompensado con un éxito absoluto.



Los alemanes no tenían otra opción que utilizar las tropas rumanas, inferiores y peor equipadas, para proteger los flancos del VI Ejército en Stalingrado. El 19 de noviembre, cuando los tanques pudieron volver a operar después de que el frío intenso helara el terreno cenagoso, los rusos situados en el norte de la ciudad, a las órdenes del general Rokossovsky, atacaron hacia el oeste y superaron a los rumanos. Al día siguiente, la fuerzas del general Yeremenko atacaron hacia el sur y también superaron las líneas rumanas. El 22, las dos fuerzas se reunieron cerca de Kalach. De esta forma, quedaron rodeados unos 250.000 soldados alemanes.



Paulus quería conservar Stalingrado siempre que le llegaran por aire las provisiones necesarias o, en caso de que esto fallara, intentaría una huida. Puede que Hitler hubiera accedido de mala gana a la retirada del VI Ejército para estabilizar el frente; pero se opuso a ello cuando Goering prometió que la Luftwaffe podía volar con hasta 500 toneladas diarias de suministros. No obstante, esta tarea superaba bastante su capacidad. Los dos primeros días de puente aéreo, la Luftwaffe apenas transportó 75 toneladas; posteriormente la cantidad aumentó hasta que, el 30 de noviembre, se llegó a 100 toneladas, cantidad que seguía siendo totalmente insuficiente para un ejército de 250.000 hombres. Luego, los aeródomos situados dentro del perímetro alemán fueron invadidos o destruidos, haciendo imposible el aterrizaje, y la posición alemana se volvió insostenible.

rápida disminución, continuó su ardua lucha. Al finalizar diciembre, cuando Paulus vio que algunos de sus famélicos hombres se veían obligados a devorar sesos de caballo crudos, envió un emisario personal para comunicar al Führer un informe de primera mano sobre las condiciones deplorables en que se hallaba por entonces el VI Ejército.

El 8 de enero, el teniente general Konstantin Rokossovsky mandó un ultimátum a Paulus; pero éste se negó a rendirse y dos días más tarde los soviéticos comenzaron un asalto a gran escala contra sus posiciones.

Mientras el enemigo estrechaba el cerco alrededor de sus tropas agotadas y abatidas, Paulus comunicó por radio a Hitler que su situación era desesperada. Según el testimonio ofrecido por Paulus después de la guerra, la respuesta del Führer fue: «La capitulación es imposible. El VI Ejército cumplirá su deber histórico en Stalingrado hasta el último hombre...».

El final no tardaría en llegar. El 25 de enero, los rusos habían conquistado el último aeródromo alemán, imposibilitando la llegada de cualquier suministro y poniendo fin a los vuelos piadosos para evacuar a heridos y enfermos. Por radio, única conexión de los supervivientes con el exterior, el 31 de enero llegaron noticias de que Hitler había promocionado complacido al coronel general Paulus a mariscal de campo. Aquel mismo día, más tarde, el VI Ejército envió su mensaje final, que anunciaba la llegada del enemigo al exterior del puesto de mando del cuartel general.

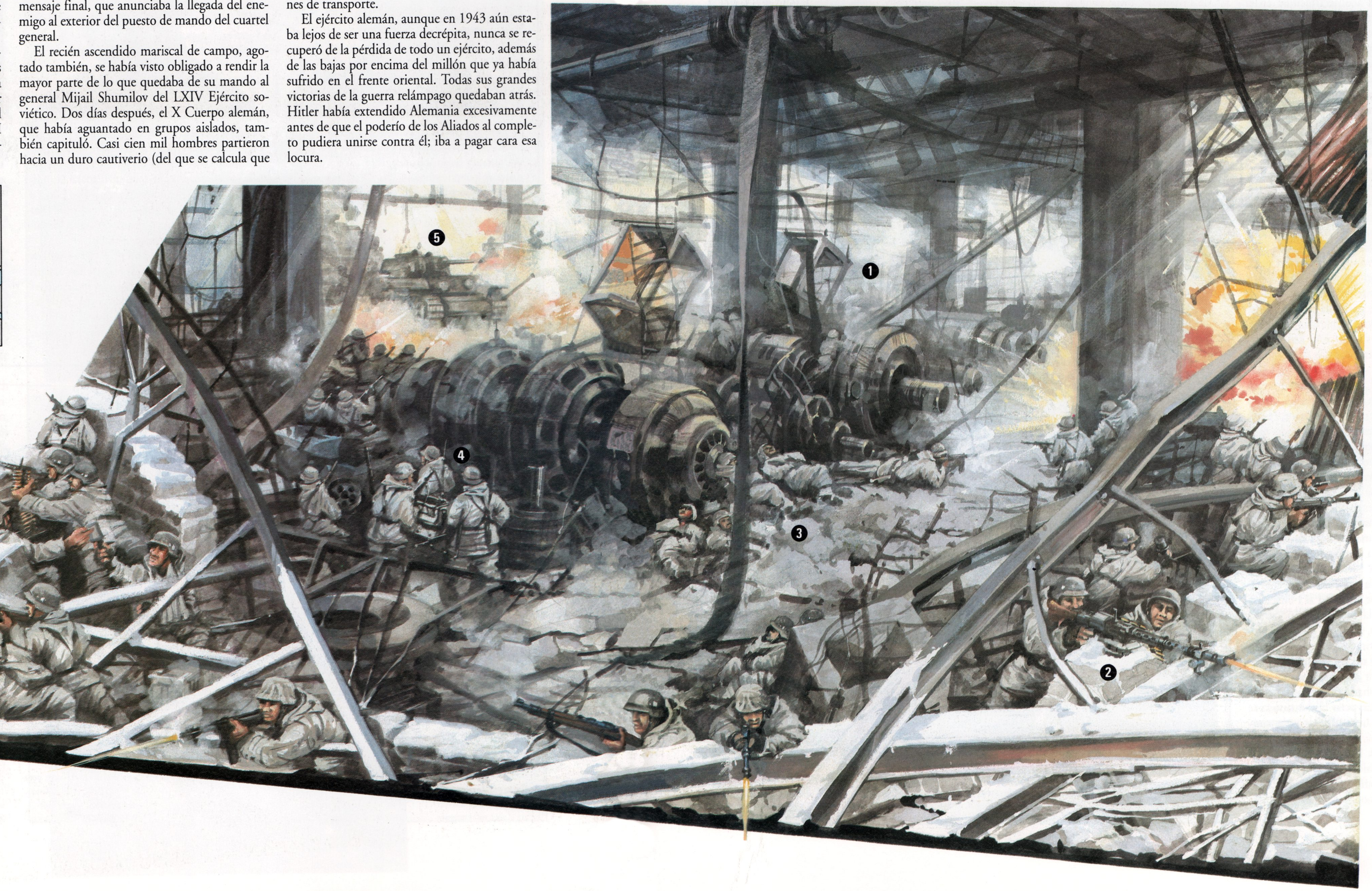
El recién ascendido mariscal de campo, agotado también, se había visto obligado a rendir la mayor parte de lo que quedaba de su mando al general Mijail Shumilov del LXIV Ejército soviético. Dos días después, el X Cuerpo alemán, que había aguantado en grupos aislados, también capituló. Casi cien mil hombres partieron hacia un duro cautiverio (del que se calcula que sólo volvieron 5.000 después de la guerrra), Hitler se enfureció por el desastre y amenazó con procesar en consejo de guerra a Paulus. Al final, de todos modos, aceptó la responsabilidad del sacrificio del VI Ejército.

Casi 150.000 alemanes habían muerto —tres veces la cifra de vidas que admitieron haber perdido los rusos—, toda la artillería de Paulus, vehículos motorizados y equipo, habían sido capturados y la Luftwaffe había perdido 500 aviones de transporte.

El ejército alemán, aunque en 1943 aún estaba lejos de ser una fuerza decrépita, nunca se recuperó de la pérdida de todo un ejército, además de las bajas por encima del millón que ya había sufrido en el frente oriental. Todas sus grandes victorias de la guerra relámpago quedaban atrás. Hitler había extendido Alemania excesivamente antes de que el poderío de los Aliados al completo pudiera unirse contra él; iba a pagar cara esa locura.



El 31 de enero de 1943, el VI Ejército alemán se rindió a los rusos. Sin embargo, en la fábrica de tractores de la zona norte industrial de Stalingrado, el general Strecker y los restos de su XI Cuerpo todavía resistían. Durante dos días más rechazaron todos los ataques rusos hasta que, el 2 de febrero, rodeados y sin municiones, sus posiciones fueron aplastadas.



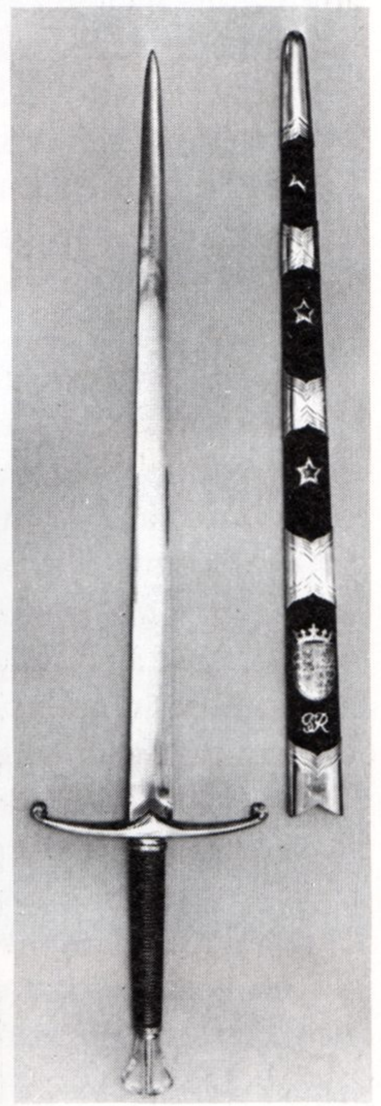
Refugiándose entre los escombros, la maquinaria y los vehículos rotos del taller de la fábrica de tractores (1), las tropas del general Strecker presentaron una resistencia desesperada, que exigió muchas bajas rusas.

Los defensores alemanes (2) carecían de las armas pesadas necesarias y repelieron los ataques rusos con lo que les quedaba a mano: fusiles, pistolas y granadas. Algunos hombres no tenían más que bayonetas, palas y trozos de maquinaria rota en la violenta lucha cuerpo a cuerpo.

Los cadáveres y los heridos (3) yacían allí donde caían, ya que no había ni tiempo ni espacio para atenderlos en el devastado taller.

A los hombres de Strecker les quedaba un aparato de radio (4). Por él escuchaban las exhortaciones de Hitler para que aguantaran hasta el final. Y por este aparato, a las 08.40 h del 2 de febrero, mientras los rusos les cercaban, transmitieron su mensaje final al mundo exterior, comunicando a Alemania y a su líder que habían cumplido su deber.

Además del ataque al taller con la infantería, los rusos desplazaron sus tanques (5) y dispararon a través de las secciones derruidas del muro. A las 09.00 cesó toda resistencia alemana.



El rey Jorge VI, en un gesto oportuno, inició el diseño y la fabricación de una Espada de Honor para conmemorar la defensa de Stalingrado. Elaborada en acero pulido, con una funda ornada, fue entregada por Churchill, a petición del rey, a Stalin durante la conferencia de Yalta en febrero de 1945. Stalin la alzó, besó la funda, y se la pasó solemnemente al mariscal Voroshilov, el inspector general del ejército soviético, quien se apresuró a bajarla. Luego la espada fue escoltada fuera de la estancia por una guardia de honor rusa.

KURSK / *Julio-agosto de 1943*

Al final del segundo espantoso invierno en Rusia, todavía tambaleándose por la pérdida de todo el VI Ejército en Stalingrado, las tropas alemanas consideraron sus reducidas circunstancias. Pero, al mismo tiempo, Hitler preparaba una jugada de tamaña envergadura que, según diría más tarde, de sólo pensarlo se le revolvía el estómago.

Desde el verano de 1941, en que empezó la «Operación Barbaroja», hasta principios de la primavera de 1943, los acontecimientos en el frente oriental habían absorbido el interés de Hitler más que los de cualquier otro escenario de la guerra. Aun teniendo en cuenta las enormes pérdidas sufridas ya por el ejército, Waffen SS y Luftwaffe en esta campaña sangrienta, todavía se encontraban las mayores concentraciones, con mucho, de fuerzas alemanas a lo largo de la línea de batalla que se extendía desde el golfo de Finlandia hasta el mar Negro, a través de más de 1.600 km de territorio soviético.

Con la perspectiva de un pronto ataque aliado a Italia, seguido por una invasión a gran escala de la Europa Occidental, probablemente por Francia, el Führer se dio cuenta de que debería ajustarse este desequilibrio de las fuerzas nazis con el fin de reforzar estas nuevas zonas de peligro. Pero los recientes reveses a manos del flexible Ejército Rojo habían puesto de manifiesto que no podía simplemente reducir sus unidades aguerridas en el combate en Rusia para suministrar las unidades veteranas requeridas adicionales, sin poner en peligro su posición. Los soviéticos tendrían que ser destruidos por un golpe rápido y aplastante.

Impresionado por el exitoso envolvimiento de una protuberancia en la línea rusa en Izyum sobre el río Donets, la primavera anterior, Hitler decidió que sólo había un lugar adecuado para su propuesta acción de contención: el saliente de Kursk, de 160 km de amplitud, que se introducía en las posiciones alemanas entre Orel al norte y Belgorod al sur. Este arco, aunque defendido por un número creciente de unidades enemigas de primer nivel, le pareció a Hitler ideal para un ataque en tenaza. Con el código de «Operación Citadel», tendría la doble ventaja de destruir una gran parte del Ejército Rojo a la vez que enderezar y acortar la línea alemana.

Lo que causaba mayor ansiedad al Führer era la necesidad de reunir la fuerza más poderosa posible, a toda velocidad, sobre un fondo de creciente peligro. Una retirada estratégica y un acortamiento general de sus líneas hubiera liberado tropas para cumplir con su deber en otro sitio y hubiera proporcionado una respuesta menos esforzada a su dilema, pero Hitler nunca se resignaría a abandonar suelo ruso una vez conquistado.

Cuando los alemanes finalmente estuvieron preparados, habían reunido casi 50 divisiones del Ejército y de las Waffen SS, más de 2.000 tanques, unos 1.000 cañones de asalto y 1.800 aviones.

La industria bélica

La producción de la industria bélica alemana había sido estable entre la caída de Francia en 1940 y 1942. Cuando se hizo evidente en aquel año que la guerra en el este no se ganaría rápidamente, si es que se ganaba, la producción se incrementó sensiblemente, a pesar del bombardeo aliado sobre los centros industriales alemanes.

En 1942, Alemania produjo 5.700 tanques medios y pesados; al año siguiente, el número se dobló aproximadamente. La producción de aviones de todo tipo aumentó de 14.700 a 25.200. Por cada arma y mortero manufacturado en 1942, salieron dos de las líneas de montaje en 1943 y la producción de munición mantuvo el ritmo. Además, muchos de los vehículos y armas producidos en 1943 eran de nuevo diseño, más elaborados y mortíferos. Así pues, los alemanes podían reemplazar la maquinaria y las armas perdidas en combate y equipar a las formaciones nuevas, pero gran parte se destinaba a la defensa de Europa occidental.

Los rusos poseían una capacidad de fabricación mayor aún. Con una mano de obra virtualmente ilimitada, habían podido construir y hacer funcionar cientos de gigantescas fábricas en el interior que, para 1943, producían una cantidad siempre creciente de tanques, aviones y armas de todo tipo. A esto se le añadía enormes envíos de material bélico desde los Estados Unidos y Gran Bretaña.

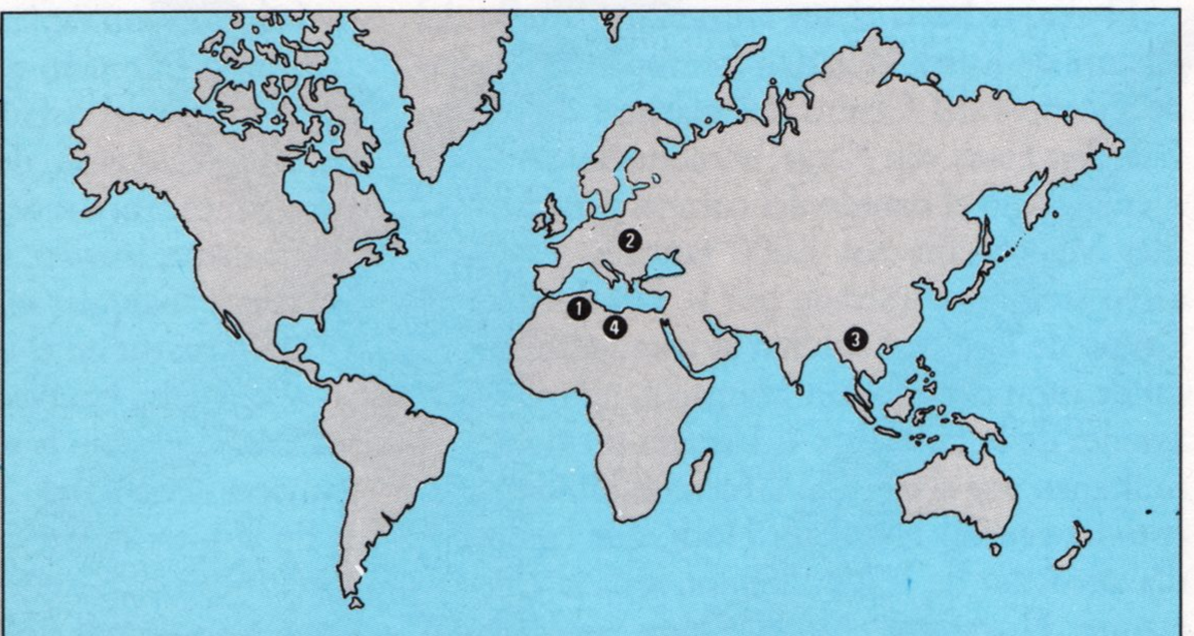
Los soviéticos también podían reponer más deprisa que los alemanes sus pérdidas en combate, asegurando que siempre eran una fuerza numéricamente superior cuando comenzaba la batalla.



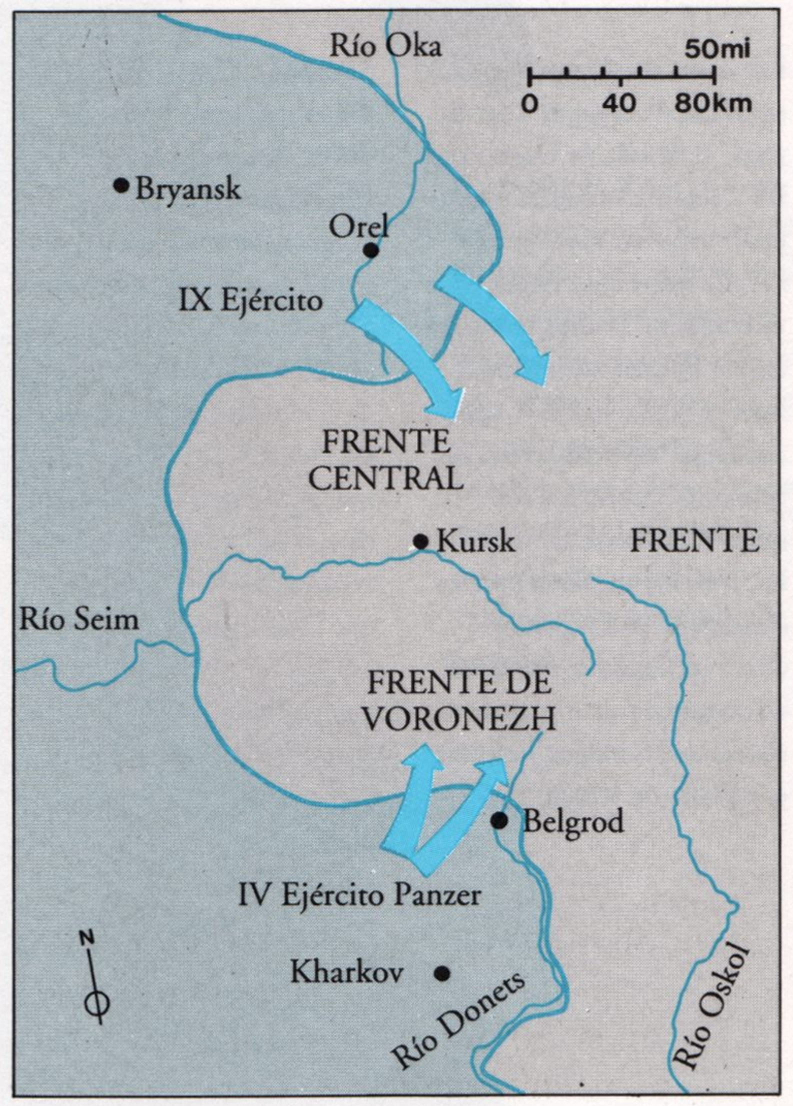
Producción en serie de tanques rusos T34, *arriba*, y de tanques Panther alemanes, *abajo*.



Tras la capitulación del VI Ejército en Stalingrado, el frente alemán se estabilizó (en gran parte debido a la estrategia del mariscal de campo Von Manstein) sobre una línea desde Leningrado al norte hasta Rostov en el mar de Azov. En la sección centro-sur, sin embargo, quedaba un gigantesco saliente ruso, que se adelantaba hacia el oeste de Kursk entre Orel y Belgorod. Si los rusos explotaban esta situación, las fuerzas alemanas a ambos lados se arriesgaban a quedar rodeadas. Por lo tanto, los alemanes planearon liquidar el saliente mediante ataques desde el norte y el sur, acortando así sus líneas y permitiendo que las tropas fueran transferidas a otros frentes. Pero los rusos estaban totalmente informados de las intenciones alemanas por el llamado «Lucy Ring», una red de espionaje que operaba a través de Suiza e informaba directamente a Moscú. Esta información anticipada proporcionó a los rusos tiempo para construir ocho líneas de formidables defensas antitanques en el saliente.



El 8 de noviembre de 1942, fuerzas aliadas de la «Operación Torch» desembarcaron en Marruecos y Argelia (1). El 31 de enero de 1943, Paulus rindió el VI Ejército alemán en Stalingrado (2). Los «chindits» de Wingate realizaron su primera penetración en Birmania (3) el 8 de febrero y el 13 de mayo, el Eje capitulaba en Túnez (4).



La **«Operación Citadel»** —el ataque en tenaza alemán contra el saliente Kursk— se lanzó el 5 de julio. Sin que lo supieran los alemanes, los rusos no sólo eran superiores en hombres sino también en armamento y estaban fuertemente atrincherados tras las nuevas defensas antitanques. En el norte, el IX Ejército de Model sólo avanzó 19 km con graves pérdidas; mientras que en el sur, el IV Ejército Panzer, aunque inicialmente con más éxito, fue detenido tras un avance sólo de 32 km en 10 días.

El 15 de julio, los rusos, fuertemente reforzados, contraatacaron, eliminando finalmente el saliente y acercándose por detrás a los alemanes. El general Walter Warlimont, del Estado Mayor de Operaciones, escribió más tarde: «La Operación Citadel fue más que una batalla perdida; cedió la iniciativa a los rusos y no la recuperamos nunca hasta el final de la guerra.»

Kursk/2

El ataque hacia el sur cruzando el cuello del saliente de Kursk lo harían las tropas del Grupo de Ejércitos del Centro del mariscal de campo Gunther Hans von Kluge, encabezadas por el IX Ejército bajo el mando del coronel general Walther Model, con casi 1.000 tanques. El apoyo aéreo sería suministrado por la Luftflotte 6. El Grupo de Ejércitos del Sur, al mando del mariscal de campo Erich von Manstein, apoyado por aviones de la Luftflotte 4, lanzaría un ataque simultáneo por el sur. El IV Ejército blindado del coronel general Hermann Hoth, que comprendía alrededor de 1.200 tanques, sería la cuña de ataque. El resto del saliente sería retenido por siete divisiones de infantería.

Para cuando los alemanes estuvieron por fin preparados para lanzar sus ataques, los rusos, sin embargo, estaban más que dispuestos a recibirlos. Sabían desde comienzos de abril de los planes del enemigo de intentar aplastar el saliente de Kursk, en parte mediante observación de sus preparativos, pero, sobre todo, por los informes enviados por un espía en el alto mando alemán.

Bajo la dirección global del mariscal Georgi Zhukov, jefe del Estado Mayor General, los soviéticos decidieron dejar que los alemanes se agotaran contra sus defensas, luego lanzarían un contraataque masivo. Pero aun si Citadel se cancelara por cualquier motivo, habría una ofensiva soviética mayor en el verano de 1943, rompiendo el esquema establecido del Ejército Rojo, de atacar sólo cuando la severidad del invierno ruso estuviera de su parte.

En el interior del saliente de Kursk, el sector norte fue ocupado por el Frente Central del general Konstantin Rokossovsky (un frente era aproximadamente igual a un grupo de ejércitos pequeño) y el sector meridional por el Frente de Voronezh del general Nikolai Vatutin. A retaguardia estaba como reserva el Frente de la Estepa del general Ivan Koniev.

Aunque los informes rusos sobre sus fuerzas siempre han sido imprecisos, parece probable que hubiera hasta 75 divisiones y más de 3.500 tanques en el saliente, apoyados por alrededor de 3.000 aviones, muchos de ellos más rápidos y de diseño más moderno que cualquiera de los vistos anteriormente en los cielos sobre el frente oriental. Y Koniev tenía otros 1.500 tanques en reserva. Pero eso no era todo.

Los soviéticos, dispuestos a frenar los esperados ataques alemanes antes de empezar su propia ofensiva, habían preparado defensas hasta de 40 km de profundidad en lugares que incluían cientos de miles de minas terrestres, 20.000 piezas de artillería, 6.000 cañones antitanque y 1.000 lanzacohetes Katyusha. Entonces un desertor alemán les dio la fecha y hora del ataque. Provisto de esta última información sobre el asalto alemán, la artillería del Ejército Rojo lo despuntó bombardeando los puntos de concen-

Los rusos desplegaron tal cantidad de tanques T34 durante la batalla de Kursk que los alemanes tuvieron que pedir cada vez más ayuda a la Luftwaffe. Una de sus unidades de mando aéreo de mayor eficacia comprendía nuevos Stuka Ju 87Gs, especialmente adaptados para ser utilizados contra los tanques. Resultaron ser mortales, pero los alemanes poseían demasiado pocos para producir un impacto significativo en las enormes concentraciones de blindados rusos en el saliente de Kursk.

El capitán Hans-Ulrich Rudel, el destacado piloto de Stuka, desarrolló un método casi infalible para destruir tanques enemigos acercándose por detrás (1) y apuntando a la popa de un T34 (2), donde estaba el motor y donde el blindaje era más delgado. Además, se habían realizado agujeros de ventilación en el metal para permitir escapar el calor del motor, lo que lo debilitaba aún más.

Un T34 estalla (3) tras ser alcanzado por proyectiles de un Stuka (6), que se ha lanzado sobre él desde atrás. Era importante para los pilotos no descender tan cerca del objetivo que corriesen el riesgo de ser derribados por fragmentos de metal desprendidos. Un sólo Stuka Ju 87G podía, si no había aviones enemigos, atacar un tanque tras otro en columna, mediante picados repetidos y atacando siempre el tanque trasero.



Los Stuka Ju 87Gs (5) eran los descendientes directos de los modelos que habían resultado mortales en Polonia y Francia. Se les quitaron la sirena de picado, los frenos de picado y los soportes de bombas, para equiparlos con dos poderosos cañones de 37 mm (4), montados individualmente en una vaina debajo de cada ala.

tración alemanes pocos minutos antes de que las tropas empezaran a avanzar. Así se levantó el telón sobre una gran batalla, extensa, fragmentada y convulsa, dificultada todavía más por la caída de lluvias torrenciales que convirtieron en lodazales los suaves campos de maíz en torno a Kursk.

Hitler había esperado una ofensiva blindada relámpago en la cual las columnas de asalto de los Grupos de Ejércitos del Sur y Centro apisonarían su camino a través de los rusos en sus respectivos frentes, permitiendo una confluencia triunfante en campo abierto, «embolsando» las enormes fuerzas soviéticas atrapadas dentro del saliente. No sería así. La arremetida norte de Manstein, hábilmente apoyada por oleadas de bombarderos Stuka, era el más prometedor de los dos ataques, aunque el progreso inicial quedó frenado por el blando terreno, amplios campos de minas, destructoras ofensivas aéreas y la decidida oposición de tanques, artillería e infantería.

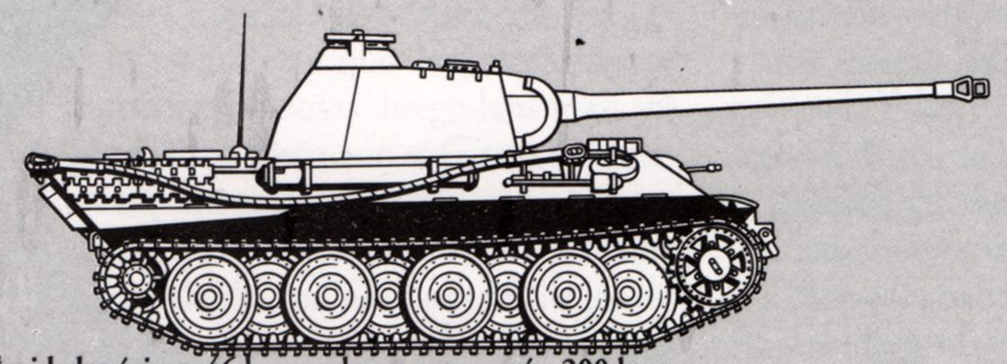
Tras 48 horas de feroz batalla, los alemanes sólo habían penetrado 11 km en tres secciones aisladas del sistema defensivo soviético. Entonces, con un poderoso ataque, el IV Ejército Panzer de Hoth de repente se lanzó hacia adelante de un modo que alarmó a Vatutin y que hizo intervenir al mismo Stalin apresurándose en enviar al frente refuerzos de tanques. Por un momento pareció que la jugada de Hitler podía tener éxito.

Pero una serie de duros encuentros de blindados, en los que los útiles y omnipresentes tanques medios soviéticos T34 demostraron ampliamente su capacidad de poder con todos los panzers más recientes, el avance de Hoth fue detenido. Para el 9 de julio, la cabeza alemana hacia el sur estaba, como máximo, a 32 km del punto de arranque. Las bajas habían sido numerosas y las unidades sobrevivientes estaban fatigadas de la batalla. Kursk estaba fuera de su alcance, aun cuando a esas alturas Manstein se negara a creerlo.

En el norte, al IX Ejército de Model le había ido peor; el primer día se cubrieron 10 km por lo que respecta a muchas unidades. Cuatro días después, algunos de sus panzers estaban a 19 km hacia el interior de las líneas rusas, pero incluso sus denodados esfuerzos contra una resistencia tan salvaje no eran el material del que se hacía la guerra relámpago.

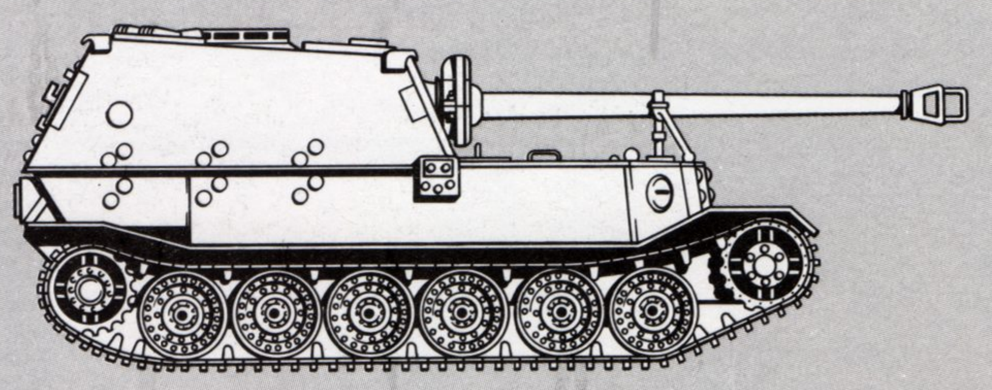
Mientras su Operación Citadel fracasaba ante las astutas defensas soviéticas, Hitler se enteraba el 10 de julio de que fuerzas británicas y americanas habían desembarcado en Sicilia y que el colapso de Italia, incluyendo la guarnición italiana de los Balcanes, era una posibilidad clara e inminente. Para aumentar la ansiedad del Führer, el mariscal Zhukov desencadenó dos días más tarde la primera fase de su ofensiva de verano largo tiempo planeada: un ataque en torno a Orel al norte del saliente de Kursk que amenazaba con tomar el IX Ejército de Model por la retaguardia. Tras una semana de dura batalla y sin

Los tanques de Kursk



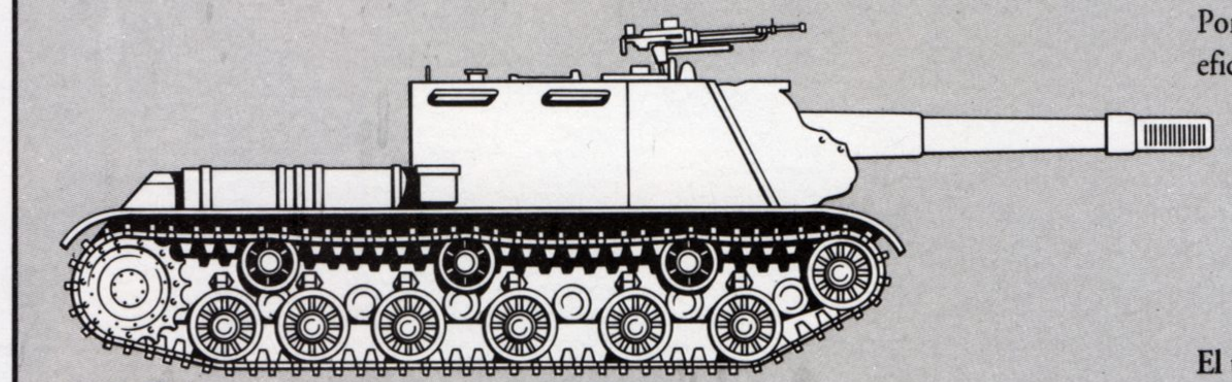
Velocidad máxima: 46 km por hora; autonomía: 200 km; armamento: cañón de 75 mm y una ametralladora.

El Panther V alemán, copiado del T34 ruso, se usó por primera vez en Kursk. Al no estar suficientemente probados y lanzados prematuramente al frente, la mayoría de ellos se averió en el trayecto desde la cabeza de ferrocarril.



Velocidad máxima: 30km/h; autonomía: 150 km; armamento: cañón de 88 mm.

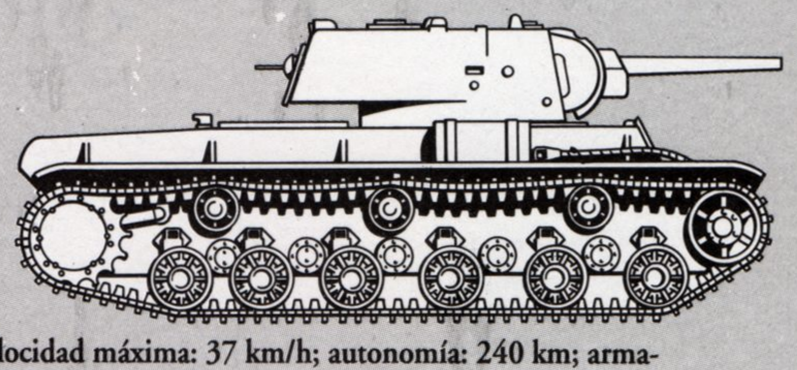
El Elefant, antitanque autopropulsado, llevaba un poderoso cañón de 88 mm de través limitado; la carencia de cualquier otro armamento, sin embargo, lo hacía vulnerable a los ataques de infantería que podían atacarlo con impunidad.



Velocidad máxima: 36 km/h; autonomía: 209 km; armamento: cañón de 76 mm y 3 ametralladoras.

El Su152 se construyó sobre el chasis del tanque pesado JS I.

Por su empleo enormemente eficaz en Kursk, los rusos lo apodaron «Bestia conquistadora».



Velocidad máxima: 37 km/h; autonomía: 240 km; armamento: cañón de 152 mm y una ametralladora.

El tanque pesado KV-1 ruso se construyó por primera vez en 1939. En aquella época, la URSS era el único país que fabricaba tanques pesados.

Los tanques y cañones autopropulsados dominaron todas las batallas en el frente oriental. En los primeros meses, los Panzer III y IV tuvieron un éxito abrumador; luego encontraron una oposición creciente por parte de los tanques rusos, entre los que destacaban los KV-I pesados y los enormemente efectivos T34 medios.

A medida que los Panzers se encontraban cada vez más a menudo con grandes concentraciones de blindados soviéticos, se hizo evidente la necesidad de un antitanque poderoso. Los alemanes habían experimentado con un vehículo para tal efecto antes de la guerra, utilizando un cañón antitanque montado sobre el chasis de un tanque; ahora se recuperó rápidamente la idea. Se montaron cañones rusos de 76,2 mm capturados en la parte superior de Panzer II sin torreta, inaugurando una larga serie de innovaciones con cañones autopropulsados. Uno de los mayores que se produjeron fue el Jagdpanzer Tiger, de 60 toneladas, apodado «Elefante», que montaba un cañón de 88 mm de través limitado. Se llevó varios de estos al combate en Kursk, donde su falta de una ametralladora de protección contra el ataque de infantería próxima resultó un desastre. Los fabricantes de tanques alemanes se dedicaron a la experimentación con una gran variedad de vehículos diferentes. Se desarrollaron dos tanques prometedores, el MkVI Tiger y el MkV Panther, pero entraron en combate en Kursk antes de estar preparados y suficientemente probados.

Los rusos también produjeron una serie de cañones autopropulsados, montados principalmente sobre los chasis de los T34. El último de éstos, el SU85, con un cañón de 85 mm, combatió en Kursk, como lo hizo el SU152, un cañón de asalto de 50 toneladas con un obús de 152 mm montado sobre un chasis de tanque pesado JS I.

Los Comandantes



Hoth



Model

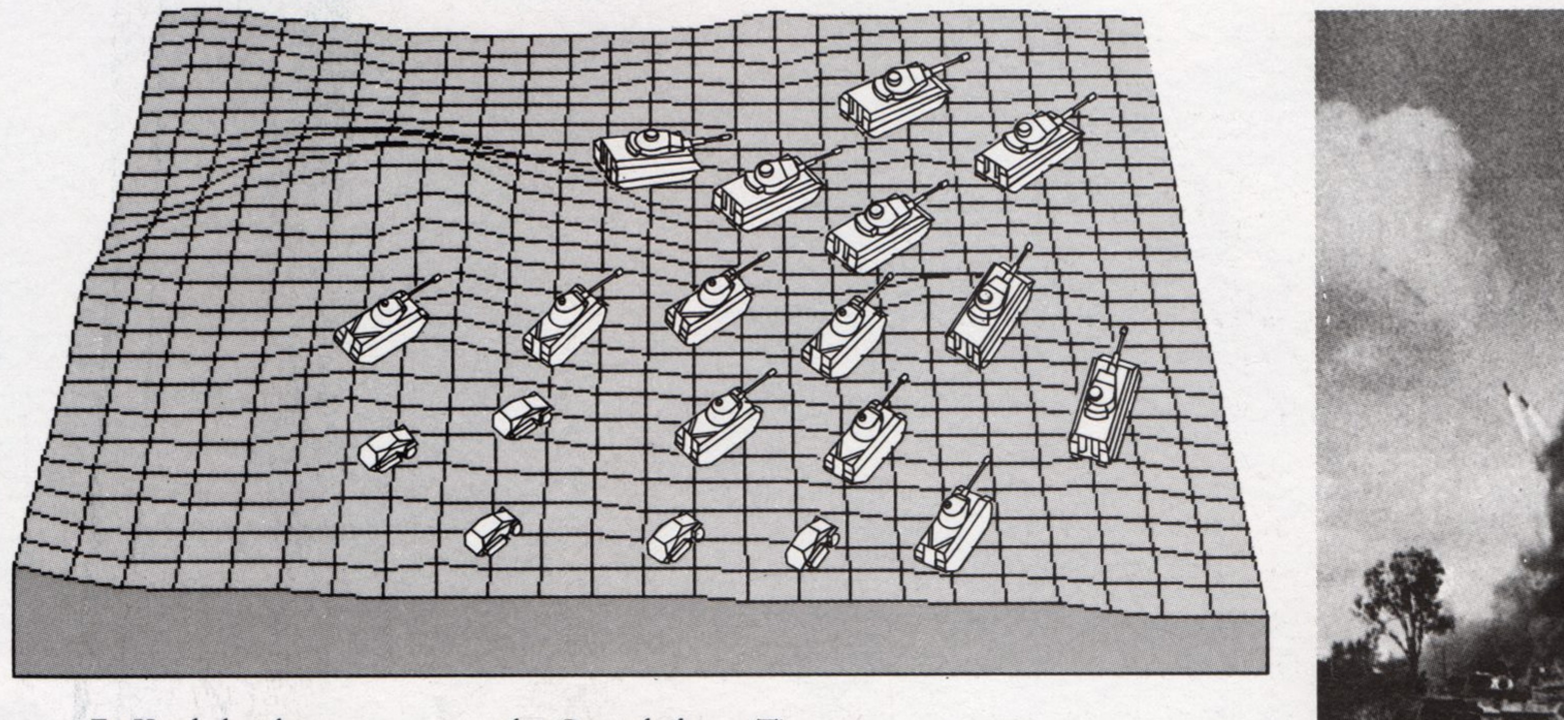


Vatutin

El coronel general Hermann Hoth (1885-1971), de cabello plateado y esbelto, era conocido cariñosamente entre sus hombres como «Papá Hoth». Originalmente hombre de infantería, fue destinado al Estado Mayor General Supremo como capitán en la Primera Guerra Mundial. De 1935 en adelante, el ascenso llegó rápidamente y en la campaña de Polonia condujo el XV Cuerpo Panzer. Hoth se distinguió también durante la invasion de Francia en 1940, siendo sus unidades del Cuerpo Panzer las primeras en cruzar el río Mosa el 13 de mayo. Hoth, casi siempre en el frente con sus hombres, dirigió el III Grupo Panzer en el ataque contra la URSS y, junto con los Grupos Panzer de Guderian y Hoepner, fue responsable de las grandes bolsas del verano y otoño de 1941.

El mariscal de campo Walther Model (1891-1945) sirvió en Verdún en la Primera Guerra Mundial, donde fue herido y condecorado por su valor. Después de la guerra se quedó en el ejército y en marzo de 1938 fue ascendido a mayor general. Sirvió en las campañas de Polonia y de Francia; en octubre de 1939 rompió la línea Maginot y capturó Verdún, volviendo así a la escena de su valentía anterior. En el ataque contra la URSS, su 3ª División Panzer formó la punta de lanza en el ataque al río Dnieper. Se ganó el apodo de «Bombero del Führer» porque Hitler le dio el mando en repetidas ocasiones en situaciones comprometidas. En 1945, cuando sus tropas quedaron rodeadas en el Ruhr, se pegó un tiro.

El general Nikolai Vatutin (1901-44) se distinguió como comandante en muchos sectores durante la guerra, destacando en Stalingrado y Kursk y en las campañas para liberar Ucrania y recapturar Kiev. Murió en 1944 en una emboscada de los partisanos nacionalistas ucranianos.



En Kursk, los alemanes se vieron obligados a renunciar a su habitual táctica de ataque de las líneas enemigas, enormemente eficaz, con tanques en una formación estrecha y en punta, que podía luego desplegarse en abanico en una maniobra envolvente, pues los rusos, con su intensificado poder de fuego, ahora eran capaces de destruir estos ataques en forma de lanza. En lugar de eso, los alemanes desarrollaron una táctica de formación en forma de hacha, *Panzerkeile,* con Tigers agrupados muy juntos al frente y los nuevos Panthers y Mark IV detrás en abanico. La infantería, armada con fusiles y granadas, seguía de cerca a los tanques y tras ellos venían los morteros y sus dotaciones en carros de transporte. El objetivo era perpetrar un agujero en las defensas del enemigo lo suficientemente fuerte y amplio como para resistir contraataques desde los flancos.



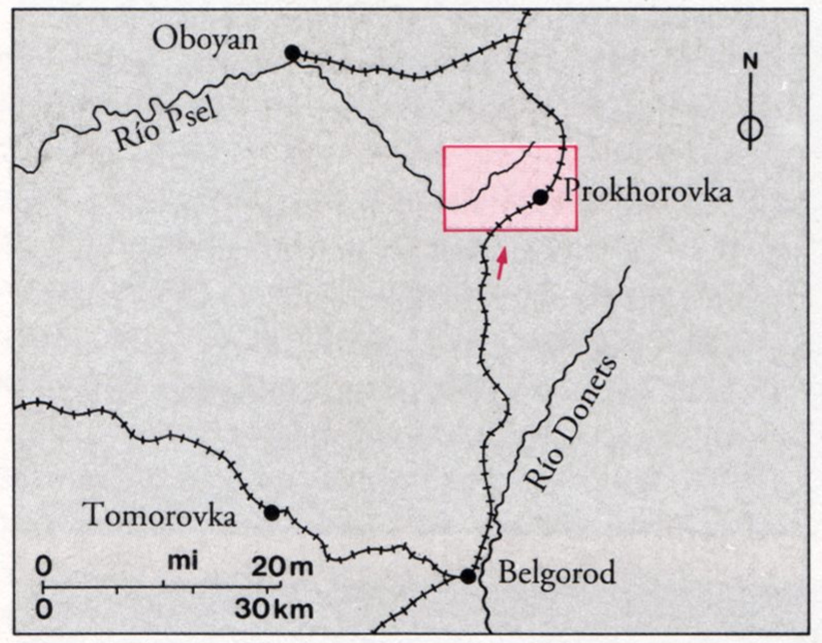
El aullido ensordecedor generado por la descarga del lanzacohetes ruso Katyusha y su gran potencia de fuego tuvo un efecto desmoralizador en las tropas alemanas. Cada una de las 8 rampas de lanzamiento situadas en la parte posterior del camión sostenía dos cohetes de 13'2 cm de calibre, uno encima del otro; los 16 se disparaban simultáneamente. La elevación era variable y como las rampas apuntaban hacia adelante por encima de la cabina del conductor, apuntar suponía meramente enfocar el camión en la dirección correcta. Los cohetes Katyusha tenían un alcance de 8.000-8.500 metros. Recargar costaba de 5 a 10 minutos. Los rusos a menudo desplegaron cientos de estos camiones lanzadores en filas.

avance de ningún frente parece que Hitler consideró totalmente perdida la Operación Citadel y transfirió tropas a los nuevos frentes al sur de Europa.

Mientras Model intentaba zafarse de la trampa rusa en el norte, Manstein persuadía al Führer de permitirle continuar atacando en el sur en la creencia de que pronto forzaría una vía a través de las defensas de Vatutin. Era una empresa desesperada, reconocida como tal por Hitler el 25 de julio, cuando cerró finalmente la condenada ofensiva Citadel. El hecho de que acabara de enterarse de que Mussolini había sido depuesto también tuvo relación con su decisión. Sucesivos contraataques soviéticos debilitaron, luego hicieron retroceder a los sobrevivientes de esta malograda campaña, que había consumido hasta un total de 100.000 hombres, más de 1.000 tanques y aproximadamente el mismo número de aviones. En otros lugares del frente oriental, el Ejército Rojo ejerció la misma presión implacable en las semanas siguientes. Para asombro de los alemanes, ahora estaba mejor guiado y mejor equipado que nunca.

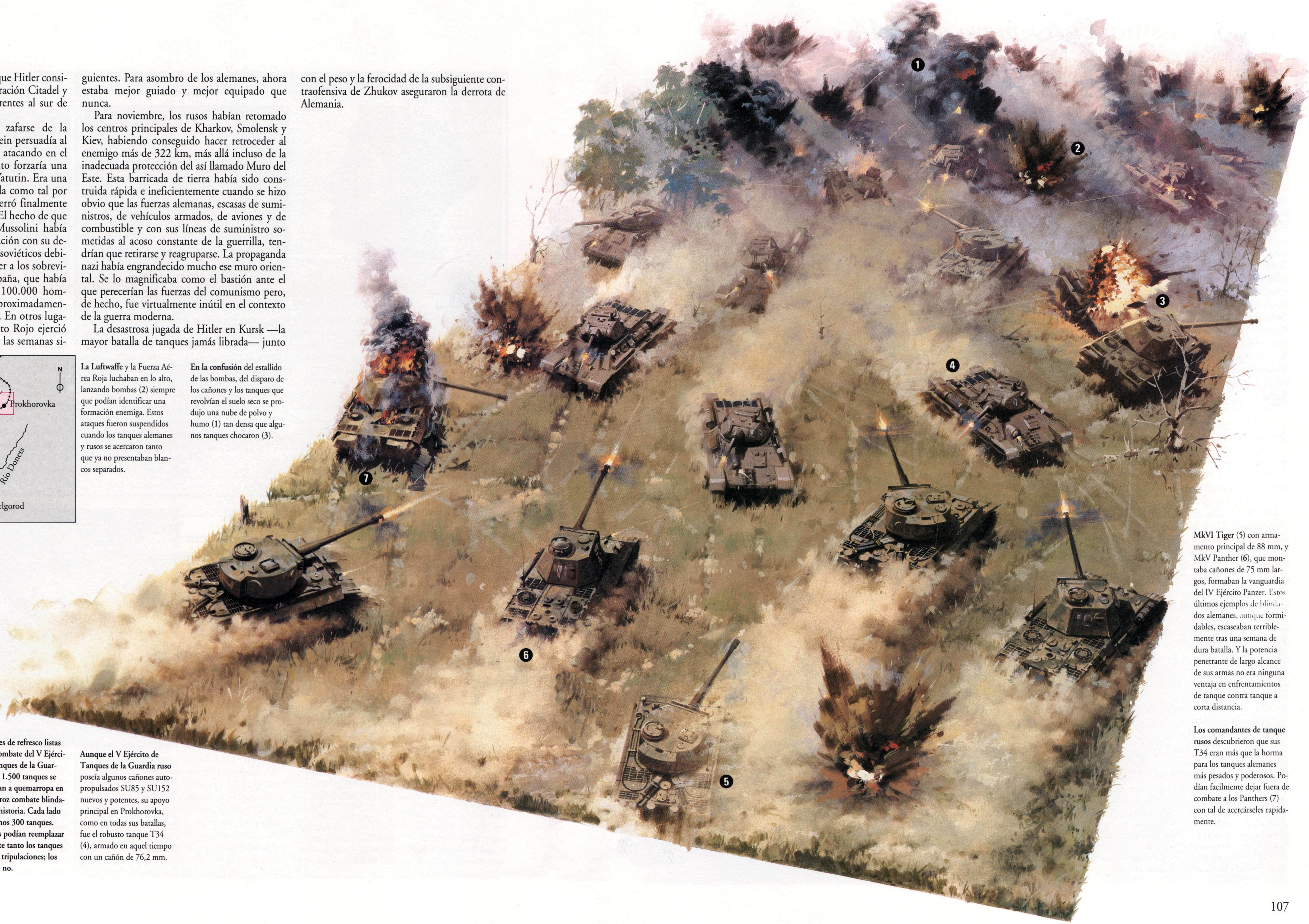
Para noviembre, los rusos habían retomado los centros principales de Kharkov, Smolensk y Kiev, habiendo conseguido hacer retroceder al enemigo más de 322 km, más allá incluso de la inadecuada protección del así llamado Muro del Este. Esta barricada de tierra había sido construida rápida e ineficientemente cuando se hizo obvio que las fuerzas alemanas, escasas de suministros, de vehículos armados, de aviones y de combustible y con sus líneas de suministro sometidas al acoso constante de la guerrilla, tendrían que retirarse y reagruparse. La propaganda nazi había engrandecido mucho ese muro oriental. Se lo magnificaba como el bastión ante el que perecerían las fuerzas del comunismo pero, de hecho, fue virtualmente inútil en el contexto de la guerra moderna.

La desastrosa jugada de Hitler en Kursk —la mayor batalla de tanques jamás librada— junto con el peso y la ferocidad de la subsiguiente contraofensiva de Zhukov aseguraron la derrota de Alemania.



La Luftwaffe y la Fuerza Aérea Roja luchaban en lo alto, lanzando bombas (2) siempre que podían identificar una formación enemiga. Estos ataques fueron suspendidos cuando los tanques alemanes y rusos se acercaron tanto que ya no presentaban blancos separados.

En la confusión del estallido de las bombas, del disparo de los cañones y los tanques que revolvían el suelo seco se produjo una nube de polvo y humo (1) tan densa que algunos tanques chocaron (3).



El 12 de julio, un día de calor intenso, 600 tanques alemanes —todos los que pudo reunir el general Hoth— - avanzaron cruzando la seca y polvorienta estepa hacia la ciudad de Prokhorovka, donde esperaban penetrar una sección debilitada del frente ruso. Para el éxito, este proyecto dependía de un ataque de flanco contra las reservas blindadas soviéticas que se acercaban por 3 divisiones Panzer del Cuerpo de Ejército de Kempf. Su avance, sin embargo, quedó frenado a un desesperado arrastre por el VII Ejército de la Guardia de Shumilov, atrincherado tras campos de minas situadas astutamente. Los sobrecargados tanques de Hoth, manejados por tripulaciones exhaustas, tuvieron que luchar, por lo tanto, la subsiguiente batalla de 8 horas sin apoyo. Se enfrentaron a los 850 vehículos blindados manejados por las tripulaciones de refresco listas para el combate del V Ejército de Tanques de la Guardia. Casi 1.500 tanques se disparaban a quemarropa en el más feroz combate blindado de la historia. Cada lado perdió unos 300 tanques. Los rusos podían reemplazar fácilmente tanto los tanques como las tripulaciones; los alemanes no.

Aunque el V Ejército de Tanques de la Guardia ruso poseía algunos cañones autopropulsados SU85 y SU152 nuevos y potentes, su apoyo principal en Prokhorovka, como en todas sus batallas, fue el robusto tanque T34 (4), armado en aquel tiempo con un cañón de 76,2 mm.

MkVI Tiger (5) con armamento principal de 88 mm, y MkV Panther (**6**), que montaba cañones de 75 mm largos, formaban la vanguardia del IV Ejército Panzer. Estos últimos ejemplos de blindados alemanes, aunque formidables, escaseaban terriblemente tras una semana de dura batalla. Y la potencia penetrante de largo alcance de sus armas no era ninguna ventaja en enfrentamientos de tanque contra tanque a corta distancia.

Los comandantes de tanque rusos descubrieron que sus T34 eran más que la horma para los tanques alemanes más pesados y poderosos. Podían facilmente dejar fuera de combate a los Panthers (7) con tal de acercárseles rapidamente.

Anzio/Cassino/*Enero-mayo de 1944*

Cuatro meses después de desembarcar en Italia, en septiembre de 1943, las fuerzas aliadas quedaron detenidas a 121 km al sur de Roma. Su avance se había hecho cada vez más lento, debido a un tiempo excepcionalmente duro y a un enemigo decidido, mientras la formidable línea Gustav, que en aquel momento marcaba la frontera de la Italia ocupada por los alemanes, bloqueaba el camino. El eje Roma-Berlín se había disuelto por la capitulación de Italia el 8 de septiembre, pero las fuerzas del Tercer Reich, competentemente organizadas por el mariscal de campo Albert Kesselring, pretendían defender tanto la mayor parte del antiguo país aliado como les permitieran sus recursos bastante limitados.

La bien situada cadena de fortificaciones que constituían la línea Gustav se extendía desde Ortona, en la costa Adriática, a través de los Abruzzos, a lo largo del río Rapido hasta la desembocadura del río Garigliano en el mar Tirreno. Su rasgo más destacado e importante era Monte Cassino, que se alzaba a 518 m sobre el valle Liri y dominaba la carretera principal hacia Roma.

Para el 2 de enero de 1944, el V Ejército americano del teniente general Mark Clark había luchado constantemente por subir costa oeste arriba tras un desembarco casi desastroso en Salerno. También había intentado ya y fracasado en rodear Cassino y aislarlo, evitando así un asalto directo y costoso de sus escarpadas laderas.

Tras una serie de enfrentamientos indecisos con el X Ejército del general Heinrich von Vietienghoff, Clark descansó y reagrupó a sus fuerzas pues, con la aprobación del general sir Harold Alexander, comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Italia, había de de comenzar otro intento de rodear Cassino el 12 de enero. Pero esta vez, el plan tenía una dimensión nueva. Se pretendía que el II Cuerpo Americano y el X Cuerpo Británico, apoyado por el Cuerpo Expedicionario Francés, lanzarían un ataque suficientemente fuerte para asegurar que el enemigo transfiriera reservas apostadas alrededor de Roma al frente de batalla. Mientras tanto, también se completaban los preparativos para un desembarco anfibio sorpresa a 89 km costa oeste arriba, detrás de la línea Gustav, en una zona que se suponía entonces apenas defendida. Se eligió para esta operación de transporte por mar, conocido con la clave «Shingle», para la que había presionado el primer ministro británico Winston Churchill, el VI Cuerpo Americano del mayor general John Lucas. Sin embargo, requería el consentimiento del presidente de los Estados Unidos, puesto que suponía retrasar la transferencia de 56 barcos de desembarco, tanques americanos desde el Mediterráneo como parte de la composición para la invasión de Normandía, cuyos



La invasión aliada de Italia

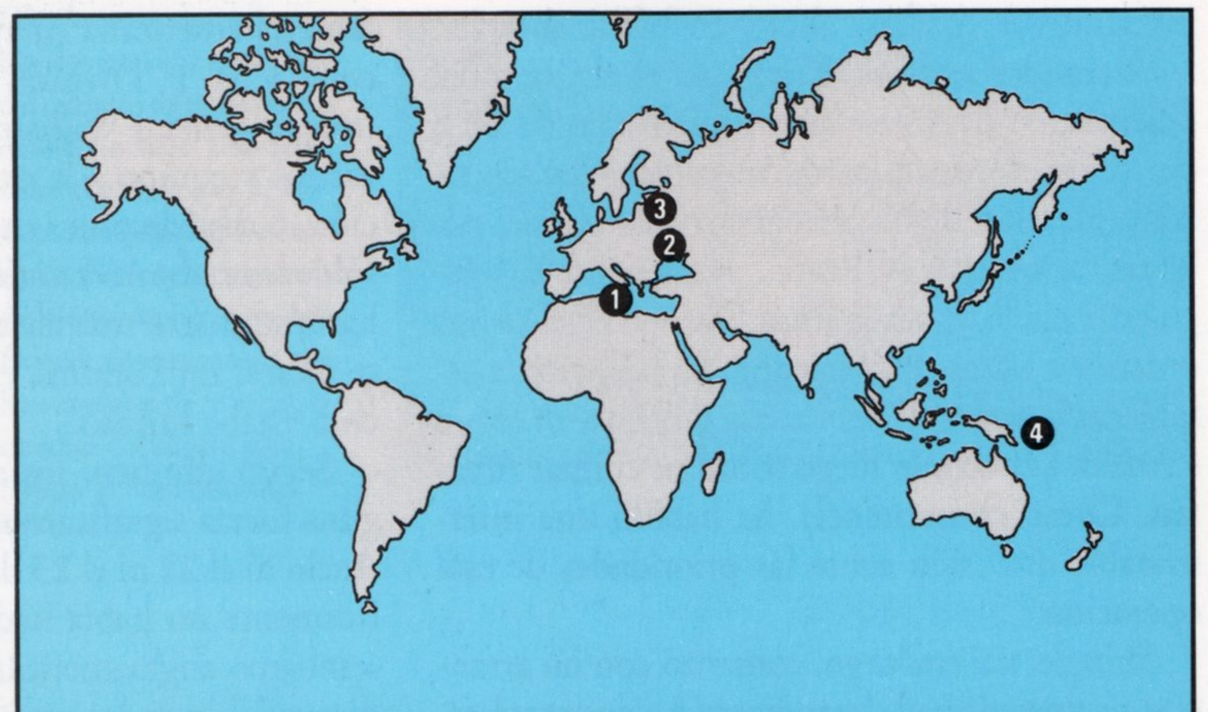
En enero de 1943, los Aliados habían asegurado el Mediterráneo. ¿Dónde golpear a continuación? Se impuso la opinión británica: había que invadir Sicilia y luego la península de Italia. Una invasión en el sur reduciría los recursos alemanes en el norte de Europa antes de lanzar el desembarco planeado en Normandía y la ocupación de Italia aportaría campos de aviación desde los cuales bombardear las fábricas alemanas y los campos petrolíferos rumanos.

A principios de septiembre de 1943, se efectuaron tres desembarcos aliados en suelo italiano: el VIII Ejército cruzó el estrecho de Mesina desde Sicilia, la Primera División Aérea del VIII Ejército aterrizó en Tarento, y el V Ejército Americano en Salerno. Al principio, el avance aliado no encontró virtualmente ningún obstáculo, luego, el 7 de octubre, divisiones Panzer alemanas retrasaron seriamente las fuerzas americanas en el río Volturno, antes de replegarse tras la línea Gustav. Sobrevino el estancamiento, que los Aliados resolvieron romper por un desembarco por mar en Anzio, al norte de la Línea.

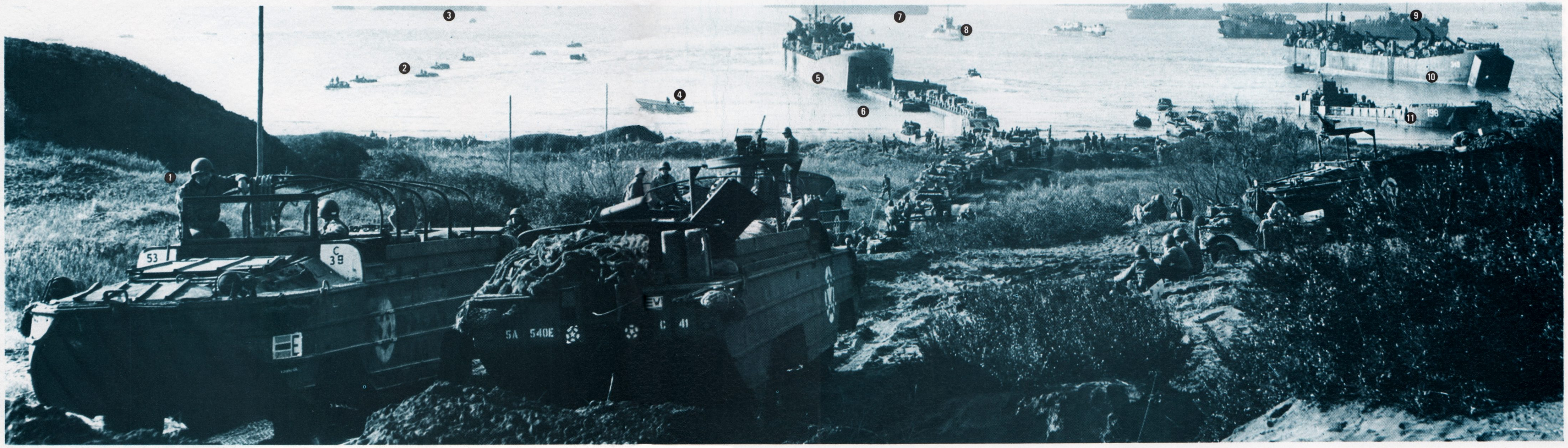




Transportes de tropas en la playa del norte, con hombres de la 2ª División de Infantería británica acercándose a la orilla *(arriba)*. Postes enlazados por cinta indicaban las rutas limpias de minas. Grandes indicadores en cada pantalán aseguraban que los barcos desembarcaran sus cargamentos de tropas en el punto señalado de antemano.



El 9-10 de julio de 1943, los Aliados invadieron Sicilia (1), completando su ocupación el 17 de agosto; el 3 de septiembre invadieron la punta de Italia. 5 días más tarde, los italianos se rindieron, y los alemanes ocuparon prontamente Roma. El 23 de agosto, los rusos reconquistaron Kharkov (2), recuperaron Smolensk el 25 de septiembre, Dnepropetrovsk el 25 de octubre y Kiev (3) el 6 de noviembre. El 1 de noviembre, los marines americanos desembarcaban en Bougainville (4) en el Pacífico.



El 22 de enero de 1944, hombres de la 3ª División americana desembarcaron al sur de Anzio. DUKW, vistos aquí tanto en tierra (1) como acercándose a la orilla (2), llevaban tropas, suministros o munición y eran vehículos anfibios esenciales para cualquier desembarco por mar.

Descargando en el búfalo o pantalán (6) hay un barco de desembarco, tanques (5), con otro (10) a la derecha. Otros, más alejados en el mar (3, 7, 9), esperan su turno para usar los búfalos.

Los barcos de desembarco, tanques, LGT, llevaban hasta 60 tanques o camiones y eran capaces de cruzar el océano.

Las lanchas de desembarco, tanques LCT (11) eran barcazas autopropulsadas con puertas en la proa.
Estas lanchas LCT llevaban de tres a cinco tanques y versiones británicas podían acercarse para desembarcar tanques en sólo 1 m de agua.

Barcos de guerra, bien alejados de la orilla, «ablandaban» al enemigo bombardeando primero zonas costeras y luego, una vez comenzados los desembarcos, posiciones más tierra adentro.
La infantería era transportada a la orilla desde los transportes bien mediante lanchas de desembarco, infantería (8), o mediante lanchas de desembarco, asalto (4). Las lanchas de desembarco, infantería eran naves grandes desde las que desembarcaban las tropas por rampas a ambos lados de la proa.

Las lanchas de asalto eran más pequeñas y se podían llevar en buques mercantes y en transportes de tropas; se descendían al mar mediante pescantes.

preparativos estaban ahora en plena marcha.

Alexander le dijo a Clark que el objetivo del desembarco en Anzio, que se inició a las 02.00 h del 22 de enero, era cortar las principales vías de comunicación de los alemanes en las colinas Albanas, al sudeste de Roma, y amenazar la retaguardia enemiga en la línea Gustav. Pero en sus órdenes a Lucas, Clark redujo la intención a establecer y asegurar una cabeza de playa en torno a Anzio, avanzando luego sobre las colinas Albanas. Como consecuencia, ha habido una interminable discusión sobre las prioridades de esta operación.

Shingle, sin embargo, comenzó con un arranque prometedor: el desembarco no encontró resistencia, los pocos alemanes de la zona fueron cogidos con la guardia completamente baja. Pero entonces Lucas concentró todos sus esfuerzos en llevar sus unidades —la 3ª División de Infantería americana (mayor general Lucian Truscott) y la 1ª División de Infantería británica (mayor general William Penney)— y sus suministros y equipo a la orilla, asegurando su posición. 6 días después, su línea de cabeza de playa sólo alcanzaba 16 km tierra adentro desde Anzio hasta su punto más alejado, y así seguiría durante meses. En Londres, el primer ministro Churchill estaba furioso.

Según admiten, los alemanes no tenían ninguna fuerza significativa en ningún sitio cerca de Anzio ni el 22 ni el 23 de enero. De hecho, prácticamente no había nada entre el grupo de desembarco angloamericano y Roma, a 60 km de distancia, pues las reservas allí acantonadas habían sido lanzadas apresuradamente al sur para apoyar el X Ejército alrededor de Cassino. Pero al acabar esas 48 horas de peligrosa exposición comenzaron a llegar las primeras unidades de fuertes refuerzos alemanes. Al coronel general Eberhardt von Mackensen, comandante del XIV Ejército en el norte de Italia, se le encargó rechazar a Lucas. Pronto tuvo más de ocho divisiones, algunas de ellas blindadas, convergiendo en la planicie detrás de Anzio, así como considerable apoyo de artillería dirigido desde puntos ventajosos en las colinas circundantes. Los proyectiles empezaron a llegar virtualmente a todos los rincones de la cabeza de playa, mientras la infantería y blindados patrullaban vigorosamente y ponía a prueba el perímetro del VI Cuerpo. Las posiciones cambiaron de manos frecuentemente y en un horrible enfrentamiento nocturno sólo 6 hombres de un total de 767 Rangers americanos ganaron la seguridad de sus líneas.

El general Clark envió dos divisiones más para reforzar Anzio y a lo largo de todo febrero, el combate redobló su intensidad a medida que

El 16 de febrero de 1944, el general Von Mackensen lanzó su XIV Ejército en un contraataque contra la cabeza de playa aliada en Anzio. Los alemanes redujeron el perímetro 6,4 km en dos días, y el 18 de febrero parecían dispuestos a romper la línea cerca del «viaducto», mote dado por las tropas británicas a un puente que llevaba a una carretera secundaria a través de la vía Anziate, la carretera general Anzio-Ancona. En esta sección estaba atrincherado el 1º Batallón, el Loyal Regiment, con sólo tropas de retaguardia en reserva. El 19 de febrero, un día húmedo y lleno de niebla, esta unidad de Lancashire aguantó el peso de todo el ataque alemán.



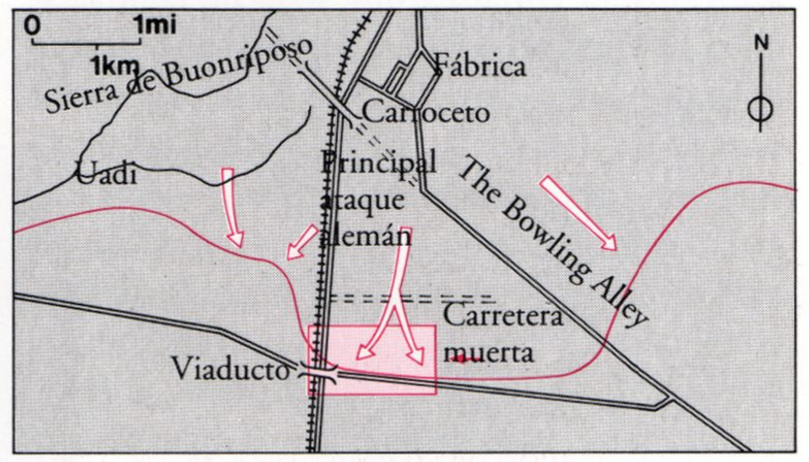
La compañía «A» del Regimiento Loyal (1) sostenía posiciones que cubrían la zona este del viaducto (2), con el resto del batallón desplegado en su flanco derecho. El 19 de febrero, exactamente a las 05.00 h, cayeron bajo un fuerte bombardeo, seguido por un ataque de infantería alemán. Uno de los destacamentos avanzados del Loyal fue superado inmediatamente.

Los oficiales de la artillería aliada utilizaban el viaducto como puesto de observación, ya que proporcionaba una buena panorámica de las posiciones alemanas sobre la llanura hacia el norte. Los artilleros alemanes, sin embargo, pronto encontraron su localización e hicieron la posición insostenible.

Tanques Sherman americanos (3) llegaron hasta la Vía Anziate para apoyar a los Loyals fuertemente presionados; más tarde, y a tiempo, llegó la ayuda de una compañía de Gordon Highlanders (4), situada al oeste del viaducto.

En una escena que recordaba el frente occidental en la Primera Guerra Mundial, unidades de vanguardia fuertemente armadas (5) de un batallón de infantería alemán se apresuran hacia las posiciones de la compañía «A» cubiertos por una barrera de fuego de artillería. Cuando los alemanes penetraron en los campos de minas y alambradas que protegían sus trincheras, los destacamentos que quedaban de los Loyals les rechazaron en una lucha cuerpo a cuerpo, a pesar de haber perdido por lo menos la mitad de sus hombres.

Oleadas posteriores de tropas alemanas (6) surgieron del cubierto de unos yermos donde, sin haber sido detectados por los Loyals, se habían concentrado para un asalto. Aunque lucharon tenazmente, los hombres de infantería alemanes ahora estaban cansados de la batalla y carecían del ímpetu para romper la línea británica.



los alemanes lanzaban una serie de contraataques. El principal golpe de Mackensen se realizó el 16 de febrero; dos días después su vanguardia estaba sólo a 10 km de la orilla y sólo obstruía su camino —aunque ellos no lo sabían— una delgada línea de infantería apoyada por tropas de retaguardia. Afortunadamente para los Aliados, estas unidades alemanas habían combatido hasta detenerse y eran incapaces de explotar su éxito.

Por todo el resto del perímetro angloamericano, los alemanes mantenían la presión a pesar de las grandes perdidas, particularmente las infligidas por la fuerza aérea aliada, que superaba en número de 10 a 1 a la Luftwaffe. La artillería del VI Cuerpo también tenía un suministro de munición mucho más abundante que su oponente y lo utilizaba eficazmente.

En medio de esta encarnizada lucha, en la que algunos batallones de ambos lados quedaron reducidos a menos de 100 hombres, Clark decidió relevar a Lucas de la jefatura del VI Cuerpo por motivos de salud y sustituirlo por el más enérgico general Lucian Truscott.

El 1 de marzo, Mackensen informaba de mala gana al mariscal de campo Kesselring que sus fuerzas no eran lo bastante fuertes para vencer a los Aliados y se cancelaron todas las operaciones ofensivas. Al mismo tiempo, Truscott no era lo bastante fuerte para ampliar su perímetro, por lo que se estableció un largo período de estancamiento. Iba a ser una temporada horrible, que recordaba mucho el frente occidental de la Primera Guerra Mundial, durante el cual soldados cansados del combate tuvieron que soportar las miserias de un frío congelante, la humedad y el barro mientras se enfrentaban en frecuentes y feroces acciones locales a través de una estrecha franja de tierra de nadie rastrillada por los proyectiles. Las ganancias y pérdidas territoriales por ambos lados nunca fueron mayores de unos pocos metros.

Churchill, que había sido tan crítico con el VI Cuerpo los primeros días del desembarco, luego escribió un epitafio adecuado para la Operación Shingle: «Anzio fue una historia de grandes oportunidades y esperanzas destrozadas, de hábil comienzo por nuestra parte y rápida recuperación por parte del enemigo, de valor compartido por ambas partes.»

Mientras se preparaba Shingle a principios de enero, el V Ejército había seguido martilleando la línea Gustav, con muchas bajas y sin mucho éxito. El 25 de enero, 2 días después de que el VI Cuerpo desembarcara en Anzio, Clark se decidió por una acción que había intentado evitar: un ataque frontal contra el macizo de Cassino. Este estaba defendido por el teniente general Fridolin von Senger y el XIV Cuerpo Panzer de Etterlin, que incluía algunas de las mejores unidades que quedaban en el ejército alemán. El puesto de mando estaba situado en el terreno



Los paracaidistas alemanes, aunque entrenados primordialmente para una acción aerotransportada, fueron considerados como unidad de combate de infantería de elite. Pero raras veces se les concedió un apoyo de artillería adecuado. En Anzio utilizaron variedad de vehículos, incluidos los coches blindados SdKfz 232, para alcanzar la cabeza de playa.



Este tanque Mark IV, empotrado en una casa parcialmente demolida, se utilizó como cañón antitanque, práctica común en este tiempo, en que el ejército alemán estaba a la defensiva. Para 1944, los Aliados habían logrado una superioridad aérea aplastante y, para su protección, los alemanes escondieron o camuflaron todos los tanques y la artillería.



Un cañón de ferrocarril alemán de 280 mm capturado en el norte de Italia inspeccionado por artilleros británicos. Uno de estos enormes cañones, con un alcance de hasta 61 km, se ocultó en un túnel cerca de Anzio, desde el que salía para disparar proyectiles de 250 kg a las líneas aliadas. Se le apodó «Anzio Annie».

Los Comandantes







El mayor general John P. Lucas (1890-1949) era extremadamente prudente y una elección inadecuada para un mando que requería capacidad de improvisación. No salió del perímetro de Anzio. Churchill escribió más tarde: «Yo había esperado lanzar a la orilla un gato montés, pero todo lo que conseguimos fue una ballena varada.»

Lucas fue reemplazado al poco tiempo por el **general Lucian Truscot (1895-1965)**, un hombre brusco y seguro de sí mismo, conocido entre sus tropas como «Viejo Cascarrabias». Otro hombre enérgico era el **general Mark Clark (1896-1984)**, comandante del V Ejército americano, que había dirigido el asalto a Salerno, decidido oficial tachado de amar la publicidad. Raramente viajaba sin un séquito de periodistas y fotógrafos.

El teniente general sir Bernard Freyberg VC (1889-1963), hombre de excepcional valor que sirvió como oficial de campaña en ambas guerras mundiales. Cuidaba de sus tropas neozelandesas como un padre.

Durante la batalla de Inglaterra, **el mariscal de campo Albert Kesselring (1885-1960)** había mandado la Luftflotte 2; en 1943 fue designado comandante en jefe del Ejército del Sur de Europa. Hombre de talento y oficial experimentado, él convenció a Hitler de que Italia debía ser defendida en una línea al sur de Roma.

El Comandante del XIV Cuerpo Panzer, el **general Fridolin von Senger und Etterlin (1891-1963)**, que dirigió la defensa de Cassino, era paradójicamente miembro laico de la orden Benedictina. Aunque oficial leal, era antinazi, y sus esfuerzos durante el cerco fueron muy poco reconocidos y registrados por las autoridades militares alemanas.



Aviones ligeros, como este Auster III, actuaban como puestos de observación aéreos durante un bombardeo. El piloto observaba la caída del proyectil e indicaba las correcciones al oficial del cañón.

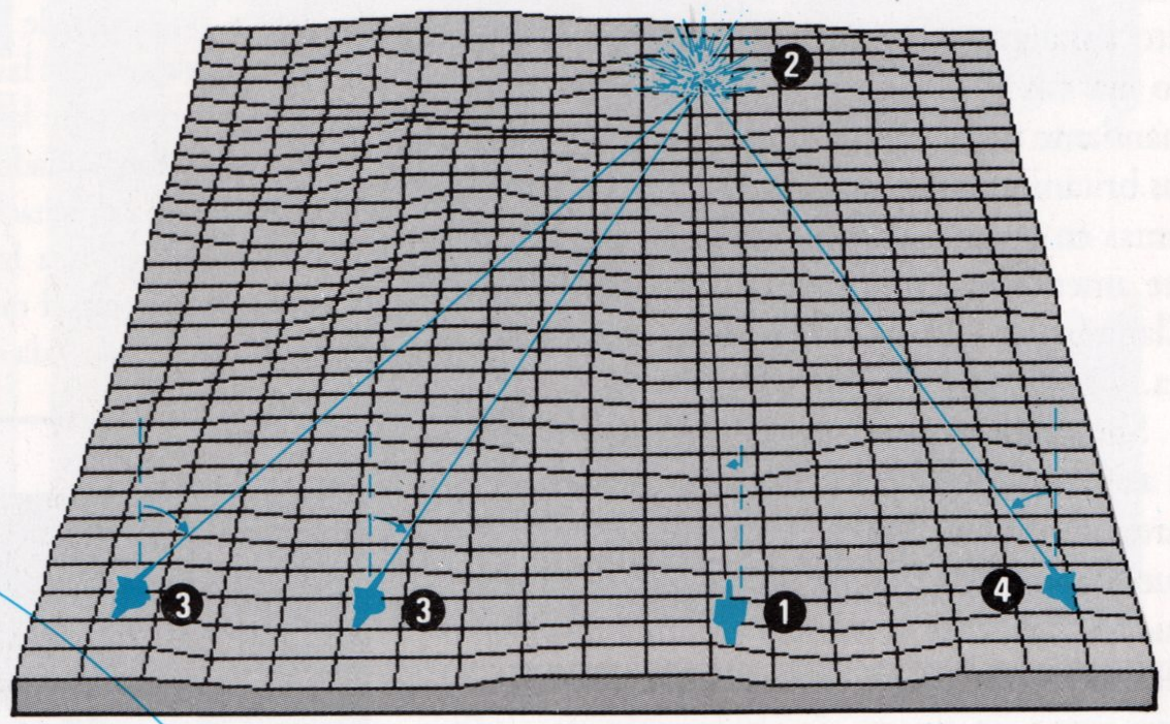
El tipo de fuego de artillería empleado viene determinado por el tipo de blanco, su alcance, y si es o no visible desde la posición del cañón.

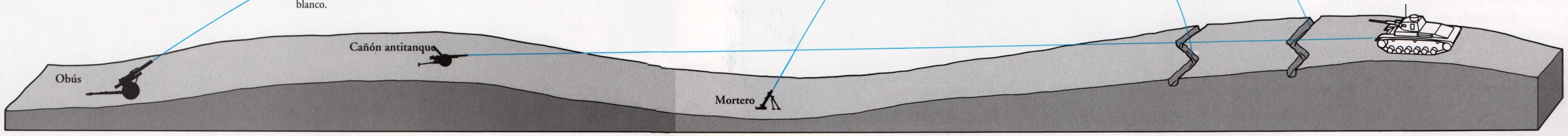
Un **obús** dispara un proyectil poderoso en un arco elevado y es ideal para fuego indirecto: bombardea un blanco invisible a una distancia de varios kilómetros.

Un cañón antitanque se utiliza normalmente contra los blindados cuando están al alcance de la vista. El cañón dispara una granada de gran velocidad en una trayectoria plana directamente a su blanco.

Un mortero, que dispara en un ángulo muy agudo a corto alcance, puede lanzar su proyectil a una trinchera y se utiliza para limpiar nidos de armas o bombardear áreas donde podrían ocultarse tropas.

Cada cañón de una batería está situado en el centro de su arco de fuego. El oficial de posición del cañón calcula el alcance y la orientación del blanco dado y ordena que un cañón (1), dispare un tiro de alcance (2).
Según la caída del disparo, se hacen las correcciones para lograr exactitud, luego se transmiten el alcance y la orientación a la batería. Los cañones a la izquierda de la pieza de alcance cruzan exactamente a la derecha del arco de fuego (3), los de la derecha cruzan a la izquierda (4), para conseguir fuego convergente sobre el blanco.



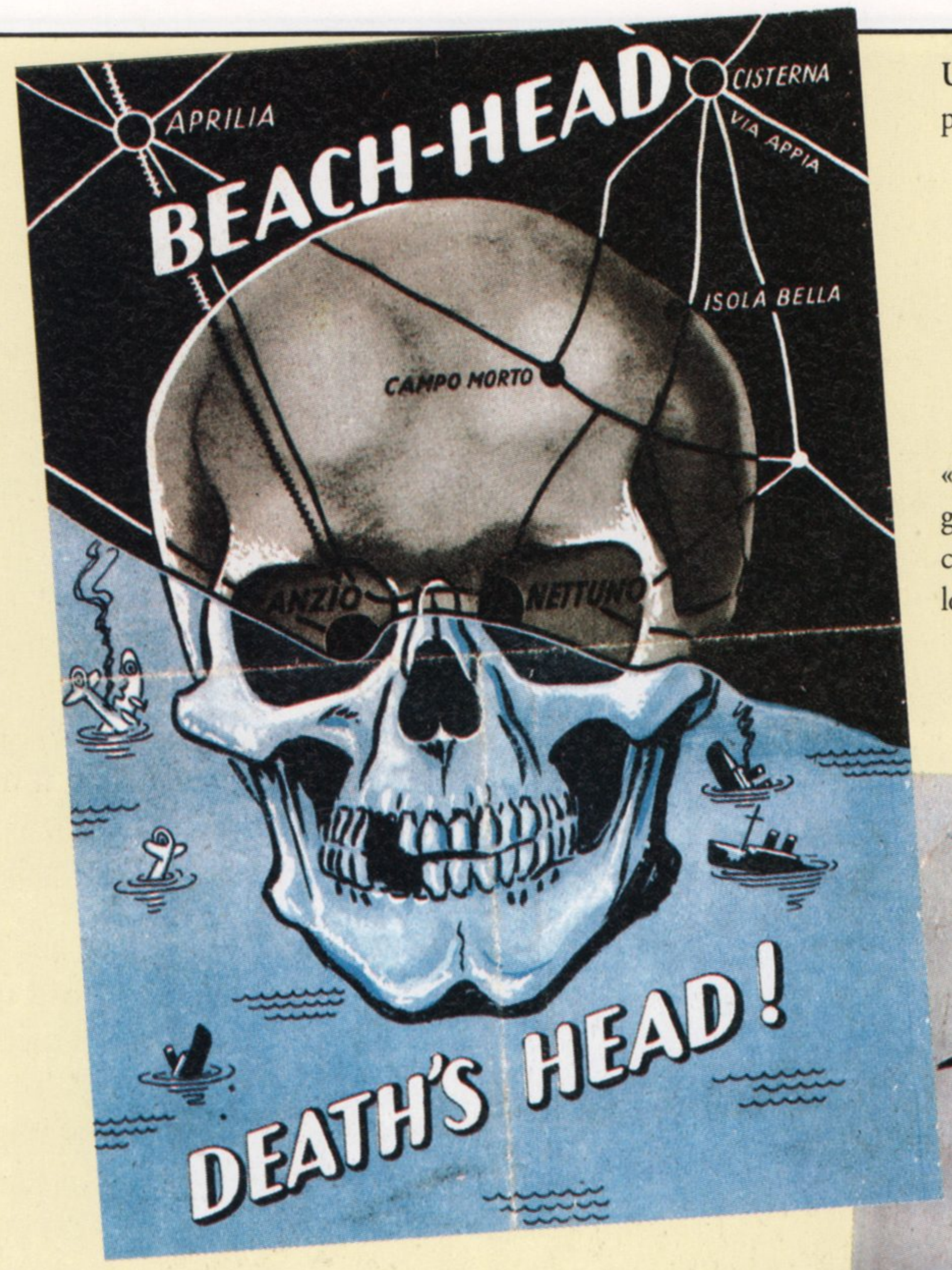


más difícil y protegido por campos de minas, alambradas y varias fortificaciones de hormigón armado situadas astutamente con un amplio campo de tiro. Contra éste fue lanzada la división de infantería más novata del V Ejército, la 34ª americana, dirigida por el mayor general Charles Ryder. Contra el mejor juicio del general Alphonse Juin, que no veía ningún futuro en un ataque frontal contra Cassino, su cuerpo expedicionario francés iba a lanzar un asalto simultáneo sobre el flanco derecho para divertir las fuerzas enemigas del frente de la 34ª.

Así empezó una prolongada pesadilla para decenas de miles de soldados, tanto aliados como alemanes, metidos de día en lodo y congelados por la noche entre el crepitar ininterrumpido de pequeñas armas de fuego y el estruendo de las explosiones. Era una experiencia que ponía a prueba hasta el límite la resistencia de los hombres. A pesar de una valiente y magnificamente librada acción por parte de las tropas norteafricanas de Juin para aliviar la presión sobre Ryder, el 11 de febrero la 34ª División había quedado reducida a una sombra pero, de nuevo, sin hacer ninguna ganancia apreciable.

Aunque para entonces había agotado sus últimas tropas de refresco, Clark sólo aceptó a regañadientes la oferta del general Alexander de asumir la batalla de Cassino con su Grupo de Ejércitos de reserva. Esta fuerza comprendía el Cuerpo neozelandés del teniente general Bernard Freyberg —la 2ª División Neozelandesa, la 4ª India y la 78ª Británica— tomado del VIII Ejército Británico de la costa este, donde la batalla no era tan encarnizada. Aparentemente, el comandante del V Ejército no quería que las fuerzas británicas obtuvieran la gloria de capturar las cimas en las que se había derramado tanta sangre americana. No obstante, vista la necesidad, Clark estuvo de acuerdo, aunque a regañadientes.

Sin embargo, antes de que Freyberg renovara el asalto hizo una petición que entonces, y más tarde, causó una controversia considerable. Porque se suponía —equivocadamente al parecer— que los alemanes utilizaban el monasterio benedictino del siglo XIV que coronaba Monte Cassino como un puesto de observación de artillería, quiso bombardearlo. Ni Alexander ni Clark habían considerado previamente el antiguo edificio como un blanco legítimo, pero se inclinaron ante esta petición en vistas de que el comandante del lugar de operaciones consideraba militarmente deseable ahorrar las vidas de sus hombres. Y así, la mañana del 15 de febrero, 222 bombarderos volaron en 2 oleadas y lanzaron casi 450 toneladas de bombas sobre la histórica abadía. Cuando el polvo empezó a asentarse y llovieron de todo el mundo las condenas exacerbadas, los alemanes se metieron entre los escombros y empezaron a fortificarlos.



Un folleto alemán lanzado sobre las tropas aliadas en Anzio.



«¡Fuera los alemanes!». Este cartel, pegado inicialmente en Sicilia, estaba calculado para conseguir apoyo italiano a los Aliados como libertadores.

La guerra propagandística

Ambos bandos utilizaron la propaganda para socavar la moral de las tropas enemigas. La propaganda alemana incluía folletos distribuidos por las posiciones avanzadas de los Aliados. Muchos estaban destinados a minar las relaciones angloamericanas. Los lanzados sobre las tropas británicas a menudo representaban soldados americanos mejor pagados seduciendo a muchachas británicas en casa, mientras los dirigidos a las líneas americanas siempre mostraban como el malo al judío gordo y rico disfrutando de una vida opulenta en los Estados Unidos.



Un exhausto soldado aliado trabaja para desenterrar un cañón del barro formado en las zonas bajas al sur de Cassino por la lluvia constante en la primavera de 1944. A causa del lodo, el conflicto aquí y en Anzio se convirtió en una guerra de agotamiento... precisamente lo que aquel desembarco había pretendido evitar.

El monasterio

Monte Cassino, situado a medio camino entre Nápoles y Roma, dominaba el valle de Liri y la ruta 6, la única carretera del interior apta para vehículos motorizados. La cima de monte Cassino, a 518 m sobre el nivel del mar, ha estado considerada durante siglos un lugar sagrado: durante la antigüedad fue sede de un templo de Apolo, y san Benito la eligió en el año 524 como emplazamiento para el primer monasterio de su orden.

Debido a su estratégica posición, el monasterio de Montecassino ha sido invadido a menudo. Fue saqueado por los lombardos en 581, robado y quemado por los sarracenos en 883, reconstruido y vuelto a destruir por los normandos en 1030. En 1349 quedó virtualmente destruido por un terremoto y en 1799 fue saqueado por las tropas de la Francia revolucionaria.

Pero cada vez se reconstruía, restauraba y embellecía el monasterio. Un macizo complejo de edificios, formado alrededor de 5 grandes claustros y con más aspecto de enorme castillo que de lugar de oración y contemplación, el monasterio continuó siendo en gran medida tal como lo había diseñado el papa Urbano V (r. 1362-70) en su reconstrucción hasta que fue destruido totalmente en la batalla de 1944.

Lugar de peregrinación para cientos de miles de personas en la edad media, albergaba, tras siglos de adquisiciones, una de las bibliotecas más importantes del mundo, que incluía más de 40.000 manuscritos y gran parte de los escritos conservados de los autores de la antigüedad. Tras la severa fachada se había empleado durante años una labor interminable para hacer el interior a la vez hermoso y pródigo; la misma iglesia se transformó en el siglo XVIII en una obra maestra de la arquitectura barroca.

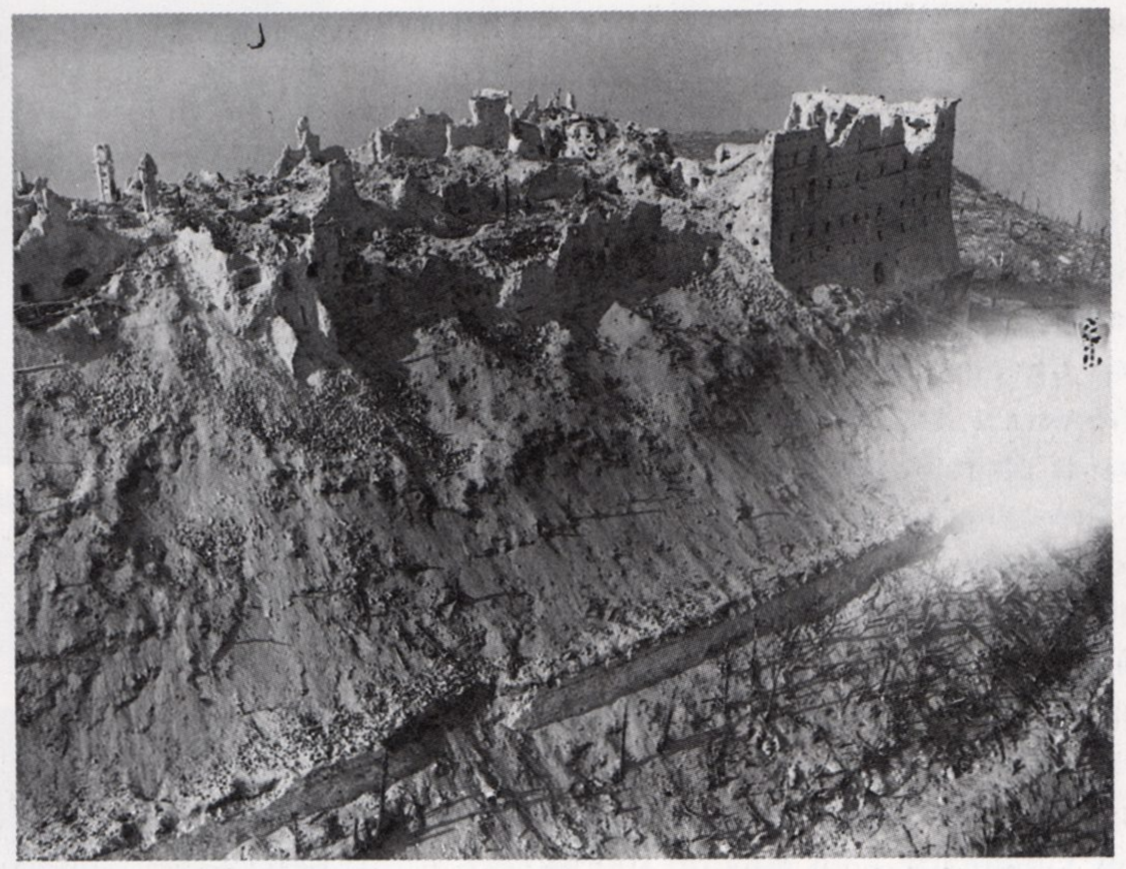
Este era el edificio —sagrado, antiguo e incomparablemente diseñado y decorado— que resultó estar situado en la línea Gustav alemana, un serio obstáculo en el camino de los Aliados en el invierno de 1943-4.



El abad de Montecassino, Gregorio Diamare, un hombre poco mundano a sus 80 años, fue visitado el 14 de octubre de 1943 por oficiales alemanes: el monasterio pronto se encontraría en la línea del frente y deseaban trasladar todas las obras de arte móviles y ponerlas a salvo. El abad lo discutió enérgicamente, pero dos días después los oficiales volvieron con camiones cargados de cajas de embalaje. La propaganda alemana aprovechó mucho la operación de rescate.

Las fotografías mostraban obras de arte del monasterio bajo custodia alemana, arriba, retratada como guardián de la civilización frente al vandalismo de los Aliados. De hecho, sólo entregaron las cajas al Vaticano tras fuertes presiones.

El abad, cinco monjes y un equipo de guardianes se quedaron en el monasterio. Más tarde, el 15 de febrero de 1944, cuando las bombas aliadas destruyeron todo el edificio, *derecha*, se vieron obligados a huir. Con su gran cruz de madera, el anciano abrió el camino hacia las líneas alemanas.





El general Von Senger, comandante de la zona, había llevado al abad a su cuartel general, donde pasó la noche. Antes, el abad había firmado un documento confirmando que en ningún momento había habido soldados alemanes en el interior del monasterio; ahora, se le pedía que radiara una declaración en la que agradecía a las tropas alemanas su contención. A la mañana siguiente, el general ayudó personalmente al abad a subir al coche, izquierda, para llevarle a refugio con la orden Benedictina en Roma. Pero los sufrimientos del anciano monje no habían terminado. El coche fue detenido por agentes de Goebbels, el ministro de propaganda alemán, y se le forzó a radiar otra declaración. Poco después, Von Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores, ordenó a sus agentes que consiguieran una declaración más. En esta ocasión, el agotado abad sufrió un colapso y se negó a cooperar, pues se dio cuenta de que no era un huésped protegido, sino un prisionero.

El 16 de febrero, la 4ª División India abrió su ataque desde el nordeste, eligiendo la misma línea de avance que la tomada previamente por la destrozada 34ª División americana. Consiguió resultados similarmente decepcionantes. Los asaltos sólo podían hacerse en frentes estrechos a través de desfiladeros rocosos del macizo, los problemas de llevar suministros a las tropas delanteras por senderos montañosos, tortuosos, inundados de lluvia, eran enormes y todos los movimientos se realizaban bajo los cañones de un enemigo resuelto bien atrincherado.

La 2ª División Neozelandesa, atacando por el oeste la ciudad de Cassino al pie de la colina del monasterio, tampoco hizo ningún avance. Al cabo de tres días, por lo tanto, el general Freyberg decidió cerrar esta fase de la batalla por las altitudes y hacer nuevos planes.

Mientras tanto, al otro lado de las líneas, el XIV Cuerpo Panzer, a pesar de la eficaz defensa de su sector vital, se preocupaba cada vez más por las pérdidas y la falta de reservas, algunas de las cuales habían sido transferidas al frente de Anzio. Se expresaron los temores de que en algunos sitios las defensas no eran bastante fuertes para vencer un ataque concertado.

Justo entonces, sin embargo, ambos bandos, fuertemente presionados, ganaron un respiro, pues un tiempo particularmente malo suspendió las operaciones. Hubieron de pasar más de tres semanas antes de que Freyberg estuviera en situación de realizar un segundo intento por vencer el baluarte alemán. Esta vez la 4ª División India atacaría las laderas orientales de la colina del monasterio, mientras la 2ª División Neozelandesa, apoyada por la 4ª Brigada Acorazada Neozelandesa atacaría a través de Cassino. Pero primero la ciudad tenía que ser bombardeada.

El 15 de marzo se lanzaron más de mil toneladas de bombas sobre las estrechas calles de Cassino; luego, la zona se saturó con una barrera masiva de casi 900 cañones. Freyberg empezó a adelantar por la tarde temprano, pero sus tanques no podían franquear los escombros y cráteres dejados por el bombardeo y la infantería hubo de enfrentarse a los cosa de 100 sobrevivientes de la guarnición de la excelente 1ª División Paracaidista alemana. Emergían de las ruinas aturdidos pero dispuestos a luchar. Para ayudar a sus veteranos en su esfuerzo, von Senger und Etterlin concentró todas las piezas de artillería y tanta munición como pudo encontrar sobre sus agresores mientras pedía refuerzos urgentemente.

Una vez más los frentes atacantes resultaron demasiado estrechos para aplastar a los defensores. Ambos bandos sufrieron grandes pérdidas y el segundo asalto de Freyberg se detuvo el 23 de marzo en medio de discusiones sobre el acierto de gastar tantas tropas en un ataque frontal sin conseguir nada a cambio.



Los soldados del II Cuerpo polaco, vistos aquí lanzando granadas a las posiciones enemigas, odiaban realmente a los alemanes. Encomendada la tarea de capturar las alturas de Monte Cassino, el general Anders la emprendió sintiendo que «la victoria aportaría nuevo coraje al movimiento de resistencia en Polonia y cubriría de gloria las armas polacas». Las banderas polaca y británica fueron izadas sobre el monasterio el 18 de mayo tras la retirada de los alemanes.



En las ruinas de Cassino, este joven oficial neozelandés intenta localizar su posición con la ayuda de una fotografía aérea. La destrucción de todas las marcas de tierra y la espesa nube de polvo y humo hacían imposible que los hombres establecieran dónde estaban cuando entraban en la ciudad. A pesar de su indiferencia superficial por la disciplina militar, los neozelandeses mostraron una dura profesionalidad en el combate.



Infantes británicos, uno armado con una sub-ametralladora Thompson, los otros con fusiles Lee-Enfield, cruzan la devastada ciudad de Cassino. Costó semanas limpiar las ruinas de decididos francotiradores alemanes, pues los escombros y edificios derribados les proporcionaban una cobertura perfecta.

Las cuatro batallas por Monte Cassino

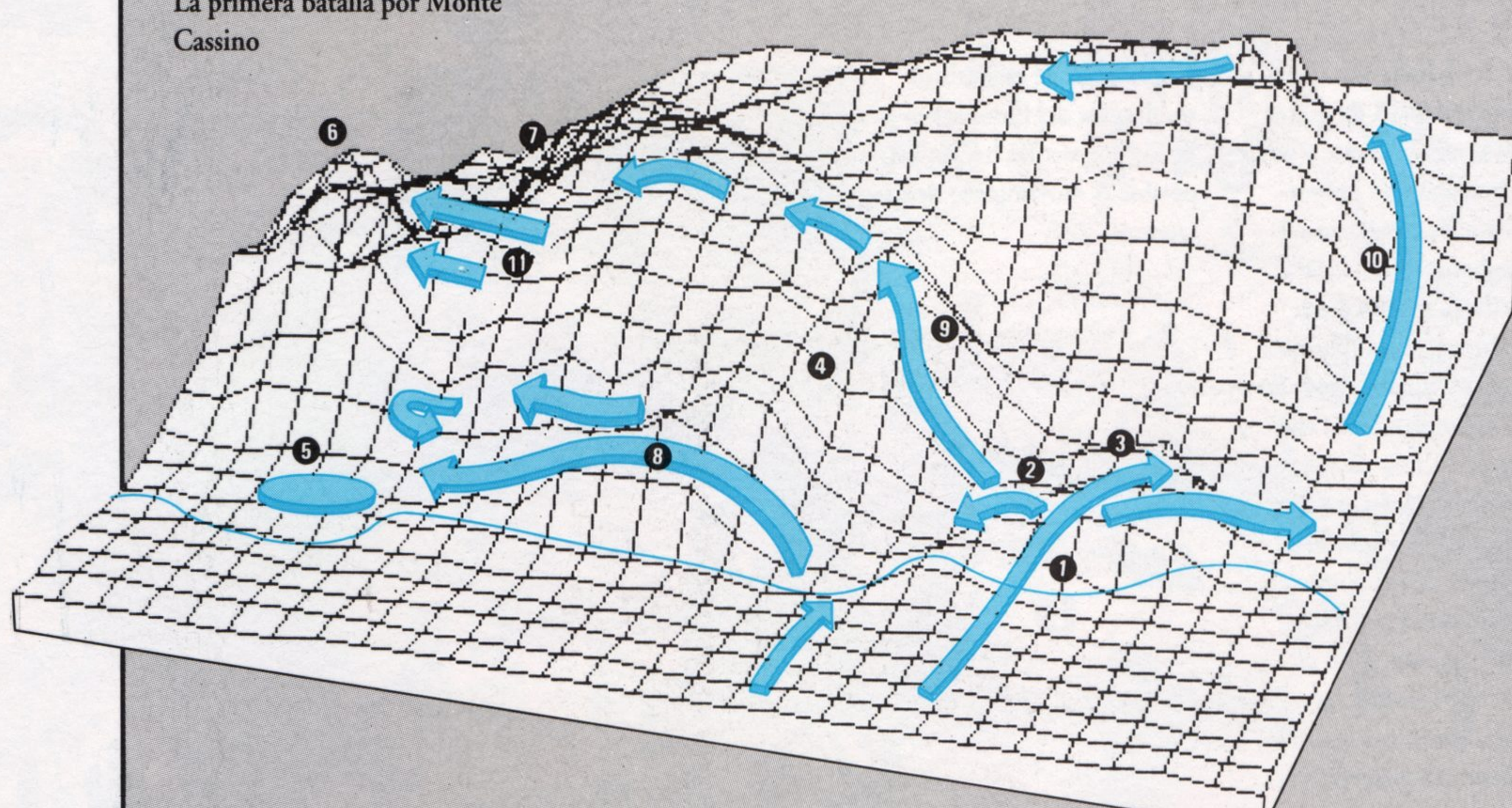
El esfuerzo por romper la línea Gustav, cuyo eje era Monte Cassino, empezó el 12 de enero de 1944. En el flanco derecho de los Aliados, el Cuerpo Expedicionario Francés cruzó el río Rapido y luego giró al sur en una tentativa de flanquear Monte Cassino. Simultaneamente, el X Cuerpo británico conseguía cruzar el río Garigliano por el flanco izquierdo y establecer una cabeza de puente; pero en el centro del frente, el II Cuerpo americano, enfrentando al mismo Monte Cassino quedó detenido por una fuerte resistencia alemana. Este punto se convirtió en el sector crucial del frente.

Los ataques contra el Monte Cassino cayeron en cuatro fases distintas. En la primera, la 34ª División americana, apoyada a su derecha por un regimiento de la 36ª División americana y tras ellos los franceses, avanzó hasta 366 m del monasterio, donde fueron detenidos. Fueron relevados por unidades de refresco: la 4ª División india y la 2ª neozelandesa.

Siguiendo al bombardeo masivo del monasterio, los indios abrieron la segunda fase al intentar tomarlo desde la retaguardia, mientras los neozelandeses atacaban desde el sur. Ambas ofensivas fueron repelidas. El 15 de marzo se abrió la tercera fase con un bombardeo de Cassino. La 2ª División neozelandesa atacó la ciudad en ruinas mientras los indios avanzaban hacia las colinas; ambas formaciones fueron detenidas de nuevo.

Finalmente, los Aliados reunieron su máxima fuerza: 14 divisiones, con la 6ª División Blindada sudafricana de reserva. El II Cuerpo americano cruzó el río Garigliano por el flanco izquierdo, mientras los franceses penetraban por la derecha. El I Cuerpo canadiense y el XIII Cuerpo británico, más al este, entraron en el valle de Liri, constituyendo una presión tan grande que finalmente los alemanes tuvieron que retirarse de sus posiciones sobre el macizo de Cassino.

La primera batalla por Monte Cassino



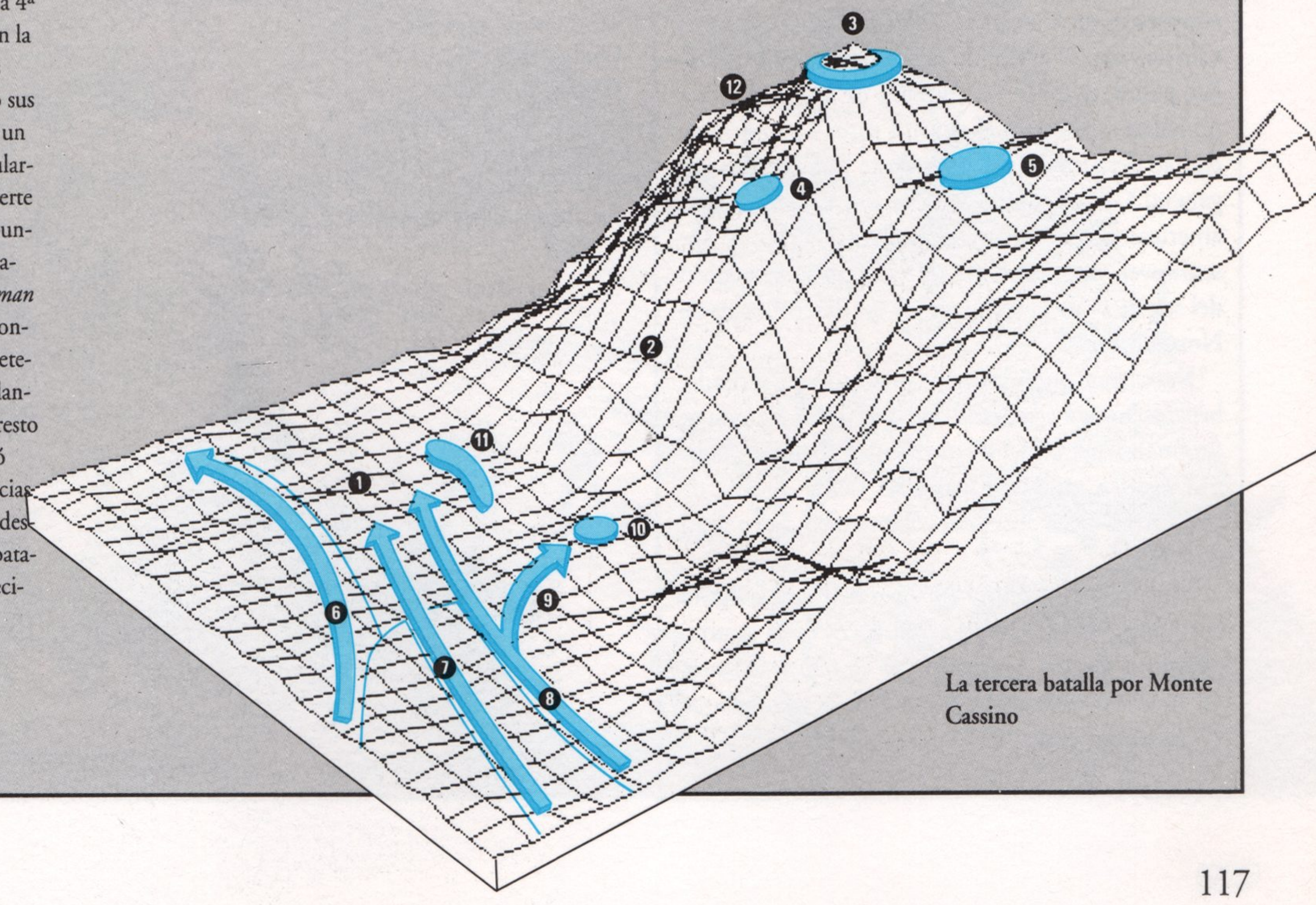
Habiendo penetrado la línea alemana (1) sobre la orilla oeste del río Rapido a finales de enero de 1944, la 34ª División americana (2), con un regimiento de la 36ª División americana (3) estaba a los pies del macizo (4), dispuesta a girar hacia el sur para intentar expulsar al enemigo de sus principales posiciones en la ciudad de Cassino (5) y el monasterio (6) y de los picos circundantes (7).

Tres columnas avanzaron en abanico para la ofensiva; un regimiento de la 34ª (8) se dirigió a la ciudad mientras el resto empujaba a lo largo de la sierra (9). La 36ª (10) se abrió para cubrir el flanco derecho. La fuerza era demasiado débil para vencer al enemigo, pero su vigoroso ataque llevó un batallón (11) a 366 m del monasterio antes de que fuera rechazado.

Cuando la acción se vio interrumpida por el mal tiempo el 12 de febrero, los Aliados habían adquirido una cabeza de puente sobre el macizo que se extendía hasta aproximadamente 1,2 km del monasterio.

La tercera batalla se inició el 15 de marzo con un ataque devastador aéreo y de artillería sobre la ciudad (1). A las 02.00 h, hombres de la 2ª División neozelandesa, apoyados por tanques de la 4ª Brigada Blindada neozelandesa, avanzaron sobre la ciudad para acabar con los sobrevivientes del 1º Batallón de Paracaidistas alemanes que la defendían, escalar las laderas orientales del macizo (2) y luego tomar el monasterio (3) y otros picos bien fortificados (4,5). Tres compañías del 25º Batallón neozelandés (6,7,8) avanzaron hasta la ciudad, una cuarta (9) se apresuró a ocupar *Castle Hill* (10), que dominaba el acceso oriental al monasterio.

Esa noche, más tropas neozelandesas y hombres de la 4ª División india entraron en la ciudad, pero los alemanes también habían reforzado sus posiciones y se desarrolló un ataque sin cuartel, particularmente alrededor de un fuerte alemán al oeste (11). El punto más alejado que alcanzaron los Aliados fue *Hangman Hill* (12). Los alemanes contraatacaron duramente, deteniendo a las tropas neozelandesas, y en las colinas, el resto de la División india sufrió graves pérdidas sin ganancias significativas. Cinco días después del comienzo de la batalla, el general Freyberg decidió concluirla.



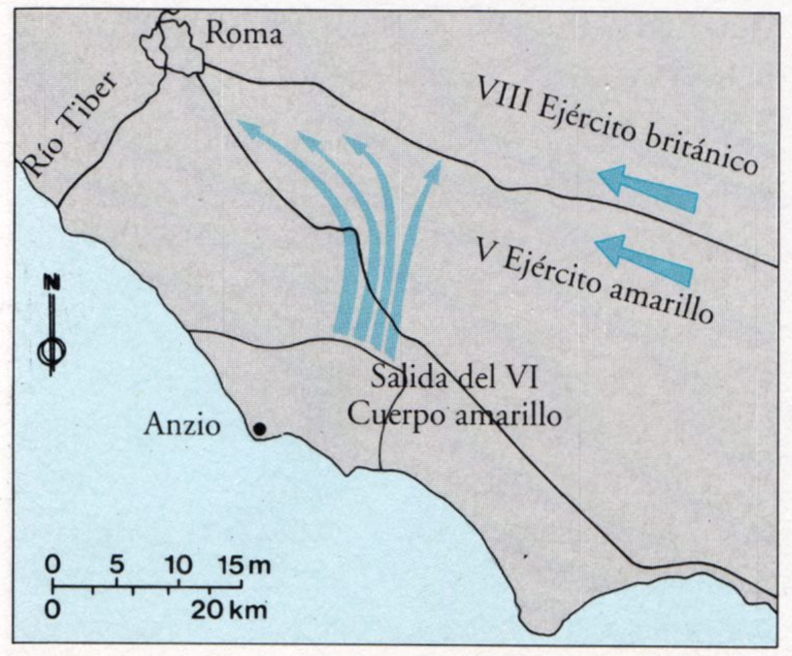
La tercera batalla por Monte Cassino

Ahora el general Alexander se dio cuenta de que el único modo de vencer el obstáculo de Cassino, superar la línea Gustav y abrir el camino a Roma era organizar una ofensiva mayor. Empezó reagrupando sus fuerzas para la «Operación Diadem» trayendo principalmente el VIII Ejército, bajo el mando del teniente general Oliver Leese, desde el Adriático, donde el frente era mucho más tranquilo, para dotar el sector que se extendía desde Cassino a través del valle del Liri y trasladando el V Ejército de Mark Clark para cubrir la línea desde el Liri abajo hasta la costa.

El 11 de mayo todo estaba dispuesto. La superioridad de Alexander en hombres y material sobrepasaba todo lo que los alemanes pudieran reunir en Italia a ese nivel de la guerra. Incluso así, el progreso inicial de Diadem no estuvo a la altura de las expectativas. El II Cuerpo Polaco, en el flanco derecho del VIII Ejército, añadió sus víctimas a las tenaces laderas de Cassino en una semana de duro combate mientras el avance valle de Liri arriba tomaba impulso. Pero cuando finalmente los intentos del VIII Ejército hicieron insostenible la línea Gustav para el X Ejército de Von Vietinghoff, este ordenó una retirada, que los valientes defensores de Cassino obedecieron con la mayor resistencia. El 18 de mayo, las tropas polacas entraron sin resistencia en las ruinas del monasterio.

A medida que Diadem progresaba, Alexander ordenó al VI Cuerpo en Anzio, reforzado ahora en 7 divisiones, que fuera adelante para salir de la cabeza de playa defendida desde el 22 de enero, se dirigiera hacia el noroeste y cortara la línea de retirada del X Ejército alemán. En lugar de eso, Clark dio instrucciones de avanzar hacia el norte y abrir una vía hacia Roma, lo cual hizo. El 4 de junio, dos días antes de que empezara el gran desembarco aliado en Normandía, los americanos entraban en la capital italiana. Las fuerzas alemanas en retirada pudieron escapar hacia el norte para combatir de nuevo tras otra línea defensiva, la gótica.

Desde Cassino, por Anzio, la amarga y sangrienta carretera a Roma —ciudad abierta sin ningún valor estratégico— tardó 5 meses en franquearse y costó a los atacantes 105.000 bajas, a los defensores posiblemente 80.000. En términos militares, el único beneficio que cosechó la causa aliada de este sacrificio fue la inmovilización de divisiones alemanas que de otro modo hubieran ido a reforzar el frente oriental o a las fuerzas ya acantonadas a lo largo del canal de la Mancha.



Una oportunidad desperdiciada
Los alemanes, fuertemente presionados y sin reservas, podían haber sido expulsados fácilmente de Italia después de que los Aliados tomaran Roma. Esto a su vez podría haber conducido a la ocupación de Viena y a un avance hacia Europa Central, con el resultado de que muchos de aquellos países, después tras el telón de acero, podrían no haber caído bajo el control ruso. La oportunidad se desperdició en gran parte por consejo del general George Marshall, jefe del Estado Mayor americano, quien, con el consentimiento de Eisenhower, optó en lugar de eso por una invasión del sur de Francia en apoyo de los desembarcos de Normandía.

Kesselring pudo así continuar con su retirada, brillantemente ejecutada, hacia el norte, deteniendo finalmente el debilitado avance aliado en la línea Gótica. Allí los mantuvo desde agosto de 1944 hasta poco antes del colapso alemán en abril de 1945.

El desembarco aliado en el sur de Francia figura entre los grandes errores estratégicos de la guerra, que poco aportó. Los alemanes se retiraron antes de poder ser rodeados y el curso de la campaña de Normandía no se vio afectado.

La tercera batalla por Cassino comenzó el 15 de marzo de 1944, una brillante y soleada mañana que proporcionaba a las tripulaciones de bombarderos una clara visión de su blanco desde una enorme altura. Durante tres horas y media, desde las 08.30 h, bombarderos aliados lanzaron más de mil toneladas de explosivos sobre la ciudad de Cassino. Esto fue seguido de un bombardeo de artillería realizado por 900 cañones. Sólo entonces, alrededor de las 02.00 h, avanzaron los neozelandeses del general Freyberg.

Casi enseguida tropezaron con dos obstáculos inesperados. Primero, unos 100 hombres de la excelente 1ª División Paracaidista alemana habían sobrevivido al terrible bombardeo y levantado ahora una vigorosa defensa. Segundo, los cráteres y montones de escombros resultantes del bombardeo y de los proyectiles hacían imposible el movimiento de los tanques.



El bombardeo aliado y los proyectiles no dejaron ni un solo edificio de Cassino intacto (1). Esto engañó a los Aliados, haciéndoles creer que los alemanes habían sido aniquilados.

Montañas de escombros (4) bloqueaban las calles y enormes cráteres (5), algunos hasta de 18 m de diámetro, hacían imposible el avance a la ciudad de los tanques (6) de la 4ª Brigada Blindada neozelandesa.

La infantería neozelandesa (7), por lo tanto, carecía del apoyo de los tanques cuando escalaba las montañas de cemento y metal retorcido y se abría paso con dificultad a través de cráteres enormes bajo el pesado tiroteo alemán de armas cortas. Durante la tarde penetraron alrededor de 230 m en el interior de las ruinas ante la oposición de unos 100 hombres: todo lo que quedaba del 2º Batallón del 3º Regimiento de Paracaidistas, que se habían refugiado en sótanos y búnkers reforzados (3). Cuando cayó la noche, bajo una lluvia torrencial, los alemanes filtraron reservas dentro de la ciudad y comenzaron a usar la artillería contra los atacantes. **Una fortaleza medieval en ruinas** en la cima de *Castle Hill* (2), detrás de la ciudad, fue defendida ferozmente por los alemanes, quienes detuvieron a los neozelandeses con fuego francotirador. Finalmente, consiguieron maniobrar por la retaguardia del fuerte y a las 16.45 h, tras una dura batalla de granadas, lo tomaron.